Pedro García Cabrera

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN II

CONSEJERÍA DE CULTURA Y DEPORTES

GOBIERNO AUTÓNOMO DE CANARIAS

1987

OBRAS COMPLETAS

PEDRO GARCÍA CABRERA

Preparadas bajo la dirección de
SEBASTIAN DE LA NUEZ
con la colaboración
de
RAFAEL FERNANDEZ y NILO PALENZUELA

UNIVERSIDAD POLITECNICA CANARIAS
BIBLIOTECA GENERAL

R-405

PEDRO GARCÍA CABRERA

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN II

Obras publicadas (1951-1978)

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA · CANARIAS · BIBLIOTECA GENERAL

Edición e introducción
SEBASTIAN DE LA NUEZ

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento 13794
N.º Copia 50264

CONSEJERÍA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO AUTÓNOMO DE CANARIAS

1987

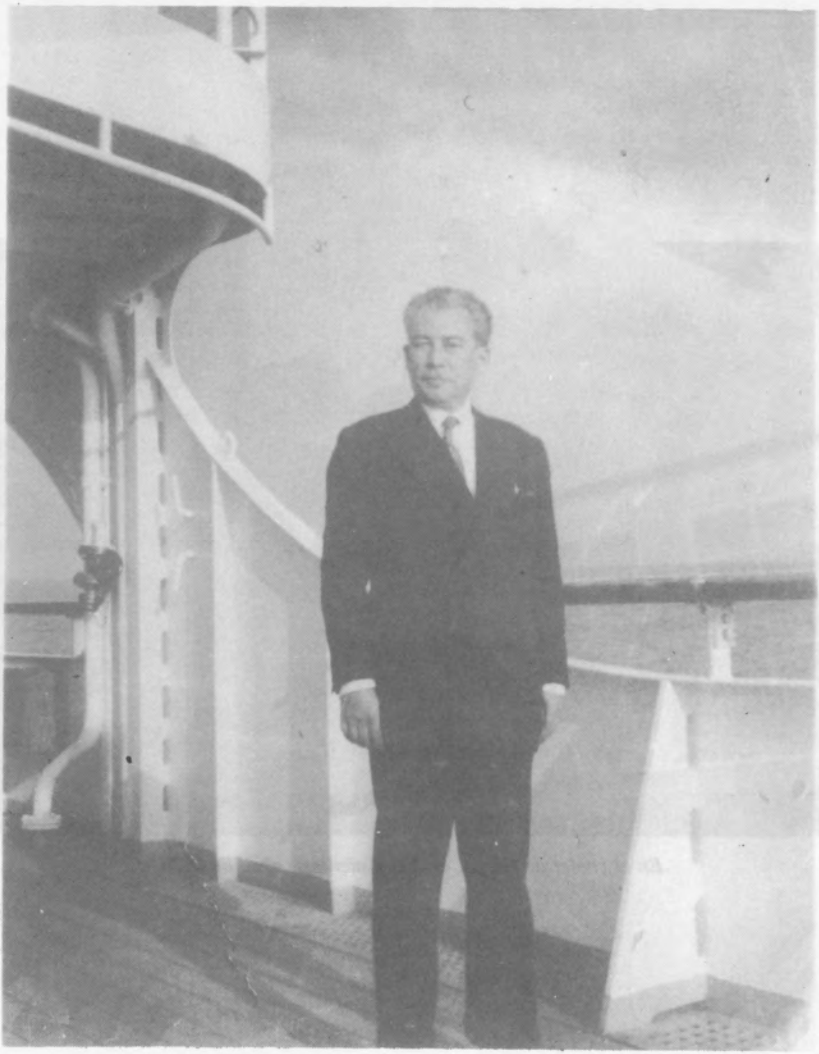
Dibujo de cubierta: El poeta visto por S. del Pilar
(Reproducido de *Gaceta de Arte*, n.° 13, V-1933)

1987. Es propiedad de Matilde Torres Marchal
Vda. de Pedro García Cabrera

Depósito Legal: M. 28.657-1987
I.S.B.N.: 84-505-6287-2 (Obras completas) - 84-505-6289-9 (Volumen II)

Impresión: Mae, S. L. Hnos. Granda, 30 - 28022 Madrid

Printed in Spain



Pedro García Cabrera vuelve a la isla en 1944.

BIBLIOTECA GENERAL

En el chalet de Diego, en Las Caletillas, abril de 1970.

PRÓLOGO

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA CANARIAS
BIBLIOTECA GENERAL

DÍA DE ALONDRAS (1951)

Todos los críticos están de acuerdo en señalar la importancia de la publicación de Día de alondras, *en Goya Ediciones de Santa Cruz de Tenerife, con ilustraciones del gran pintor canario Felo Monzón (de la misma ideología que Pedro, y perseguido como él), para la vida literaria de su autor y de la poesía canaria en general. No en vano después de los difíciles años de la guerra, el destierro y la posguerra, este es el primer libro de poemas —romances, romancillos y canciones— que publica García Cabrera, y en su obra significa el comienzo de un nuevo ciclo, el de una poesía «arraigada» que pasando por este nuevo canto de alondras, anuncia una nueva primavera, como aquella* Alondra de verdad *(1943), «poesía luminosa y alada» de Gerardo Diego. Nilo Palenzuela cita aquí, a este propósito, la definición simbólica de alondra, de G. Bachelard, que es según éste «pura imagen espiritual que sólo encuentra vida en la imaginación aérea como centro de las metáforas del aire y de la ascensión», que nuestro crítico relaciona, acertadamente, con «el sentido del aire» de* Transparencias fugadas *(1934) y con «la ausencia» en* Hombros de ausencia.

En cierto modo con este libro Pedro García Cabera pasaba —al menos aparentemente— por esa poesía de evasión, intrascendente, que había marcado los primeros años de la década de los cuarenta (la poesía de los Panero, Rosales, Vivanco, etcétera); pero también es cierto que significa un retorno a la primera época, a los años veinte del vanguardismo lúdico, del juego caprichoso con el aire y la alegoría como estructura poética. Véase por ejemplo «Alondra de las letras castigadas»:

Una tarde se escaparon
del colegio cinco letras,
las cinco letras vocales,
risas y llantos de seda.

Sin embargo, el poeta no olvida su circunstancia, y tras lo alegórico se transparenta la alusión a su situación personal, como en «Alondra del muchacho albañil», donde dice «De pronto cayó/ con la cabeza hacia abajo/ en el fondo del espejo/ en que me estaba afeitando», que puede ser la propia imagen del poeta al que le acecha el accidente y la muerte:

Pero el espejo se puso
igual que un muro blanco,
blancas en él las paredes,
blancos mis ojos cerrados.

En resumen, este fabulario presentado en siete alondras, en siete lugares (7 × 7 = 49), número mágico de los órficos, se desarrolla en el jardín, en el bosque, en la orilla del mar, en la alcoba, en el campo, en la azotea y en la ciudad; representa, en la variada obra de García Cabrera, en un momento esperanzado, un canto libre y lúdico, una renovación de las imágenes y las metáforas, que no ha perdido su contacto con la poesía vanguardista y el neopopularismo de la generación de 1927, con los cantos de Marinero en tierra *o con los romances lorquianos, como han visto José Domingo, María Rosa Alonso o Nilo Palenzuela, que contrasta con los poemas de la* Antología consultada de la joven poesía española *(1952) de acusado matiz social. Nilo Palenzuela, en su reciente estudio sobre la obra del poeta, señala la abundancia de los diminutivos en* Día de alondras, *como en las* Canciones, *de García Lorca, en poemas concretos como «Alondra de la niña traviesa», «Alondra de verde amor» o «Alondra del niño extraviado», en el que dice:*

Estuve viendo las ranas
bajo el puente del barranco.
Una había verde noche
y otra de tono más claro.

que recuerda, claramente, al (Romance sonámbulo en relación al sentido misterioso y simbólico de verde, o a la metáfora de «los bueyes de agua» del «Romance del emplazado». Esto le lleva a María Rosa Alonso a afirmar que si «Día de alondras *es de mayor dominio de metáforas que* Líquenes *(1928), este es, en cambio, un libro para su hora, al paso que* Días de alondras *es un libro retrasado».*

LA ESPERANZA ME MANTIENE (1959)

Todos los críticos están de acuerdo en afirmar que con esta obra nos encontramos en uno de los momentos cumbres de la trayectoria poética de García Cabrera. Ya Pérez Minik define, con acierto, en el prólogo de este poemario, el origen y sentido del título, y no duda en calificarlo como la culminación de la transición vanguardista de la poesía de García Cabrera al realismo social, sin renunciar por ello a la tradición próxima del surrealismo y el neopopulismo. El mismo poeta ha declarado cómo surgió este libro de una copla muy conocida en la Gomera, que

comienza «A la mar fui por naranjas/cosa que la mar no tiene»: «Un día me di cuenta de la existencia de esta copla que me obsesionó durante mucho tiempo, y alrededor de ella fueron naciendo los poemas casi sin proponérmelo». Basándose, precisamente, en el último verso de la copla, el poeta establece la base simbólica de todo el poemario, donde la búsqueda de lo imposible se convierte en el tema de cada una de las secuencias poemáticas de ritmo endecasílabo. Pérez Minik ha visto también que esta copla encierra «toda la condición geográfica y metafísica del hombre insular», que está pendiente de «la promesa del paraíso, de lo absurdo, de la imagen».

Comienza la obra por su propio y más radical principio, pues para retomar el mundo soñado y vernáculo hay que volver a la infancia; por eso su primer poema es el de «En la mar vuelvo a nacerme» o mejor diríamos «renacerse» entre las cuatro paredes del vientre de la casa, de su familia, de su isla pequeña (versos en los que se preludia ya el siguiente libro). Una vez situado en su raíz primigenia ya todo es posible: ya puede ir en busca de su voz, de la paz, de su infancia, de su hijo, de la libertad, de su sueño, de su patria, de sus islas, en cuyo sueño busca al poner la mano en el agua, cuyo leitmotiv *se expresa al final de cada poema con el verso final de la copla: «Con la mano en el mar así lo espero», todo lo cual determina la estructura de la obra, que guarda un orden simétrico, que se distribuye del siguiente modo: Poema de introducción, «A la mar vuelvo a nacerme», 10 poemas centrales, que comienzan: «A la mar fui...» y se cierra la obra con un poema final «Soliloquio de la mar». Forma, pues, una especie de letanía entre dos símbolos, el del mar y el de las naranjas, que se contraponen en torno al misterio y la esperanza. En esta obra, pues, se unen lo popular y lo absurdo, las corrientes del neopopulismo y el surrealismo. Nilo Palenzuela señala como tema central de esta obra el símbolo del mar, «un motivo que ha estado presente desde el comienzo de su trayectoria y que forma parte de su Weltanschauung». En sus obras anteriores como* Líquenes *o* La rodilla en el agua «*el mar carecía del sentido ético y metafísico ante el que estamos ahora». Señala igualmente que «se trata de una interiorización, esto es, de una lectura poética y metafísica del paisaje» en consonacia con su artículo «El hombre en función del paisaje» (1930). En uno de los primeros artículos escritos en torno a* La esesperanza me mantiene, *José Domingo dice que su forma de lenguaje se adaptaba «a un humanismo acorde con los problemas que aquejan al hombre de nuestros días», que produce la rehumanización en la poesía (Dámaso Alonso, Blas de Otero, etcétera). Nilo Palenzuela dice a su vez que «este giro de humanización, caracterizado por la síntesis de un orden metafísico en un tiempo menesteroso, García Cabrera señala en un texto que pudiéramos entender como* ars poética, «A la mar fui por mi voz»:

Mar a la que he buscado como un sueño,
haz tuya mi palabra,
no me dejes nunca descansar en la frente,
llénala de retumbos y de olas,
levántamela en vilo,
dale la libertad de andar por todas partes.

Visto así este poema es toda una proclama de un nuevo compromiso consigo mismo y con su pueblo, con lo cotidiano y lo épico, la búsqueda y el encuentro con la palabra de la realidad de una nueva poesía:

Una palabra con calles llenas de gente,
con aguaceros sobre planchas de zinc,
que haga saltar montañas,
poner en pie los cauces de los ríos...

La primera petición debe ser por sus amigos desaparecidos en el mar, a sabiendas de que «no entienden el lenguaje de naranjas», «Mas a ti sola debo de pedírtelos», porque:

Si de ti vino todo lo que somos
sólo tus brazos pueden dar con ellos.

El poema siguiente «A la mar fui por la paz» es un valiente canto en aquel momento en el que el sentido de la intimidad, la expresión social y la palabra libre estaban en entredicho, por eso pide al mar por tantas cosas próximas, humanas y entrañables, en una secuencia anafórica de solicitudes: «Por las piedras tostándose bajo un sol de justicia,/ por las gargantas de los pájaros de los amaneceres,/ por el libro que lee mi hermano antes de acostarse» y termina la letanía de peticiones.

Por los que tienen la palabra amarrada en la boca,
quiero hallar en la arena un sueño de naranjas
que sea paz de estrellas en los hogares.

En «A la mar me fui por mi infancia» y «A la mar me fui por un hijo» la intimidad se encardina dentro de un ámbito social, del lenguaje de lo cotidiano se pasa al metafórico,de las metáforas del hogar y de las imágenes directas se pasa a las visionarias. Junto «el sombrero de copa de los pinos» y «los bueyes del crepúsculo», saltan las personificaciones más entrañables: «calles en rústica como mis libros bajo el brazo,/ descalzas todavía de adoquines». Y lo mismo ocurre en «con el deseo de poseer un hijo de la mar, un hijo en cueros», «un hijo de azul enamorado», pero sobre todo.

Un hijo a quien le quepa entre los brazos
la redondez de un mundo sin fronteras.

Así como en el anterior poema rechazaba «este tiempo que aprieta los tornillos mediavales/ en la garganta rosa de los amaneceres», aludiendo a la situación de opresión epocal, ahora se proyecta al futuro pidiendo un mundo de libertad, aunque «una primavera de esperanza me encamine los pasos del silencio a tu orilla» tiene razón de desconfiar, pues ya «son tantas las veces que me has vuelto la espalda». Sin embargo, un recuerdo le reconforta y le da motivo a la esperanza:

Un día me tendiste la mano de tu espuma,
me arrancaste del cepo de la arena amarilla,
llevándome en tu vientre de canguro,
dándome el pecho azul de tus mareas.

Donde hay una clara alusión a su destierro y a su momentánea liberación. Pero él quiere del mar «su libertad de pájaro y de pueblo». El poeta se siente desterrado sin este preciado don de la libertad, por eso al final afirma casi angustiosamente:

Ya es hora de que pueda devolverme a mí mismo
decir que tengo patria para dormir sin miedo,
agua para la sed,
lenguaje de aire claro para hablar y nombrarte.

En el poema de la búsqueda de «A la mar fui por mi sueño» se encuentra una especie de síntesis de todos sus deseos y búsquedas anteriores, identificándose el poeta con «los que duermen en el mismo lecho/ juntando los dedos y flores del descanso...», «en su mutua confianza de almohada». Allí «todo estaba en una caracola de rumores». Allí veía hecha realidad la justicia universal:

Soñaba con un mundo sin traiciones,
que no me tase el precio de mi hambre
ni me racione afectos ni palabras...

La serie de las búsquedas concluye con «A la mar fui por mi patria» y «Por las islas», donde también lo particular y concreto se convierte en una idea y en una realidad colectiva. Por primera vez, confirmando lo que se ha dicho de la interiorización de este mundo poético, García Cabrera, en el primer poema, comienza diciendo: «Metí las manos en mí mismo...» para poder buscar en lo más profundo de sus propias raíces y encuentra que es como el mar «ciudadano de una sola patria,/ esa tuya que aman todas las latitudes», pues, sólo

Tú, mar, le has dado al agua el albedrío
de andar por donde quiera,
de formar en las sales de cualquier otro mar...

Paralelamente están las islas, esa «tierra anfibia» creada entre el mar y la tierra, pues «Las islas no descansan su unidad de colmenas/ porque es la mar quien vive sus orillas». Pero si le puede ofrecer al tiempo y al poeta «un refugio de arena/ para que no se sienta desterrado». Sí,

Las islas no son libres de andar por donde quieran,
pero tienen razones de enarbolada roca
moldeando la angustia de un esperar sin tregua.

Y siguen manteniendo la esperanza que se canta en la copla primigenia, y que dará lugar a dos nuevos poemarios Vuelta a la isla *y* Las islas en que vivo, *como veremos pronto. Finalmente, Pedro García Cabrera quiere hacer una última súplica, y por ella va a la mar todavía, y como Blas de Otero* Pido la paz y la palabra *(1955). Mas, nuestro poeta, volviendo otra vez al principio, puede renunciar a la paz, pues:*

La paz te he suplicado y me la niegas,
mi ternura te ofrezco y no la quieres.
Pero algo he de pedirte todavía:
que no hagas naufragar a mi palabra
ni apagar el amor que la mantiene.

Y esto es lo importante para el poeta, para que siga existiendo la palabra. Mas todavía es el mar el que habla, cuando el poeta calla. Y la voz ahora es de rebeldía, de llanto y de rabia y de sonrisa «como los niños», pues:

Los hombres nunca lloran hacia abajo.
Lloran hacia lo alto de sí mismos,
hacia la aurora campesina de los trigales,
hacia su libertad de miel de águila.

Si como dice Eugenio de Nora, la poesía social auténtica es la que se apoya en todo un pueblo, cuando el poeta que la expresa es grande, se puede decir que García Cabrera es y fue siempre un poeta social, porque para él apoyarse en su pueblo era también hacerlo en su patria, en sus islas, en su libertad, y por último también en sus sueños, en su propia voz y ser de poeta. En esta poesía, pues, se cumple lo que quiere Blas de Otero para la auténtica poesía social, que «el poeta sienta estos temas con la misma sinceridad y la misma fuerza que los tradicionales», y eso lo cumple en sumo grado García Cabrera. Lo que ocurre es que, como dice José María Castellet, los años cincuenta son de transición entre la poesía surrealista a la realista o social, y dentro de esta corriente, como ya se ha visto, está inmerso Pedro García Cabrera, sin perder su genialidad de poeta vanguardista dentro de una libre expresión, La esperanza me mantiene *representa el elemento humano de la búsqueda y la recuperación de lo perdido en la guerra, en el exilio; es la búsqueda de la mar de su infancia, de su isla, en la mar de su pueblo, de sus antiguos sueños desaparecidos; pero es también el logro de una síntesis poética donde se encuentran todos los elementos de su poética anterior, ahora añadidos los ingredientes del neopopularismo y del lenguaje directo y narrativo del realismo social. Las obras que siguen nos confirmarán, como cada uno de estos elementos de contenido o de forma por los cuales el poeta «puso la mano en el mar», pudo ir emergiendo a una nueva vida, a una nueva expresión poética, pero sin poder superar, en conjunto, los poemas y los versos de* La esperanza me mantiene. *Recordemos que el primer verso de la copla popular que la engendró da el título a la antología de Pedro García Cabrera, publicada en 1979 con el nombre de* A la mar fui por naranjas, *que, sin duda, significó en la mente del poeta un reconocimiento a la importancia que tuvo esa copla en la trayectoria de toda su obra.*

BIBLIOTECA GENERAL
UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

VUELTA A LA ISLA (1968)

Una vez realizada la reconversión espiritual y metafísica en sí mismo y en su paisaje de isla y de mar, como hemos examinado en su obra clave, La esperanza me mantiene, *el poeta necesita hacer un reconocimiento de su entorno, de la isla concreta de Tenerife y de sus pueblos, y de sus compañeras, las otras islas del archipiélago, y de ello surgen los poemas de* Vuelta a la isla, *que desde el punto de vista estético representa un retroceso respecto a su obra anterior; sí es, en cambio, una necesaria vuelta a su tierra, una interiorización de su paisaje y de su medio humano. En cierto modo, las dos obras son una vuelta, un retorno a sí mismo y a la circunstancia geográfica, que como es sabido, desde Ortega, forma la personalidad completa del hombre. El mismo poeta nos dice en el prefacio de esta obra que «tanto los romances a los pueblos como a las islas no pretenden ser una descripción geográfica. Sino una versión personal de los mismos, recogiendo vivencias acumuladas de cada lugar a lo largo de los años», es decir, una elaboración y una interiorización poética del variado paisaje isleño.*

Este libro está formado por 37 romances y dos composiciones de ritmo endecasílabo, que están especialmente dedicadas a la isla de Tenerife y a su capital. De los 37 romances, 31 se refieren a los pueblos de Tenerife y los seis restantes, uno a cada una de las otras islas canarias. Si en la obra anterior el mar actúa como símbolo de una entidad superior de la que el poeta había dicho que «la isla no existe sin el mar», aquí dirá que «la isla ha nacido para el mar» o bien, a la ciudad de Santa Cruz le dirá: «del mar te viene nacimiento y cuna», o más poéticamente:

> *La mar fue tu nodriza, con sus senos*
> *de espuma y soledad, con sus espaldas*
> *de música y gaviota, con sus hombros*
> *de ondulante trigal y con su vientre*
> *redondo de aventura y lejanía.*

Así pues, el mar sigue presente y taumaturgo engendrador de nuevos cantos e imágenes. Como hemos visto en el corto espacio de estas dos composiciones introductorias, el mar aparece como fin de la isla, como padre creador, es decir, como Dios, y finalmente se transforma y personifica en una «nodriza» que amamanta y cuida al nuevo ser. Aunque los romances que siguen tienen todo el aire de unas composiciones creadas para concursos y juegos florales, nos encontramos aquí y allá con afortunadas imágenes y metáforas, que han de formar parte de su cosmogonía isleña en los siguientes libros y composiciones (especialmente en las obras inéditas hasta este momento). Casi siempre es el propio poeta que se enfrenta con el paisaje directamente, en forma de exhortación hecha por el autor, como en el romance de «La esperanza», que comienza: «Tengan cuidado, señores,/ que estamos en la Esperanza». En general estos romances son asedios ingeniosos de juego

con las formas, los elementos geográficos o históricos, para intentar llegar a una definición poética de los pueblos a que van dedicados, como el de «Tegueste» del que dice «es el David de la isla/, se hizo pueblo de una vez»; aludiendo con ello a la conquista de su independencia del macroayuntamiento de La Laguna, o define a «Tacoronte» por su silencio «cuando te alejas del fácil/ río de la carretera», o «este silencio en el mosto/ que fermenta en las bodegas», refiriéndose a sus populares vinos. Pero otras veces el poeta se identifica con un elemento mínimo del paisaje del pueblo, como es el verode de los tejados de La Laguna, que actúa como símbolo de la propia ciudad, logrando uno de los más bellos romances de esta colección, consiguiendo una visión de sus rincones más característicos, que definen su propia idiosincrasia:

Campesina es mi raíz
pero mi traza es de hidalgo
y amo estas calles, las quiero
con todos mis verdes altos...

Otras veces se busca una interpretación del pueblo, a través de un oficio artesanal, como la de zapatos de «San Juan de la Rambla», a donde va el poeta «para hacerme a la medida/ unos zapatos a prueba».

No unas botas de cien leguas
para saltar de isla en isla,
que para andar por el mar
no hay calzado todavía.

También encontramos otras identificaciones del poeta con el sentido y los elementos, como en el romance de «Icod», en el que unas veces alude a sus famosos vinos: «Fui un hidalgo de sus cepas», o se identifica con la bebida misma:

A nadie puse reparos
para beberme, palabra,
que si fui trago de reyes
también lo fui de piratas.

Pero sobre todo se personifica con el famoso drago milenario, cuando dice: «Ved mi Drago soy yo mismo,/ Icod con toda la barba». Otras veces saca sus definiciones e imágenes de la situación histórico-geográfica, y de los avatares a que ha sido sometido el pueblo por los elementos adversos frente al arraigo humano, como en el romance de «Garachico», cuando se los disputaban: «El fuego, la mar y el hombre», donde los elementos son identificados con dos gallos de pelea:

El volcán, melado y lumbre,
y el mar, correlón y giro.

Mas «el hombre se sostuvo/ sin salir de su recinto», como si fuera un capitán de navío que se resiste a hundirse, pues como dice el poeta con una exacta imagen de la realidad más viva:

BIBLIOTECA GENERAL

Este es un pueblo con forma
de cubierta de navío
anclando las tempestades
casi en las playas del mito.

Finalmente, en los romances dedicados a cada una de las islas restantes, volvemos a encontrar imágenes y visiones semejantes, aunque desde distintas perspectivas: así los romances del Hierro y de Gran Canaria, están vistos desde las costas de Tenerife. Por eso el dedicado a la primera dice: «Desde la boca de Tauce.../ miro a la isla del Hierro», a la que ve en su soledad y lejanía de su situación occidental, por lo que la define como:

Escorzo de meridiano
que ceñía los misterios
de un mundo de lejanías.

También el romance de la isla de Gran Canaria está compuesto y sentido desde la isla hermana, en recuerdo y en la amistad, pues la llama «cresta de lejanía/ esposa de la distancia». Y en los cuatro octosílabos siguientes logra crear una visión de perspectiva, que flota entre el mito y la realidad:

Sobre los hombros del mar
toda la isla es tierra en andas,
una tierra a contrapunto,
una tierra desterrada.

Aludiendo con ello a la separación de la provincia, o también devolviéndole el saludo al lejano poeta del mar, cuando saludó al gigante Teide «desde la frontera costa te ve... desflorar el espacio y hender la linde de las estrellas». Naturalmente, el romance de «Gomera» es uno de los más emotivos, porque como él dice «ha guardado el calor de mi adolescencia», también el de su infancia y de su cuna, pues así comienza:

A cara o cruz he lanzado
a la mar una moneda;
salió cruz y nací yo;
cuna o concha es la Gomera.

La base del romance es el ruego que el poeta le hace a la isla, a través de su característico lenguaje silbado, el retorno «hacia atrás, hacia la infancia/ a ver si el eco recuerda» «las primeras letras» y le trae «la escopeta»/ «los caballitos de caña», «el croar de los barrancos/ y las palmas guaraperas». Y le pide que silbe «sin descanso»

hasta llamar a la puerta
de los que en lucha cayeron
con la rebeldía a cuestas.

Donde se adivina un grito de rebeldía, que latía en la sangre de todos los gomeros desde las luchas contra las injusticias de la conquista

y en otras posteriores. En el romance de La Palma encontramos otra personificación del poeta cuando dice: «La Palma, yo soy La Palma/ abarloada al poniente» y «mi raíz es Taburiente». En el romance de «Lanzarote», como en el de «Fuerteventura», utiliza elementos típicos de las islas para cantarlas y definirlas. Así, de la primera saca el símbolo de la sal «de las salinas, en donde/ las aguas del mar se mueren», pero también es «La sal, que en nuestras cocinas/ de punta en blanco se pone», que anuncia la «vuelta al hogar», a la vida de la intimidad de su siguiente poemario, así como vemos también una referencia al anterior, cuando la llama «Diapasón de la esperanza, paloma y piedra de toque», pero antecedente también de un folleto inédito Blanquísima soledad *(1978). Aunque «Fuerteventura» aparezca cantada directamente en sus características geográficas, por su «tierra planchada», «por su forma de tunera», hay algunos elementos simbólicos, elegidos también por Unamuno, como son las aulagas que «han bordado/ la camisa de la angustia», que también puede ser la génesis de otro poemario hasta ahora inédito, titulado* Suite majorera *(1974). Mas García Cabrera encuentra que la isla toda es un símbolo del hombre mismo en su sed infinita de libertad, de justicia, de eternidad, con lo que volvemos a recordar aquel verso del gran desterrado: «Roca sedienta al sol, Fuerteventura...» cuando leemos estos versos del poeta gomero:*

Y en verdad que todos somos
un poco Fuerteventura:
en nuestros brazos abiertos
la sed no se apaga nunca.

ENTRE CUATRO PAREDES (1968)

Aunque esta obra no se publica hasta 1968, su origen data de 1949, fecha en que compuso su poema inicial: «Compañera te doy», poco tiempo después de haber tomado compañera, núcleo primerizo de todo el poemario. Claras son las palabras de Pedro García Cabrera en el prefacio, en que explica la génesis de toda la obra, cuando dice que en una relectura de dicho poema «me fue revelado el orbe poético del cual era mensajero, emitiendo una atmósfera en el que poco a poco veía cómo se iba iluminando el tema del hogar». Pero a su vez este tema engendró otros, pues «ampliándose a continuación su ámbito subjetivo», alcanzó a las generaciones de los padres y los hijos y participando también su entorno más próximo con las peripecias del lugar en que se afinca y a los «amigos ausentes» que se llevaron «los rescoldos de nuestra convivencia». La obra está dividida en tres partes: la primera, Este hogar en que vivo, *que contiene casi todos los poemas significativos, en relación con el hogar, los padres y los amigos; la segunda,* Tiempo de vacaciones, *que sólo contiene dos poemas, están vinculados a la esposa y*

a los amigos; y la tercera parte, Hogar en volandas, *contiene cinco poemas, dedicados a los amigos ausentes. Como se ve, el tema común de las tres partes son «los amigos», acaso relacionado con el compañerismo de sus recientes experiencias en los campos de concentración y del destierro, donde la única vinculación que queda con el hogar es el calor humano proporcionado por los amigos y compañeros en la adversidad.*

Si los poemas de la Vuelta a la isla *están bien definidos con ese título de sentido bisémico, como ya hemos visto,* Entre cuatro paredes *no puede significar una vuelta al hogar, pues aunque está relacionado con el reencuentro con las raíces del hogar, era más importante la reconstrucción del hogar perdido y la búsqueda de sí mismo, a partir del reconocimiento de su compañera, y de las cuatro paredes de su hogar, el de su isla, el de su pueblo, el de su circunstancia más íntima y la de sus amigos. Nilo Palenzuela ve, con razón, en este libro el encuentro del poeta con las «cosas cotidianas», y recuerda cómo José Domingo ya señaló en* La esperanza me mantiene, *un poema, «En la mar vuelvo a nacerme», donde hay versos como éstos:*

No sé cómo estas cuatro paredes
pueden tener tanta ternura

que parecen una premonición de este libro.

Son varios los críticos que acertaron a definir bien esta nueva poesía de García Cabrera, como poesía de la intimidad, entroncada con la de Alonso Quesada en Canarias, como dice José Mateo Díaz, o como la poesía de lo cotidiano, o del hogar, según Emilio Miró, señalando su relación con La casa encendida *(1949) de Luis Rosales; en suma, lo que Dámaso Alonso llama poesía «arraigada», cuando está vinculada al hombre y a su entorno familiar y patrio, frente a la poesía «desarraigada», rebelde o política. Sin embargo en* Entre cuatro paredes *está anunciado y bien definido el signo social, como han visto Miró, Danielle Sotto, Juan Cruz Ruiz y Nilo Palenzuela, pero hay que hacer la salvedad, como recuerda este último, que Pedro García Cabrera «es anterior a aquellos poetas cuya poesía se forja a partir de la guerra civil...», pues el sentido de la poesía social no puede ser entendido como en Gabriel Celaya, «ni tampoco como la de Agustín Millares Sall y sus seguidores (con el que colaboró en la edición de Edirca «Canarias, alma y palabra») pues, como sigue diciendo Palenzuela, nuestro poeta se encuentra más cercano al canto «inmediato de la vida humana en su dimensión histórica», tal como indica José Luis Cano para la poesía de Vicente Aleixandre. Al final del prólogo del libro* Entre cuatro paredes *quedan escritas unas palabras aparentemente crípticas en aquel momento, pero que luego cobraron pleno sentido: «Queda sin decir —escribe— que la evolución de mi poesía ha ido aconteciendo como la sucesión de una existencia poética entregada a la libertad», palabras que parecen aclararse en unas manifestaciones que hizo el poeta en 1980, casi*

al final de su vida, y explican, en cierto modo, su trayectoria poética y su exacta posición dentro de la poesía social:

«Dentro de todas las diferentes corrientes, desde que comencé a vivir la literatura, a mí me ha interesado siempre la cosa directa del hombre, el valor hombre siempre, la libertad interna del hombre y la exterior al mismo tiempo...»

En los siguientes libros que publicó, veremos cómo el poeta se integró, en parte, en la poesía social del espacio concreto de su tiempo y de los poetas más jóvenes que él.

Examinemos brevemente el significado y la distribución de los poemas correspondientes a los distintos apartados del libro. En primer lugar en Este hogar en que vivo *se inicia con el citado poema «Compañera te doy» (palabras rituales del matrimonio canónico), que comienza con «El aire del hogar» y «su blanco aliento», que está en todo lo que toca la esposa. «La sigue / hasta la punta de los dedos».*

viviéndole por dentro crisálida de tactos,
madriguera de coyunturas,
mariposas de ademanes,
madreselvas de ternura,
cuando trafica cacerolas y porcelanas.

En el poema siguiente «A la derecha entrando», corresponde también a una experiencia autobiográfica: la llegada de la compañera al hogar, por lo que las cosas adquieren vida y sentido, humanidad en suma. Antes de su llegada «Las cosas de la casa / monologaban un silencio de piezas de ajedrez», pero

Ahora ya es distinto.
Hasta las más vulgares,
las que todos los días trajinamos,
cobran un aire nuevo,
nacidas a otra vida.

He aquí, pues, ternura, emoción y cotidianidad, expuestas con un lenguaje, que sin abandonar la imagen sorprendente, se hace descriptivo o narrativo. Siguen a éste otros poemas con el mismo clima sereno del hogar, como «Aniversario», «Media naranja» y «Nuevo hogar en una concha», en los que el poeta expresa la plenitud de su alma al lado de su compañera. Así, gracias a ella, «El día tiene nombre / porque tú lo has estado haciendo / con ramos de lluvias y claveles» («Aniversario»), o bien afirma que está contento «de haberte encontrado / isla, mujer, costilla, espejo, mano / que tantea en mis sienes, con libertad de amiga, pues en tu media naranja redondeo mi mundo» («Media naranja»). Mas el poeta, vigilante siempre al contorno del mundo de hoy, «las cuatro paredes» pueden también sentir un ramalazo de zozobra y prestarnos la visión de un momento de angustia existencial, como en el poema «Casa de alquiler», al pensar que «En esta casa en la que ahora habito / vivieron antes otras gentes» y que pasaron tan levemente por ella

que en lugar de marcharse por la puerta,
debieron salir por los espejos.

Esta visión surrealista se observa al anochecer, mientras lee «siguiéndoles el rastro a las ideas», mientras contempla a su compañera dormida «en su total entrega, / hecha toda colina y horizonte»; sin embargo no ha de cesar su angustia y su pensamiento al saber que

He de pagar para sentirme vivo,
para ser menos noche,
antes de que oscurezca totalmente
y me vaya también por los espejos
a desnacerme en nadie.

Siguen a estos poemas intimistas del hogar cotidiano unos pocos poemas de circunstancias en relación con la vida social de poeta: «Adoración a Hugo, rey», «Elegía de un barco» y «La escoba», humilde objeto que parece anunciar ya las futuras elegías «muertas de hambre». Si aquí «Ella comienza el día / saludando uno a uno los mosaicos», disipando la noche, más «la escoba también siente desventuras barriendo a veces lágrimas / y los cristales rotos de los sueños» al terminar el día. Al final de este apartado tenemos tres poemas relacionados con el recuerdo de los días antiguos, de sus antepasados o de su infancia que son «Casa de Tacoronte», «Mis sellos, los desaparecidos», o bien con los esbirros del poder en «Pesadilla». En el primero, por orden del libro, el poeta recuerda cómo, en su infancia, le arrebataron los sellos «mis amigos», que «parecían muy débiles, pero llegaban siempre», pero un día fatal fueron «inútilmente asesinados». En «La casa de Tacoronte» hay una evocación de sus abuelos paternos que vinieron «Guadalquivir abajo / a cuestas con el río de sus vidas», «aquí aprendieron a leer los valles», «... aquí calaron con su muerte / el fruto amargo del aislamiento», pero sobre todo para él fueron

quienes en mí engendraron
la libertad por patria
y el sueño de una isla por frontera

Por ello «estos viejos retratos» no «serán nunca sombras sino piedras sillares» «que dan silencio firme a las paredes» de la Casa de Tacoronte. El poema «Pesadilla» es como una continuación del poema anterior donde se ponen a prueba los valores firmes del hogar. Ahora es la casa que «habían construido poco a poco mis padres», que era «más que de cal, de piedra y de madera era de carne y hueso igual que los hermanos», un día aciago fue avasallada

y rostros armados de centellas
violaron el pudor de sus entrañas

por lo que la casa «se quedó a la intemperie, / como si un vendaval hubiera roto las ventanas y levantado el techo», de tal modo fue que «Tanto perdió de intimidad y refugio» que

nunca más su corazón de fruta
volvió a ser el de antes.

Poesía esta de García Cabrera, recia a la par que tierna y emocionada, cotidiana a la vez que imaginativa, que no se conforma con encerrarse entre «cuatro paredes», sino que va en busca de sus amigos, de todos los hombres, para comunicarles el mensaje de su hogar, de su amistad, de su común fraternidad, como se ve en los dos poemas de Tiempo de vacaciones *y en el apartado final de* El hogar en volandas, *en los que se encuentran los poemas donde el árbol del bosque se transforma en poema, y la palabra en símbolo: «Se siente uno con ganas de árbol» (como símbolo del arraigo, del hogar protector de los pueblos patriarcales) que como éste prolonga sus raíces y sus ramas, y se extiende por la isla, el mar, el bosque y el mundo. El poeta, pues, va con su* hogar en volandas *hasta sus amigos ausentes, a los que viven en el exilio, a los desarraigados de la tierra, a los apátridas sin hogar, para llevarles su «Mensaje al español peregrino», en el que les dice:*

Te he dejado mi cuerpo para que germinaras
en este aire que lleva nuestra vida en los dientes.
Y ahora, que ya has visto con mis ojos, te entrego
el amigo y la lumbre, la casa y el descanso...

HORA PUNTA DEL HOMBRE (1969)

Con esta obra, ilustrada con dibujos de Jesús Ortiz, que llegó a identificarse con el poeta, tanto en la interpretación de ésta como en Hacia la libertad *(1978), se confirma la clara tendencia social que abarca el periodo en que se publicaron sus libros entre 1969 a 1978, pero tendencia que se inicia desde* La esperanza me mantiene *(1957).*

El nuevo poemario tiene una estructura sencilla: se divide en dos grandes apartados, el primero se titula Los robots dan la cara *y el segundo* Primer plan de soledades. *El primero contiene nueve poemas, ocho noches y un alba, que simbolizan los ocho brazos que atenazan de angustia a la sociedad de nuestro tiempo, y una campanada de atención es el alba, cuya llegada urge para que terminen todas esas noches de silencio amordazado. El segundo apartado comprende cinco respuestas a la angustia, cinco respuestas que son a la vez una definición; un gesto de rebeldía y cuatro clamores de protesta. Aunque el libro contiene en sí un sentimiento sincero de coraje emocional, este sentimiento medido y organizado como un planteamiento raciocinante que corresponde, en su rebeldía, a la transformación paulatina de la sociedad española de esos años, después del «boom» turístico, los avances de la técnica de la producción, la recuperación económica del Estado y la sociedad, los avances de la liberalización del pensamiento y el distancia-*

miento de las nuevas ideologías frente a la disciplina franquista. Poesía, en fin, comprometida, como pudiera ser la de Celaya o la de Blas de Otero. Aunque todavía, como dice al final de su primer poema: «Amar la libertad es peligro de muerte».

Veamos algunas muestras significativas de la primera parte, en las que el poeta al mismo tiempo que diagnostica la situación, nos da un consejo. A «la tristeza» la desconocen los trabajadores, por eso también la desconocen «los tornos de alfarero / las espigas, / la lluvia»... Esa tristeza que «es niebla / que rumia / en tu cajón de sastre...» hay que rechazarla,

> *convertirla en paloma*
> *sin azotea en que posarse,*
> *mátala incluso*
> *antes que haga nido en tu alegría.*

«Noche de exterminio» es un poema narrativo de los horrores de la guerra moderna, donde aparecen, como en todo el poemario, imágenes sorprendentes, como relámpagos imaginarios, asociaciones insólitas, como «Súbitas explosiones / drogaron las alturas», «se metieron las piedras / debajo de sí mismas», «se hundían las raíces / del croar de los sueños» etc. En «Noche de demagogia» emplea el estribillo «Eres libre» para introducir los cinco tercetos heptasílabos que son otras tantas respuetas irónicas de la utilización de esa irrisoria libertad:

> *Eres libre.*
> *Como el hierro forjado,*
> *una angina de pecho,*
> *un castillo en el aire.*

En «Noche de ira» el poeta habla de «la noche en que incluyo / del día que no llega», «ni el sol de la justicia mientras sigan / discriminando / el aire que respiras,...» y lo hace casi coloquialmente lo que acerca peligrosamente al poeta al límite donde la llamada poesía social deja de ser propiamente poesía.

Más, al final, después de tanta noche, el poeta invoca al alba y lo hace «desde la mar», pero «no de una mar de mitos, / sino desnuda / sin gaviotas». Este alba simboliza, como era de esperar, lo contrario de la noche, que aquí es «libertad que amamos» para que «el grano de ira de tu llanto / libere tu amargura».

En la segunda parte del poemario, García Cabrera, dado su carácter optimista, no quiere resignarse a la noche eterna de la injusticia y de abuso de poder, pues aún tiene confianza en el hombre, propone cinco «respuestas»: la del campesino, «paria de sequías, / levadura de surcos y sudores», la del pescador, con cuyo elemento se encuentra el poeta más identificado, cuando dice:

> *Yo sigo siempre o nunca*
> *siendo su paridad a vida o muerte.*

La del estudiante, con el que se siente unido, y lucha directamente por su voz, haciendo una especie de proclama o manifiesto revolucionario contra todas las instituciones, a las que llama «parques de esperpentos», correspondiendo a la subversión del mayo francés del 68, que coincide con la creación de esta obra y constituye un hito en la renovación de la sociedad moderna. El estudiante quiere «romper puertas», «derribar estatuas», no quiere morirse de tristeza, «ni disecar ocasos», y sobre todo quieren «dar vida a nuestro sueño». Finalmente, es también el propio poeta que da su respuesta, que para Palenzuela es «la poética de sus inquietudes de posguerra». En primer lugar se mantiene firme en permanecer al margen de lo que en aquel momento se tenía por poesía social, pues tenía forzosamente que empuñar su poesía como un arma de combate; pero él, por lo contrario, cree que el «poeta no es gallo de pelea»; sin embargo, esto no quiere decir que el poeta deba ser pasivo porque, como él dice, nació con las espinas de cualquier hombre:

> *La espina nos defiende de los sauces llorones,*
> *los pantanos, los pozos de ceniza,*
> *del rincón en que manan los silencios*
> *éxtasis de infinito.*

En suma, una poesía social pero muy personal y ante todo del hombre, preocupada por la situación de éste en la sociedad injusta, en progresiva evolución, pero no siempre en beneficio de la humanización de la sociedad, poesía que, en los sucesivos libros, se va haciendo cada vez más rebelde, más apasionada y contestataria, como contagiada de la actitud de la juventud de este tiempo.

LAS ISLAS EN QUE VIVO (1971)

Agotadas por ahora las perspectivas descriptivas de las islas en su entorno geográfico y topográfico, como hemos visto en los poemas de Vuelta a la Isla *(1968) el poeta, como dice Domingo Luis Hernández, «Conecta con la formulación poética del primer ciclo, sale al espacio libre y circular de la isla donde entabla su peculiar diálogo» con ella, pero como dice el mismo poeta en su prólogo, refiriéndose al título, que a primera vista parece que está en desacuerdo con el contenido, «alude lo mismo a una topografía concreta que a su insularidad tanto externa como mental». Y nosotros añadimos: estos poemas —que aparecen casi en su totalidad dedicados a sus amigos, poetas como él— entablan una especie de «diálogo del conocimiento» (con los últimos de Aleixandre) y no tanto para alcanzar el sentido de la isla, sino del mar que la define. Y esta definición está en el lenguaje cotidiano de los marineros, en la soledad y la libertad, consustanciales al mar y al hombre.*

El poeta, en el citado prólogo, nos dice que «gran número de las imágenes que cristalizan en estos poemas son formas ya elaboradas por el pueblo, expresiones formales que brotan espontáneas en la conversación». Después ofrece varios ejemplos, que García Cabrera traslada a sus poemas, unas veces literalmente y otras ya elaboradas en nuevas imágenes. Así, el primer verso del poema dedicado a Saulo Torón, constituye una bella imagen construida sobre una frase popular «pañuelo de agua» para definir

Este charco, este pañuelo de agua
que asomado al bolsillo de la roca
abandonó en la tierra la marea...

que a su vez engendra nuevas metáforas e imágenes, como el charco es «un mar inválido» o «apenas una lágrima dejada / en el parpadeo seco de la orilla». En el poema dedicado a Tomás González, al presentarnos la figura de «un amigo marinero reproduce directamente el lenguaje coloquial, las imágenes poéticas que utiliza en la conversación, como cuando dice: «La mar tiene una picadera */ que no hay quien la aguante», o bien, «la* verga de la brisa */ pasa por esa nube». El poema que sigue, dedicado a Justo Jorge Padrón, comienza por una de estas imágenes:* «un brote de la mar *ha llegado a mis pies», que engendra toda una bella cadena de imágenes, que alude al parto:*

inesperadamente
se ha nacido del vientre de una ola
con su cuerpo de llantos y rumores
como si fuera de verdad una vida.

O a la brevedad de su existir, por lo que le llama «pura exhalación / tan leche hirviendo / coronó su existir apresurado...», o lo define como «centella de agua» y el poeta redondea el poema, uno de los más hermosos de este libro, dándonos a través de la reiteración de la metáfora popular engendradora toda una imagen de la isla, de cualquier isla:

Y acaso toda el alma de una isla,
más que obsesión de rocas a pie firme,
sea un brote de mar *encadenado.*

Por último, en el poema siguiente, dedicado al escritor José Mateo Díaz, recoge una bella imagen marinera, como la anterior:

Se ha agachado la brisa *y hay cosecha de espumas*

que García Cabrera aprovecha para iniciar un poema social contestatario, que anuncia claramente los siguientes libros:

Tiene esta mar rumor de órganos profundo,
clama y protesta con las hambres de un pueblo

Pero, como hemos indicado, no siempre aparecen reproducidas literalmente las imágenes en estos poemas, sino ya elaboradas, como ocurre

en el dedicado a Luis Álvarez Cruz, en el que «brote de la mar» se transforma en

Brotes de isla *piedras de silencio*

como si fuera un antecedente o consecuente del anterior poema, pero que se desarrolla en la interioridad de la misma isla y no en su exterior... continuando así la imagen: «raigones verdaderos / de una intimidad incomunicable», haciendo alusión a «su libertad nativa», que como veremos es uno de los temas dominantes de todo el poemario. Sugerente es también la elaboración de la imagen popular, ya examinada, de la «picadera de la mar» que se desarrolla a lo largo del poema dedicado a Antonio Vizcaya, comenzando por una alusión bisémica del lenguaje de los mares y de la mar, cuando dice:

Por mucho que la trates en familia
siempre hay en su lenguaje
expresiones que te hacen
levantar la cabeza.

El poeta escucha «trabajar tus rebeldías / labrar por los rompientes / los arenales de tus inquietudes», pero «mar adentro / no habla: / su soledad está entera»,

Sólo cuando la isla
pone pico de pájaro *en las aguas*
rompe a cantar
y rebasa el pudor de su silencio.

Como se ve se establece una correlación entre «la picadera de la mar» y el «pico de pájaro» de la isla, ambas enlazadas por la idea del canto del pájaro y de las aguas, que intuyen la soledad y el silencio de la mar en las costas de la isla.

El tema fundamental que atraviesa todo el poemario es del de la libertad, pues el mar fue siempre para el poeta, espejo, modelo y ejercicio de libertad, pues ya que las islas son para él, como dice en el prólogo de este libro, «soledades aislotadas, son regazos de penas y alegrías en el que el hombre dramatiza el reflejo de su libertad». Por eso para el poeta las olas «todas son libertad que se desnuda». Sin embargo,, recordando la vieja copla de «A la mar fui por naranjas», dice que a la mar «le pedí / todo lo que no tiene: libertad y esperanza», pues

La mar siempre está entera,
ni se dobla
ni se rompe en pedazos,

ya que «si quieres libertad hazla tú mismo». Esta aparente contradicción se resuelve al final, porque el poeta lo que quiere decirnos es que la mar no puede darse a pedazos, porque ella misma es libertad en grado absoluto, por eso «Ella nunca entendió de esclavitudes».

Toca también García Cabrera, en este rico poemario, otros temas,

como el de la ascendencia engendradora de su yo, en un poema dedicadao a José Peraza de Ayala, en el que el poeta necesita en las

Lejanas ascendencias
disolver su noche en mis sentidos

en los que el poeta, hijo de la mar, mira sus raíces «Como/ oscuras formas de moluscos» o «mi piel es una pausa... de articulados nácares y colores suaves», para terminar con unas sorprendentes y bellas imágenes, casi quevedescas pasadas por la inspiración de García Cabrera, que aquí se expresan:

Y así viviendo estoy solo de muertes
subidas al andamio de mi cuerpo
gritándome que soy la sed del agua
batiendo en los costados de una roca.

En el poema dedicado a Pinto Grote nos da también nuestro poeta, unas imágenes conceptuales de la eternidad del mar, tratadas por todos los poetas, desde Homero a Unamuno, pues como el poeta canario dice: «El tiempo de la mar / es otro tiempo, ya que en la mar no transcurre», «ni se viene ni se va, / permanece en su fiel», y como poeta piensa que el tiempo

lo ha convertido en ritmo:
toda la mar es él.

finalmente

El tiempo de la mar
no es conciencia de nadie,
es nada más que siempre.

Encontramos en el poema dedicado a Pedro Lezcano, la huella del poeta creador, pues el tema es la inspiración poética que la contemplación del mar supone en su obra. Le sugiere en qué condiciones ha de llegar al mar cuando le dice: «Con que te acerques / desnudo de palabras y de moldes...» Entonces, así, «la mar queda engodada para darte / frutos de creación...» Y si no es así

Muerto estarás si no te dice nada
su interior vecindad, si no procrea
en ti su paraíso sumergido
peces de nadadoras libertades.

ELEGÍAS MUERTAS DE HAMBRE (1975)

Los tres últimos poemarios escritos y publicados por Pedro García Cabrera, en vida del escritor (pues Rodilla en el agua *pertenece a 1935) manifiestan un progresivo compromiso del poeta con los grandes problema sociales del mundo contemporáneo: el hambre, el deterioro del sistema ecológico y la falta de verdadera libertad en el hombre, que si-*

guen estando vigentes. Estas Elegías muertas de hambre, *dedicadas a la organización de la UNICEF, parecen más bien compuestas para un almanaque propagandístico que para un libro de poemas. Ya se ha dicho que algunos de éstos rozan con lo panfletario, como* La elegía del frijol, *en la que el grano se identifica con un guerrillero, que pide «una Sierra Maestra» y «un Ché Guevara» (el héroe de los carteles y los pósters en el cuarto de los estudiantes en aquel momento), y desea ser, y acaso identificarse con el poeta mismo, «ser punto de mira / de bocas y ombligos o convertirme en plomo / de fusil en tu mano» y hasta insinúa que la acción revolucionaria es el camino más eficaz:*

lenguaje contundente
con que se llega ahora
al corazón del hombre.

Otro poema paralelo a éste, dedicado al garbanzo, en que pide: «quiero ser miliciano / combatir por los parias / de todos los países...» Desde la primera elegía, «La mesa está servida», el poeta nos anuncia su propósito: reunir los granos humildes y populares, los que sacian el hambre de los desheredados, y los que saciarían la de aquellos niños que mueren de hambre, si la abundancia fuera justamente distribuida:

Aquí estamos los granos
de todos los países,
orzuelos de miseria
en esta sociedad que llaman de consumo.

El frijol, el arroz, la lenteja, el trigo, el garbanzo, la judía, el maíz, la arveja, el mijo y el haba multiplicándose en la tierra, forma una inmensa multitud de granos, que claman justicia y que gimen por los hambrientos de la humanidad. Pero en este «festín de abundancia» la mesa está «lejanamente alta», es

una mesa con zancos
que no alcanzan las manos
que se mueren de hambre.

Lo que aún mantiene a estas composiciones dentro de la calidad de la poesía, son las imágenes, algunas de inalterable fuerza, casi todas basadas en personificaciones, a partir de su contenido social o sus metáforas, a veces, novedosas y sorprendentes. Sin duda, algunos de estos poemas tienen sus antecedentes en Neruda o en Miguel Hernández, como se ve en «Elegía de la lenteja», en el que aparecen versos como éstos: «tendiendo en los petates / nudos de angustia y nanas de cebolla», como ya observó Nilo Palenzuela. Otras veces los poemas tienen matices irónicos que se acercan al sarcasmo (como en la «Elegía del arroz») donde pueden encontrarse algunas imágenes inspiradas en la pintura expresionista: «cómo me dais envidia / cubos de la basura», o «Sólo soy un payaso / que no encuentra / ojos donde llorar». En «Elegía del trigo» se busca su definición con una cascada de metáforas: «creación sin tacha / cabezal de aleluya, / noria de enhorabue-

nas». Abunda el estilo narrativo, salpicado de imágenes que recuerdan los discursos de la propaganda política, como cuando el trigo dice: «Mi surco de harina / arrulla las fronteras. / Todas las patrias / caben en mi seno / patrias que canten, besen y forniquen.../ bajo un olivo de palomas». Como complemento de este discurso tenemos la acción encomendada al «garbanzo» que, como hemos visto, quiere «ser miliciano» para

combatir por los parias
de todos los países

que recuerdan las palabras de combate, de vindicación y de lucha por la internacional socialista, de acuerdo con la ideología política del autor. De pronto su clamor se convierte en ataque revolucionario, como el garbanzo, que comienza en el «huerto del cura / o en casa de los ricos», y luego va «a cazar alimañas / con sombreros de copa». Pero en esta desigual lucha también aparece la ternura y la delicadeza casi femenina, como en la «Elegía de la judía», que se le ve en traje de enfermera, a la que llama dentro de la retórica modernista, «Venus mutilada» o futurista, «conejillo hibernático / ojos de estatua», para que la contemplen «desangrada en mi blancura» o la ven como «a la que condenan que sus hijos / sean divisas en un tesoro helado». Pero este poemario tiene su culminación en dos de sus últimas elegías, cuando el «mijo» nos muestra el drama de la humanidad por la inmisericorde indiferencia y el egoísmo de los hombres, que nadando en la abundancia, por falta de solidaridad con los desheredados de toda fortuna, mientras se dedican a sus fiestas y a sus odios, los dejan caer en la desesperación y en la muerte, pues como dice «el mijo» jamás he visto tanta orgía / de hieles como ahora...» «aun teniéndonos al lado, / listo para el consumo mis graneros». Y, finalmente, cuando «el haba» recuerda, amenazadora, que es «urgencia» (de acuerdo con la propaganda de la UNICEF):

Y que no puede soportar más tiempo
el hambre de los niños en que muere
el cielo azul, el aire y la mañana.

OJOS QUE NO VEN (1977)

Esta obrita, al parecer reunida para satisfacer la demanda de Talleres Eds. J.B. para la colección «Paloma atlántica poesía», está formada por 23 poemas, que tienen suficiente unidad para formar un poemario coherente, centrado en torno a la situación catastrófica del mundo actual por los peligros de la contaminación industrial, atómica y el tráfico, a lo que se añaden las secuelas y los odios de las guerras permanentes, y la falta de solidaridad humana. Los poemas más destacados en este sentido concreto, en cuya composición siempre se mezcla

la expresión coloquial con la metáfora, tenemos «Polución» (p. 7) («Contaminación» en la Antología) *y «El mayor desatino» (p. 19) que nos muestran una visión apocalíptica del mundo a causa del progresivo deterioro del medio natural y humano, donde «las fábricas se salen con las suyas» y la muerte produce dividendos / en esta sociedad a tumba abierta». Adviértase esta última expresión coloquial, tan utilizada por los medios de difusión, pero junto a ella la personificación poética: «Hasta la mar le duele el horizonte» etc. Por eso el poeta clama por el sistema democrático —en una figura irónica— para que pudieran votar los elementos condenados a muerte:*

y que voten los árboles
con sus nidos vacíos,
las aguas con sus peces flotando a la deriva

En el poema «El mayor desatino» se añade a la personificación directa de los alimentos contaminados, en el que vemos «El campo está de luto», pues

Ni los ajos levantan la cabeza
ni se riza el cabello la lechuga
ni se tornea el pecho la cebolla

que a su vez está relacionada con los poemas «Secretaría de consumo» y con «La cesta de la compra», que a su vez se conectan con las composiciones de las Elegías muertas de hambre, *cuando aparecen de nuevo los alimentos básicos y los granos como en el segundo poema citado, en el que «el pan tiene rostro de hambre» y «Las papas dormitan de silencio / en la cabeza de un pelícano». Y luego «hasta el buen perejil mordió el anzuelo» y sobre todo la sal, que tantas alusiones y poemas le dedica el poeta, como aquí:*

Sólo vendían
amarguras de sal por todas partes,
sal en las ramas verdes,
sal y enojo en los granos.

Pero además hay otros motivos de contaminación y de preocupación por el destino del hombre en la tierra, como los que se revelan en «Reunión en la cumbre», «Invasión de caimanes», «Hegemonía de artilugios» y «Tecnología de muerte», que tienen como tema común el progreso de la tecnología del último de los poemas citados, y que de no controlarla produciría el inevitable deterioro del hombre y de su medio, y nos llevaría a la catástrofe final. Así los «tecnócratas» del primer poema aplauden «los rascacielos / los aviones de caza/ las industriales humaredas», que contemplan siempre la tremenda proliferación indiscriminada de las colmenas de los edificios modernos: como en «Invasión de los caimanes», en que aparecen «Torres, más torres, alzatorres». «Bufandas de metal / cemento de estrellas», que sólo consiguieron «elevar a todos los niveles la esclavitud». Y en la «Hegemonía de artilugios» «vinieron otros bosques» y «destronaron / las verdes ce-

losías...» de la arquitectura nativa y entonces, líricamente, expresa la dramática situación con estos breves versos:

Todo lo que latiera
el beso de una flor
se vino abajo.
Y la tierra llenóse de andamiajes.

Al final, en «Tecnología de muerte», el cuadro apocalíptico se convierte en una visión de las postrimerías del mundo y la humanidad; pero no será una visión terrorífica, pues, como dice el poeta, «Van a civilizar las hecatombes» y «la destrucción se ha puesto / en mangas de camisa» y entonces

... un día todo saltará.
Será un «te amo» la consigna
que apague la cerilla en la que ardemos.

Al margen de estos poemas —situados dentro de la zona de la poesía social— hay otros, en este librito, que dentro de su sentido ambiguo, más o menos directo, muestran otras preocupaciones de estilo, como en el titulado «Choque en cadena», que aunque denuncia el caos del tráfico rodado de las ciudades, tiene dentro de su tema matices, una expresión vanguardista, que le diferencia de los otros poemas: primero «Una centella / después la alforja de un mendigo / luego un loro de frac,/ una mujer encinta / y un faro con una guitarra». Pero el poema más interesante desde el punto de vista de la preceptiva literaria es el titulado: «Soliloquio de un poeta», en el que García Cabrera intenta explicarse o definir su nueva poética social. Por eso, en primer lugar y siempre por medio de imágenes, se dice al poeta o a sí mismo, que «puedes hacer retumbar el trueno / en los élitros de una pajarita de papel», es decir, que le está prohibido utilizar sus débiles medios como un arma de combate que, como se sabe, es el principio básico de la poesía social más ortodoxa; en segundo término «Pues abrir la jaula de la lluvia / dejando en libertad los bofetones de tu infancia», es decir, que su numen puede ser fecundado con los recuerdos de su primera infancia, o le dice: «Puedes despilfarrarte midiendo / órbitas de satélites / con la unidad de una lombriz de tierra», es decir, intentar una y otra vez, comprender los sistemas filosóficos y religiosos con su pequeña mente. Y luego le llama y le advierte que si en «cada uno de tus gestos / anida una paloma mensajera / sólo camuflarás en tus palabras / los volatines de los narcisismos.../ el visto bueno de los espejos donde / la esclavitud refleja tu semblante». Claro está el sentido: el poeta debe combatir, olvidándose de sí mismo, con su pequeña medida y fuerzas, por la paz y la libertad pues

Más allá de metáforas
la naranja del mar está esperando
redondear al mundo de tu mano.

Es decir, que por encima de los recursos retóricos, la esperanza que simboliza la «naranja del mar», espera que el poeta sea el que moldee el mundo futuro, para que sea más justo y más libre. Varios son, finalmente, los poemas que señalan la situación de las islas en este despertar a la lucha por la democracia. Así, en el primero, «Islas del despertar», los define por sus circunstancias ecológicas:

> *Basta de ser colillas apagadas*
> *del cenicero de los mares.*
> *Ombligos de la sed,*

donde hay claras alusiones a los vertidos de las centrales nucleares y la sempiterna sequía de estas tierras. Sin embargo, no son pasivas, pues «Nuestro matalotaje de esperanzas / no oculta el puño de la rebeldía» y entre el último poema «Piedras de la democracia», ya las islas «No son las mismas / piedras de ojos azules.../ han perdido niñez de soledades», porque «Se han hecho ajuar de convivencia...» Poemario, pues, completo dentro de una visión catastrófica y casi apocalíptica del mundo, que abarca toda la temática de los problemas actuales de la humanidad desde la temible contaminación a los ordenadores electrónicos que esclavizan al hombre moderno, a lo que viene a añadirse la poética sobre el sentido en que debe actuar el poeta de nuestro tiempo y el sentido de las islas en las que el poeta vive, tan distinto de los términos en que se concibieron los poemas mencionados más arriba, pero inevitable consecuencia de la trayectoria poética del momento histórico.

HACIA LA LIBERTAD (1978)

Esta obra, constituida por diez breves poemas de Pedro García Cabrera y diez «aguafuertes» de Jesús Ortiz, se editó como homenaje a los dos artistas, que repetían lo que habían hecho con la edición de La hora punta del hombre, *pero esta vez en una lujosa edición restringida a 312 ejemplares, con lo que se cerraba el camino al sentido popular que parece anidar a todo el poemario. Corresponde esta obra, como dice Palenzuela, «al ámbito social politizado del momento», que sugiere el proceso político que a partir de 1975 se produce en España. Ejemplo de ello es el poema «Amnistía» formado por ocho tercetos endecasílabos libres, que comienzan con la monótona anáfora de «pido amnistía para...», donde se hace una poética lista de los perseguidos y los encarcelados por el régimen recién caído, al que sin embargo no se alude directamente. Como en otras ocasiones el poeta utiliza la inversión de los elementos naturales por los de los hombres, constituyendo sus versos y sus pretensiones de justicia. Así, en el primer terceto dice: «Pido amnistía para los que llevan / plomo en las alas...» y en el siguiente verso pide «para el trigo limpio / para las frutas del amor caídas / en los zarzales que nos aprisionan. Esta amnistía alcanza hasta*

la libertad del verso, puesta en evidencia por las cárceles de la retórica imperial:

> *Pido amnistía para el verso libre,*
> *para los locutorios de las rejas.*

Como era de esperar el sentido y la ideología de estos diez poemas caen dentro de la misma tendencia de la poesía social, ya señalada para los anteriores poemarios, ahora se centra en el viejo y constante tema de la libertad, como ocurre en casi todas las poesías publicadas por García Cabrera. En el primer poema comienza por un canto a «Los romeros de la libertad» que califica de «invencibles», a los que «ninguna mar les detendrá la marcha». Los poemas —como muchos de los de Paul Eluard o de Agustín Millares— tienen un sentido dramático, hechos para el coro o para el cántico, marcados en las anáforas o en los estribillos. La frase adverbial «donde quiera», tan pedestre, sirve de base al poema que bautiza, que tiene su prolongación en las imágenes, siempre de la trasvanguardia más moderna:

> *En el canto del gallo o en los dientes de un peine,*
> *dondequiera. Etc.*

o bien «el canto a la libertad», que forma el estribillo con el verbo amar, dándole un título muy típico de la retórica de protesta social: «A voz en cuello», y que comienza:

> *Contra viento y marea,*
> *con el alma en un vilo*
> *entre luces y sombras,*
> *donde quiera. Etc.*

Estos últimos versos, formados con fines ideológicos, es lo que hace decir a la malograda escritora Danielle Sotto que son «versos bastante cortos y sobrios, depurados de imágenes rebuscadas muestran, de manera evidente, la evolución en el quehacer poético del poeta, que concede más importancia a las ideas que al estilo en unas estrofas que reflejan su esperanza, alivio y optimismo, frente a una actualidad más halagadora que puede ser más liberal y justa». Aunque admitamos esta tendencia liberalizadora de los rebuscamientos y la esperanza de la llegada del reino de la libertad, no por eso García Cabrera renunciará a su primitiva poética de hombre de la vanguardia, que aparece siempre en la renovación constante de las imágenes, ahora al servicio de una ideología de protesta, o de un canto de rebeldía por la libertad. Así, cuando en un poema de estos titulado llanamente, «Sálvese quien pueda», en el que vuelve al tema ecológico, tan significativo en el anterior poemario Ojos que no ven, *nos dice que «Ahora las ciudades / dejan por fuera el hombre» y que «con sus cortacircuitos y sus pasos de cebra» (que recuerda algún aguafuerte de Ortiz) «donde coger la flor del horizonte / es trepar a un cadalso», y a las calles llama «retortijones de cemento» o «parihuelas de insomnio y vigilias». Muy significativo*

es, finalmente, la mezcla de lenguaje directo e indirecto, el cotidiano y el metafórico, que aparecen en «Silencios a la espalda» como recuerdo de su ya lejano encarcelamiento, pero que revive ahora para evocar este largo camino «hacia la libertad» hasta este momento histórico. Al volver la vista hacia atrás:

> *Doy la postrer mirada*
> *—ovario de abandonos,*
> *escafandra de olvidos—*
> *a la celda en que estuve prisionero*
> *antes de retornar al aire libre.*

Es curioso señalar que una recopilación de artículos y ensayos de Vargas Llosa, publicados bajo el título de Contra viento y marea *(véase un poco más arriba la misma frase utilizada como un verso de «A voz en cuello»), precisamente entre 1962 y 1986, es decir, entre la primera época y la última en que escribía nuestro poeta, y en la que el novelista peruano decía algo que justifica la actitud de García Cabrera: «No hay creación artística sin inconformismo y rebelión. La razón de ser de la literatura es la protesta, la contradicción y la crítica. El escritor ha sido, es y seguirá siendo un descontento».*

SEBASTIÁN DE LA NUEZ

DÍA DE ALONDRAS
[1951]

7 ALONDRAS EN EL JARDÍN

ALONDRA DEL AMOR A LA VISTA

Córtame una rosa blanca
del corazón de la luna.
—Antes tengo que afilar
mi cuchillo en tu cintura.
—Entonces, la que desciende
en los dedos de la lluvia.
—Se llenaría al instante
de aguas que no son las tuyas
la dulce alberca de mármol
de tus espaldas desnudas.
—¿Y aquella otra que exalta
las doce de la blancura?
—Enfrentarías tus senos
como pájaros en pugna
disputándose un silencio
de soledades maduras.
—¿Y la que está más distante,
ésa que no vemos nunca?
—La verás cuando te llene
la alondra de la ternura
de madrigales de abejas
y redondeces de fruta.
—Tu voz, tu voz me ha dejado
toda la sangre en penumbra.
—Así son las rosas blancas
del corazón de la luna.

ALONDRA DE LA MUERTE PEQUEÑITA

A Federico Sarmiento

¡Ay, tiempo de mariposa,
rúbrica de brisa y pluma!
¿En qué granito de arena
se enredó tu hora oscura?
¿Qué alarido de cristales
dobló tus alas en punta?
Besos de geometría
sincopaban tus espumas,
resolviendo el crucigrama
al sesgo de tu blancura,
¡Cómo lloraron violetas,
ángeles y niñas rubias
tu muerte cortada verde
de un vuelo de semifusas!
Una muerte pequeñita,
muerte de hojita de luna,
de papel de celuloide
o de zarcillo de lluvia.
¿En qué trocito del aire
se desanudó tu fuga?
¿Bajo qué ritmo de nieve
tu descanso se dibuja?
Nadie le ha visto la cara
a esa muerte, leve y tuya,
que es una gota de escarcha
limpia de sombra y angustia.
¡Ay, mariposa del alma,
zigzás de brisa y espuma;
que mi silencio te entierre
en una hojita de luna!

ALONDRA DE LA NIÑA DISTRAÍDA

Que sí, que sí te lo di.
Estaban, niña, delante
la rosa y el alelí.
Puedes también preguntarle
a la espiga de la fuente
y al girasol de la tarde.
¡Qué extraño que no recuerdes
que te lo puse en el dedo,
sentaditos en el césped!

Yo, en cambio, sí que me acuerdo.
La noche anterior habías
tenido un hermoso sueño:
paseabas por la pista
del anillo de Saturno,
dulce como una sonrisa.
Oyéndote, se nos puso
la boca de caramelo,
pero a mí más que a ninguno.
Y todavía te veo
con la melena dorada
llameando sobre el hielo.
Debías estar tan blanca
como una fría azucena.
Tú no te acuerdas de nada;
ni de anillos ni pulseras,
ni del collar de marfil:
tienes memoria de arena.
La rosa y el alelí
sí que se acuerdan de todo,
hasta el beso que te di
de puntillas en tus ojos.
Y, aunque te niegues, lo vieron,
aunque sin decirlo a nadie,
el nomeolvides del cielo
y el girasol de la tarde.

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE CANARIAS
BIBLIOTECA GENERAL

ALONDRA DE LA VAQUITA DE HUMEDAD

Vaquita, puedes cruzar
sin temor ninguno el patio,
que el día está muy azul
y el jilguero enamorado.
No necesitas correr,
que hoy todo va muy despacio;
las palabras y las nubes,
los relojes y los pájaros.
No me muevas las patitas
todas a un tiempo, que acaso
quiera el caracol ponerse
a pasear a tu lado.
Te vas a cansar muy pronto
si sigues con ese paso
de estambres de siempreviva
y de pistones delgados.
Mas si te cansas —pues cruzas

el suelo por lo más largo—,
puedes fingirte sin riesgo
perdigón abandonado;
que hoy se dejó la escopeta
en su casa el niño malo
y solamente ha venido
con su ancha sonrisa en alto.
Sólo tienes que tener
cuidado con ese charco,
que sus aguas no navegan
hojitas verdes ni barcos.
Y después, puedes seguir
midiendo segura el patio;
y al final ya me dirás
si no has estado pensando
que el día está muy azul
y el jilguero enamorado.

ALONDRA DE LA CAMELIA BURLADA

Aunque me digas que no,
yo sé que estás esperando
la cita del ruiseñor.
Tus fríos pétalos blancos,
tu sonrisa, tu silencio,
todo te está delatando.
Si amor no aleja tu sueño,
¿a qué, entonces, te mantienes
despierta como un lucero?
Es inútil que lo niegues.
¡Y cuánto se burlarían,
si se enteran, los claveles,
de que andas loca perdida
por la abierta madrugada!
Ya ni las lluvias de abril
podrían lavar tu falta.
¡Y cómo verte me apena,
tan voz de llanto y escarcha,
contemplando las estrellas!
Pero te queda un remedio:
entrar de madre abadesa
en un florido convento.

ALONDRA DE LAS DOS ORILLAS

Al saltar la soga
de derecha a izquierda,
cantaban las niñas
su gozo de estrellas.
«Dejo en este lado
la orilla desierta
y en la otra me encuentro
un reloj de arena.
Salta mi alegría,
no saltan mis piernas,
que mi corazón
lo llevo a la izquierda.»
Y al saltar la soga
de izquierda a derecha,
cantaban las niñas
su llanto de estrellas.
«Dejo en este lado
mi alegría abierta,
mi rojo lucero,
la flor de mis venas.
No salta mi gozo,
que saltan mis piernas,
pues mi corazón
lo dejé a la izquierda.»
Y así transcurría
de derecha a izquierda
la voz de la tarde
de izquierda a derecha.

ALONDRA DE LAS LETRAS CASTIGADAS

A María del Carmen Salido

Una tarde se escaparon
del colegio cinco letras,
las cinco letras vocales,
risas y llantos de seda.
Se pusieron a jugar
en el jardín de la escuela
y jugaron a los novios,
con las flores por parejas.

La «a» le dio el corazón
a un fino croto gris perla.
Se puso la «e» a reñir
con un dondiego cualquiera.
La «o» le ciño lo brazos
a un gladiolo de maceta.
Y la «i» se divertía
con una sosa camelia.
Porque asustaba a las flores,
la «u» se quedó soltera.
En esto, salió a buscarlas
—ira y puños— la maestra.
Sus labios eran tan rojos
y tan espesas las cejas,
que las flores se quedaron
más pálidas que la cera.
La «i» fue vista y no vista,
y, sin poner mano en ella,
de un brinco, subióse al agua
del surtidor de la escuela.
Y era, subida en alto,
burla de cristal su lengua.
La «o» se escondió en el vientre
de una pera sanjuanera
predestinada a sufrir
dentelladas de merienda.
La «e», ovillada en el suelo,
se hizo la ovejita muerta.
La «u» levantó los brazos
desnudos de la clemencia.
Las florecillas del patio
se quedaron boquiabiertas
al ver cómo castigaban
a sus amigas las letras.
No comprendían ni jota
de lo que allí sucediera:
los claveles eran mudos,
las rosas, analfabetas.
A todas las fue poniendo
de rodillas la maestra,
con los brazos extendidos
y una cesta en la cabeza.
La sonrisa de la «a»
llegaba de oreja a oreja.
Y, guiñando picardías,
la «i» sacaba la lengua,
rayando en el mapamundi
los senos de la maestra.

7 ALONDRAS EN EL BOSQUE

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE CANARIAS
BIBLIOTECA GENERAL

ALONDRA DE LA FUENTE ENAMORADA

Perdida en medio del bosque,
la fuente tenía miedo
de que un día se ahogase
de frío verde y silencio.
Quince lunas de obsesiones
encandilaban su pecho,
quince luneras de agua
desangrando quince espejos.
Tenía sed de ola presa,
sed de obelisco y lucero,
la blanca sed de una corza
desnuda dentro de un sueño.
Cúpulas de soledades
y helados de vidrios sin besos
ahondaron su garganta
hasta el talón de los hielos.
Los párpados de la orilla
siempre esperaban abiertos
que una mano les cortase
pestañas de lirios tiernos.
Y un día la fuente vio
claro el fondo de su pecho
y se sintió enamorada
del ruiseñor del silencio.

ALONDRA DE LA TELA DE LA ARAÑA

A Josefina y Antonio

Ten cuidado, ruiseñor,
no vueles por esa rama,
que está tejiendo su tela
la alegría de la araña.
Se levantó muy temprano
porque el buen tiempo le hablaba
con unos labios que nadie
sabe aún dónde los guarda.
Y sus patitas de hilera,
por el rocío soldadas,
garabatean los hilos
de un sueño que no se alcanza.
Pero ella lo está tejiendo
con hebritas arrancadas
de los ovillos del viento
y las madejas del agua.
Ten cuidado, ruiseñor,
no le rompas con tus alas
sus diamantes de hilandera
y sus tisúes de plata.
Que te bordará un pañuelo
de tan finísima trama,
que hasta podría servir
de velo a una rosa blanca.
Mira con qué ingeniería
el aire dormido labra
y cómo tiende sus puentes
colgantes en la enramada.
Que es muy fea, ya lo sé,
ruiseñor; pero trabaja
tan al fondo de un espejo,
que no puede ver su cara.
No la piques, ruiseñor,
que desde el trino del alba
desborda dulce alegría
el corazón de la araña.
Y te bordará un pañuelo
con ramos de noches blancas.

ALONDRA DEL BOSQUE RESENTIDO

A Javier Casais

Anoche, el bosque, al dormirse,
se dejó por fuera un árbol,
y en uno de sus esguinces
el viento lo hizo pedazos.
Soñaba mientras dormía
de que un león del espacio
hacía trizas las verdes
pulsaciones de sus gajos.
Y esta mañana, el rocío
—lente y mejilla del llanto—
le suelda muertos charoles
con sus gotitas de estaño.
Sin cuerda ni lazo al cuello
las ramas se han ahorcado,
y en sus vencidos atriles,
con la cabeza hacia abajo,
muestran los nidos su boca
de cántaros derramados.
El viento, suelto en la noche,
hiere sin piedra ni palo.
Y el bosque siente la ofensa
de su firme y blanca mano.
Zagal, que bajo lo verde
apacientas el ganado,
no te vayas a beber
el agua de los regatos,
que por su vena más honda
late una obsesión de agravios
y ha puesto cepos al viento
en el cristal de los charcos.
No abreves sus aguas rotas,
que la escarcha se ha prestado
a llenar los arroyuelos
de agudos vidrios descalzos
y la víbora del frío
te mordería los labios.
¡Qué madera de sollozos,
y cuántos nudos de llantos,
y qué silencio de axilas
en los musgos de sus brazos!
Déjalo llorar a solas,
aléjale tus rebaños,
que anoche el bosque ha perdido
el violoncelo de un árbol.

ALONDRA DE LOS MIRLOS SOBRE LA NIEVE

En el más nevado brezo
que han visto cielos y tierra
están jugando unos mirlos,
jugando a siminisierra.
Y dijo el mirlo, que tiene
fríos el pico y la frente
de mirar tanto el espejo
de las aguas de la fuente:
Vena del bosque,
charol del día,
¿qué manda, manda,
su mirlería?
Pues mi mirlería manda
—y el mando no tiene espera—
que al atardecer me traigas
la luna cascabelera.
Y se alejó del pajarillo
pensando con desconsuelo:
¡Cómo podré ver la luna,
si la nieve llena el cielo!

Y dijo el mirlo más negro,
aquel que llora en sus plumas
un dolor de noche antigua
y una nostalgia de espumas:
Ojo del bosque,
flecha del día,
¿qué manda, manda,
su mirlería?
Pues mi mirlería manda
—y el mando siempre me apena—
que me traigas de la mar
el beso de una sirena.
Y se marchó monte abajo
hacia la playa remota,
pensando: ¡Tal vez me ayude
a buscarlo una gaviota!

Y se acercó el más lancero,
aquel que en el pecho siente
brotar la espiga del trino
y la alegría naciente:
Blonda del bosque,
labio del día,
¿qué manda, manda,
su mirlería?

Pues mi mirlería manda
—y el mando es juego fugaz—
que me traigas un latido
del corazón de la paz.

Los tres mirlos fueron tres
flechas de mala fortuna:
el que fue al cielo, clavóse
en el rostro de la luna;
el que a la mar, en el iris
de una fina concha breve,
y aquel que buscó la paz,
en la espalda de la nieve.
Llanto del bosque,
pena del día;
héroes tiene
la mirlería.

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA CANARIAS
BIBLIOTECA GENERAL

ALONDRA DE LA NIÑA TRAVIESA

En una fuente del bosque
está una niña encerrada
llorando a lágrima viva
arroyos de lunas blancas.
La fuente, por dentro, es
como una lisa cabaña
con el tejado de vidrio
y las paredes de agua.
La niña que llora en ella
tiene la carne empapada
de un blanco dolor de lluvia
y transparentes escarchas.
De tanto frío en los ojos
y tanta nieve el alma
se han puesto los cabellos
como la flor de la caña.
Y es tan armiño su llanto,
tan honda su pena blanca,
que se han quedado ateridos
los frescos lirios del alba.
Nadie sabría, mirando
los cristales de su cara,
dónde termina su rostro
ni dónde comienza el agua.
Y todo fue porque quiso
coger en la madrugada
una estrellita desnuda
que en la fuente se bañaba.

Resbaló en la luna verde
y se quedó aprisionada
en la mazmorra de azogue
de los sótanos del agua.
Y está esperando a que vengan
los sauces a libertarla.

ALONDRA DE LA TARDE PERDIDA

Tarde perdida en el bosque,
busca de prisa el camino,
que no te coja la noche.
Súbete al árbol más alto
y mira si el sol ya rompe
sobre la piedra del agua
su cacerola de cobre.
No te detengas oyendo
el lenguaje de las flores,
que en el vientre de la sombra
se amamantan los terrores
y el blanco diente del miedo
muerde en oscuros relojes.
Oros ya heridos de muerte
multiplicaban sus voces
por manantial de nubes
y por jirafas de torres.
¡Oh, tarde, apenas viviendo
en el eco de tu nombre!
¡Ay, Caperucita Roja,
tus lirios de carne ponen
colmillos más afilados
al negro lobo del monte!
No te detengas más tiempo
extraviada de ilusiones,
que ya la red del silencio
va recogiendo montones
de lentos pájaros grises
y anchas caderas de bronce.
No te quedes, verde y sola,
en el corazón del bosque,
que ni la luna sabría
en dónde se encuentra, en dónde,
la cabaña de rubíes
en que habita tu horizonte.
¡Ay, tarde que te has perdido
como una corza en el bosque:
huye en las últimas luces,
que no te coja la noche!

ALONDRA DE LA HOJITA VERDE EN EL RÍO

A Angustias y Pepe

Caracol de la rama,
voz de lo verde,
por las aguas abajo
se van tus sienes.
Trábalas de un remanso
de la corriente,
que hasta amarga en los mares
la dulce nieve.
Date prisa, lucero,
que si te duermes
no encontrarás al alba
tus cascabeles.
Corazón de las aguas,
ramos de fuentes,
dejadme las luneras
que hay en mis sienes.
Una ovejita blanca
como la nieve
moriría de pena
si no me viese.
Caminito del agua,
anda y detente,
que en los mares se ahogan
los sueños verdes.
No me llevéis más lejos
por la corriente,
que es el día muy corto
y el paso, breve.
Déjame en la ramita
que cuelga enfrente,
prendidita en los juncos
con alfileres.
No me beses tan hondo,
boca de mieles,
capullito del agua,
luz de mi frente.
Que si me paso toda
la tarde ausente,
murmurarán las otras
ramitas verdes.

7 ALONDRAS EN LA ORILLA DEL MAR

ALONDRA DEL LLANTO DE GOLONDRINA

A Mme. y M. Frenette

Porque volar no podía,
a la orillita del mar
lloraba una golondrina.
Tenía una pata rota
y el ala derecha herida.
De madrugada partieron
todas sus demás amigas
y ella se quedó en la playa
sin navegar la alta brisa,
hongo de la soledad
crucificado de espinas.
Le están doliendo en las alas
las azules lejanías,
las frescas islas del mar
y las montañas nativas.
Ya nunca volverá a ver
el campanil de la ermita,
las cataratas del Nilo
ni las ciudades de arcilla.
Adiós, los cálidos nidos
en los muslos de las vigas.
Adiós, arena del mar
y aires verdes de las islas.
Ya arrastraré para siempre
mi oscura flor de marisma,
mi dolor de vuelos rotos,
picoteando vigilias,
y los negros tulipanes
abiertos de mi agonía.

Además, vendrá el otoño
espoleando la prisa.
El otoño, con sus manos
pianísimamente frías,
con telarañas de niebla
y lágrimas amarillas.
¡Y tendré la pata rota
y el ala derecha herida!
Así, a la orilla del mar,
lloraba una golondrina.

ALONDRA DEL FARO HUIDO

A Carmen y José Arozena

Te estoy aguardando aquí,
faro, madura manzana,
que vas pasando a cuchillo
las lejanías cerradas.
Te estoy aguardando aquí,
junto a la orilla del agua,
y tú te marchas muy lejos
por calles alborotadas.
Es aquí donde yo aguardo,
a la sombra de la playa,
el ruiseñor de destellos
de tus noches despertadas.
Que es aquí, en la tierra dulce,
y no en las olas amargas,
donde descubre mi novia
sus vertientes de albahaca.
Si no te fueras tan lejos
y acercases tus miradas,
verías qué ola tan dulce
de mármol son sus espaldas
y cómo baten dos mares
la arena de sus pestañas.
¡Ay, faro: si tú la vieras
entrar desnuda en el agua,
no registrarías tantos
horizontes ni distancias;
aquí, con todas tus luces,
vendrías a recordarla!
¡Ay, faro: si tú pudieras
verla tendida en la playa,
quedaríaste en la orilla
como un pescador de caña!

ALONDRA DEL CABALLITO DE MAR

Tendido sobre la arena,
un caballito de mar.
Su fino cuello desnudo,
¿a quién interrogará?
Si es a tus ojos azules,
no le dirán la verdad,
ni tampoco las colinas
que sobre tu pecho están.
Si a la brisa le pregunta,
la brisa responderá
que se ha rasgado el vestido
en las púas del rosal.
La arena misma pregunta,
muerta de curiosidad,
qué diminuta sirena
su lomo cabalgará.
El niño del pelo largo
decía en su soledad:
¿podrá jugar en el agua
al ajedrez con la sal?
Y la niña no podía
dejarse de preguntar:
¿sabrán relinchar de amor
los caballitos de mar?

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE CANARIAS
BIBLIOTECA GENERAL

ALONDRA DE LA CONCHITA EN LA ARENA

Caracolita,
caracola,
como un hoyuelo
de mi novia.
Su voz de nácar
me pregunta
cómo es de fina
su cintura.
Díceme en baja
voz de orilla
si es en su frente
blanco el día.
Y su voz de aire
me interroga
si hay en sus sienes
mariposas.

Caracolita,
caracola,
como un hoyuelo
de mi novia.
Tiene de nácar
la cintura,
istmo de seda,
flor de luna.
Y tiene azules
las pupilas,
dulce la frente,
blanco el día.
Pero enanita
caracola,
no hay en sus sienes
mariposas.
En sus fulgores
tú como ella:
luce el hoyuelo
sin la perla.

ALONDRA DE LA BUENAVENTURA

Dame, alga, tu mano verde,
fiel amiga de la espuma,
que quiero leer en ella
del mar la buenaventura.
De que estás enamorado
no lo pone nadie en duda:
ni las playas, ni las islas,
ni los ojos de la lluvia.
Ni tampoco los anillos
de estelas que te circundan
ni las corzas de la brisa
corriendo sobre las dunas.
La vena azul de las ansias
late en tus sienes maduras.
La sal siempre está tejiendo
azahar para tus nupcias,
ramos de estrellas el cielo,
pieles de armiño la luna.
Y los peces ya no pueden
nadar tus aguas profundas
sin sentirse ruiseñores
de las submarinas grutas.
Y más abajo, en el fondo
de tus líquidas penumbras,
un instinto de corales

sueña gargantas desnudas.
Las aves de tus dominios
te vuelan lechos de pluma;
te llevarán las del bosque
epitalamios de frutas.
(Aquí se corta del alga
la verde buenaventura.
Pero yo puedo añadir
—sin jactancia ni amargura—
que si el mar se enamoró
más de lo que estuvo nunca,
fue porque mi dulce amiga
mojó sus pies en la espuma).

ALONDRA DE LA ESTRELLA DE MAR VARADA

He pasado entre corales
y hombros azules mi infancia.
Pero yo quiero quedarme
para guiar a la playa
por negros cielos de arena
a las espumas del alba.
Estrellitas de la noche
siempre caminan de espaldas,
cortan mentiras de lirios
y a los que esperan engañan.
No son de fiarles sueños,
frentes, citas ni esperanzas.
Estrellitas de la mar
no tienen clavos de plata,
pero sienten y padecen
valles de espuma salada.
Y mucho más, si se tiene
redonda de amor el alma
y se lleva el corazón
florecido en la solapa.
Quiero quedarme velando
contra la arena estrellada,
para que su vientre fino
no arrastre la ola amarga.
Que esta es la noche más noche
de cuantas se pierden playas.
Hay más estrellas que nunca,
más vereditas de plata,
más mentiras que otras noches,
más lunas de hoja de lata.

Yo me quedaré contigo.
Si esta noche te dejara
pisar el delgado hielo
de las espumas del agua,
caerías en tan hondos
valles salados de lágrimas,
que no podrías volver
a tu arenita de playa.
Que estrellitas de la mar
ni tienen clavos de plata,
ni siembran lirios de engaño,
ni mienten fuera del agua.
Y podéis fiarles sueños,
frentes, citas y esperanzas.

ALONDRA DE LA TARDE BESADA

La niña sueña en el agua
y el niño duerme en la arena.
Ella, gacela de espumas.
Él, cazador de la selva.
El mar a la niña envuelve
en lisos quimonos frescos.
El sol, al niño, en la espalda,
hunde botones de fuego.
Las olas alzan en vilo
un copo de tibia nieve
y sienten latir la niña
en las conchas de sus sienes.
La negra playa se ahonda
bajo un yunque de luceros
y siente al niño latir
martillos de blando acero.
La niña siguió nadando,
el niño siguió durmiendo
y el día cruzó las últimas
estribaciones del cielo.
Cuando la tarde redonda
abrió su primera estrella,
la niña salió del agua,
el niño pisó la arena.
Y en el límite difícil
de la noche con el día
los horizontes del beso
unen al niño y la niña.
Los dos hermanando luces
con sombras de siempre y nunca:
él, roca de su silencio;
ella, flor de sus espumas.

7 ALONDRAS EN LA ALCOBA

ALONDRA DE LA ROSA Y EL RELOJ

La rosa estaba enfrente
del reloj de la cama.
Uno a uno, sus blancos
pétalos le contaba.

Isla de la blancura,
con su talle en el agua,
en su nido de mármol
tus senos recordaba.

Abejas interiores
le iban dando largas
al rostro de minutos
de su agonía blanca.

Dolor de nieve herida,
el reloj patinaba.
De tanto oír su muerte
se fue quedando abstracta.

Y cuando ya la rosa
era sombra y escarcha
se hizo el reloj con ella
una esfera de plata.

ALONDRA DE LOS DOS GATOS

A José Enrique Marrero Regalado

El gato blanco asomóse
a la luna del espejo
y vio surgir otro gato
de la arena del silencio.
Se acercaron al cristal
despacio, como temiendo
que su guillotina de aire
fuera a partirlos por medio.
Pisaban muy de puntillas
y eran sus pasos tan lentos
cual si calzasen babuchas
de dormidos terciopelos.
Frente a frente se miraron
desde témpanos de hielo:
atril el uno del otro,
el uno del otro, asedio.
Sugerían un paisaje
de bambúes somnolientos
esperando la embestida
de unas zarpas en acecho.
Quebrada línea en los bordes,
vetas de azogue en el centro,
marcaban sus grandes ojos
los manómetros del miedo.
Sus madejas de resortes
en un instante se abrieron
y los lomos enarcaron
ágiles bielas de acero.
Sólo sus albos bigotes
permanecían serenos.
Y eran los dos tan iguales
en nombre, color y gestos,
que el de adentro saltó fuera
y el de fuera cayó dentro.
Y ahora, yo ya no sé
cuál es el gato que tengo:
si es el que siempre he tenido
o el del fondo del espejo.

ALONDRA DEL NIÑO TRASNOCHADOR

A Eliseo Jerez Veguero

Acuesta tus ruiseñores,
no salgas de noche, niño,
que un cocodrilo de sombra
amedrenta los caminos.
Negras razones descalzas
divagan pasos perdidos
nutriendo todas las cosas
de apetencias de infinito.
La gota de agua se piensa
un arco iris dormido,
las caracolas, estrellas,
y ojeras de amor, los lirios.
Si tu sangre se contagia
de tan abiertos delirios,
tus manos se alargarán
hasta los celestes nidos,
desbordará el corazón
como un búcaro de trinos
y la sed de tus lagares
no apagarán los racimos.
Una íntima nostalgia
llorarían tus vestidos
como si ya le faltasen
amapolas a los trigos.
Y ya nunca te vendría
justo al dedo el anillito.
Acuesta tus ruiseñores,
no salgas de noche, niño,
que entre las sombras se evaden
de la tierra los caminos.
No pongas los pies en ellos,
que te llevarán consigo
y entonces ya no serás
más que rumor de ti mismo.
Acuesta tus ruiseñores,
deja la noche en su sitio,
que los sueños son los sueños
y otro sueño son los niños.

ALONDRA DEL GRILLO TELEGRAFISTA

Puestos los auriculares,
emitiendo hechicerías,
se pasó toda la noche
un grillo telegrafista.
Con su morse de «cricrís»
radiaba lunas perdidas,
catástrofes de relojes
y cósmicas pesadillas.
Cogió radios y más radios
de estaciones submarinas,
de oasis de los desiertos
y estrellas a la deriva.
Dos caracoles de mar,
para hacer una tortilla,
pidieron que les llevasen
un paquete de sal fina.
Una palma del Sahara
llamaba a la policía
porque dos monos salvajes
las támaras le comían.
Un cometa de quince años
solicitó una escofina
para limarse las luces
de sus blancas zapatillas.
La noche se desangraba
cruzada por mil espinas.
Después le dio por coger
redondos sueños de isla,
alisios de libertades
y vuelos de golondrina.
Resentíase la sombra
de que un ecuador de pinzas
le clavara en la cintura
dientes de relojería.
Su primavera de arpones
incendiaba banderillas
en el toro desmandado
que del insomnio surgía.
La sombra se lamentaba,
pero el grillo proseguía
radiando los puntos muertos
de oscuras geometrías.
Hasta que por la mañana,
muy cerca de la cocina,
se calló, negro de sueño,
el grillo telegrafista.

ALONDRA DEL MUCHACHO ALBAÑIL

A África y Arístides

En los ijares del aire,
firmes, clavaba el andamio
sus secas astas de bosque
y sus patrullas de zancos.
Y era tan veloz el gesto
del maderamen alzado,
como si por él corriese
una jauría de galgos.
Gacela de las alturas,
el chico subió a lo alto.
La fresca brisa del mar
besaba sus ojos pardos.
De pronto, cayó su cuerpo,
con la cabeza hacia abajo,
en el fondo del espejo
en que me estaba afeitando.
Al ver gotear la sangre,
creí que me había cortado.
Pero el espejo se puso
igual que un muro de blanco,
blancas en él las paredes,
blancos mis ojos cerrados.
Su luna estaba tan fría
como el invierno de un lago.
Todo lo que había dentro,
trajes, cortinas, muchacho,
se quedó en su superficie
rigurosamente helado.
Su rostro de aire dormido
he cubierto con un paño
para que no aterrorice
su agua rígida mi cuarto.
Y dicen negras esquelas
que ha fallecido el muchacho
que se cayó en el espejo
en que me estaba afeitando.
Llorad, cristales de todos
los edificios más altos.
Llorad por mi claro espejo,
muerto en flor con un muchacho.

ALONDRA DEL SUEÑO DE AUSENCIA

A Juan Sosa Suárez

Y así preguntaba el niño:
—¿Son muy grandes las estrellas?
¿Las veré mucho mayores
subiéndome a la azotea?
Y se le iban las palabras
por babeles de escaleras
altas, tan altas, que al hielo
le daba frío el cogerlas.
Y se le fueron las sienes
igual que dulces cometas
aire arriba, por los hilos
blancos de la luna nueva.
Y fue cerrando los ojos
por lejanías abiertas.
No le rindió el blando sueño.
Quedó dormido de ausencia,
porque se había clavado
en la diana de una estrella.
¡Quién la bese, besará
sólo un capullo de seda!

ALONDRA DE LA AGUJA PERDIDA

A D.ª Ignacia Oramas

Entra, rayito de sol,
vamos a buscar la aguja
que la gallinita ciega
de la sombra la tiene oculta.
La está esperando el dedal
en el cesto de costura
y el hilo negro y el blanco
por su ojito me preguntan.
Si registras el espejo
muy al fondo no te hundas
que el aire reposa en él
con las espaldas desnudas
y podría convertirse
en vendaval si lo azuzas.
A las ambiguas tijeras
no las interrogues nunca,
que viven siempre en el limbo

de su indecisión de curvas
y los nortes de sus ojos
niegan el sur de sus puntas.
En ese rincón salvaje
no metas tu mano rubia,
que un cachorro de la noche
tiene afiladas las uñas
y tu hociquillo de miel
se marchitará de angustia.
El enamorado imán
no te sacará de dudas
porque desde hace unos días
ha perdido su herradura.
El pico de la cigüeña
no creas que la simula,
que él vino sólo a traer
la niña que está en la cuna.
Ni el ojal de mi solapa
ni las luces las vislumbran.
Ni tampoco la muñeca
de los ojos de color de uva.
Nadie ha podido encontrar
su gran pestaña de lluvia.
Y la gallinita ciega
de la sombra, en la penumbra,
dice al rayito de sol
cansado de tanta búsqueda:
¡Si me das tu anillo de oro
diré dónde está la aguja!

7 ALONDRAS EN EL CAMPO

ALONDRA DEL MIRLO Y CIRUELO EN FLOR

A Caridad Arévalo Mateos

No me digas que te quiera,
que ayer dijiste lo mismo
al brezo y la madreselva.
Pierdes el tiempo conmigo:
a mis estrellas de nieve
no le hacen falta tus trinos.
Y, aunque sin alas me quede,
no encontrarás en mis brazos
una rama que te espere.
Sé lo que vienes buscado:
lucir tu traje de noche
sobre mis hombros nevados.
No son, mirlo, tus canciones
las que verán mi desnudo
desabrochado de flores.
Antes me quede sin fruto
que inmolar mis risas blancas
a pico tan inseguro.
Sigue a mentir en volandas
a otros árboles lejanos
que crean en tus palabras.
En mí no vengas buscando
amor para un alto nido.
Ni pretendas que te quiera,
que ayer dijiste lo mismo
al brezo y la madreselva.

ALONDRA DE LA AMAPOLA RAPTADA

A Rosita y Domingo

La señorita amapola,
bajo sombrilla de estío,
dormía siesta de laca
junto al real del camino.
Mientras, el viento tocaba
un acordeón del trigo.
Un pájaro muy lancero
desde una rama le dijo:
«Amapola, amapolita,
¿te quieres casar conmigo?
Y la flor se puso roja
al oír tal desatino.
El pájaro descubría,
uno tras otro, sus trinos.
La amapola se apretaba
cada vez más el corpiño.
Dulces abejas de sangre
le zumbaban los pistilos
y su rubor le impedía
mirar de frente a los lirios.
Viéndola de amor madura,
todo su canto hecho filo,
en un rapto de rubíes
cortó la flor con el pico.
Le vieron subir volando
las altas nubes del frío
con todos los pedernales
del corazón encedidos.
Nadie pudo saber nunca
en qué lucero perdido
posó su carga de amor
el brillante pajarillo.
El girasol de la tarde,
desde su raíz de vidrio,
ve volar sobre los hombros
de sus arcos amarillos
el pájaro del recuerdo
con la amapola en el pico.
Y siempre que esto sucede,
el viento, su buen amigo,
hace sonar esmeraldas
al acordeón del trigo.

ALONDRA DEL JÚBILO

Sosteniendo un horizonte
de alambre sobre sus patas,
el teléfono atraviesa
el campo a grandes zancadas.
Nada importa que el invierno
suelte los bueyes del agua:
él salta sobre los hombros
mugientes de las barrancas.
Ni le importa que a su encuentro
linos de niebla le salgan
escondiendo los caminos
y equivocando distancias.
Él aísla en cada paso
un ojo de porcelana
y allí donde pone el ojo
deja clavada una zanca.
Con sus botas de cien leguas
deja siempre rezagadas
las carreteras veloces
que el viento lleva a la espalda.
De lejos le vi cruzar,
apenas naciendo el alba,
adelantando su cuello
de gran insecto de plata.
Pasó silbando de gozo,
más pies que nunca y más alas.
Llevaba un amigo ausente
en un azul telegrama.

ALONDRA DE LA MANZANA Y EL RUISEÑOR

En el camarín redondo
de una verde manzanita,
tres infantiles gusanos
hablaban mientras comían:
«Hemos elegido mal
nuestra silvestre casita;
tiene duras las paredes
y la despensa vacía.»
Ellos aún ignoraban
que las verdes manzanitas
—porque lo ha dispuesto así
un dios a punto de almíbar—

no ablandan su doncellez
ni se ponen amarillas
sino cuando un ruiseñor
de amores las solicita.
Entonces nace en la fruta
un cielo de golondrina,
un ansia rubia de abejas
y un caracol de sonrisas.
Y su perfumado seno
amanece cada día
tan luna llena del alba
como el de mujer encinta.
La manzana, poco a poco,
se fue poniendo encendida;
se le otoñaba el color
y unas alas le nacían.
Y ya los tres gusanillos
en su gozo no cabían:
«Nuestro refugio ya tiene
un corazón de ambrosía,
de tierna pulpa el silencio
y de azúcar la vajilla.»
Y todo el secreto era
—¡oh, qué rubor sin mejillas!—
que se había enamorado
del ruiseñor de la ermita.
Con sus trinos, en la sombra,
su caracola se henchía
de océanos de ternura
y exactitudes de isla.
Su blanco pecho de aromas
los tres huéspedes mordían,
que madurez de manzana
oculta un áspid suicida.
Y cada cual, en su rama
de soledad, florecía:
él, deshojando sus trinos,
ella, dorando la brisa.
Y así, de sueños nupciales,
se fue quedando amarilla
la redonda doncellez
de mi dulce manzanita.

ALONDRA DEL VIENTO DEL OESTE

Saltó del agua oscura
el viento del oeste.
Fumaba su gran pipa
de ráfagas celestes.
El reloj de una isla,
su naufragada frente;
y un ramo de horizontes,
su cintura de nieve.
Los árboles, al paso,
en anchas copas verdes,
le escanciaron cabriolas
de mentas y grumetes.
Le ofrecieron las playas
un lecho de vaivenes,
caracolas distantes
y salobres claveles.
Pero a todo negaba
su gesto transparente.
Un instinto de mares
le latían las sienes.
Y volvió al agua oscura
sin jamás detenerse,
ni volver la cabeza,
ni entreabrir sus desdenes.
Y se fue al agua oscura
por sus pasos ausentes,
como había venido,
el viento del oeste.
Desde la luna llena
se vio su brazo alegre,
del talle de la lluvia,
en la noche perderse.

ALONDRA DE LA HIERBABUENA HERIDA

A Paquita y Salvador

Que corran pronto doctores,
que no se tarden, que vengan,
que una oruga le ha picado
el tallo a mi hierbabuena
y se me muere de olor
de los pies a la cabeza.

Ve y tráelos en volandas,
aire de piernas ligeras
que te lo piden por mí
la salvia y la madreselva.
No le des tiempo a afeitarse
ni a mirarse las muñecas
a ver si el día ha salido
por su reloj de pulsera.
Que todas sus verdes hojas
se están poniendo muy yertas
y sus lamentos me están
doliendo en las venas.
Decidles que se ha prestado
el incienso y la alhucema
a una transfusión de aromas,
si el caso lo requiriera.
Decidles que vengan pronto
a curar mi hierbabuena,
que todo el campo está triste
llorando a su mejor hierba.
Que si se muere, este año
no saldrá la primavera,
ni se casará la alondra,
ni celebrarán su fiesta
los dragos y los arroyos,
los lirios y las hogueras.
Que corran pronto doctores,
que no se tarden, que vengan,
que ya sus hojitas verdes
se están muriendo en mis venas.

ALONDRA DE LA RETAMA BLANCA

A D. Francisco Bonnín

Hay esta noche una fiesta
en Las Cañadas del Teide.
Y es que la retama blanca
se va a casar muy en breve.
Su blanco traje de novia
ha estado teje que teje,
gota a gota, flor a flor,
con un cariño de fuente.
Nunca vio la primavera
a unos brazos tan alegres
batir tan honda ternura
a punto de alma y de nieve.

Ni vio nunca el mar tampoco
estrellarse en las rompientes
olas de su azul que fueran
a la blancura tan fieles.

Todas las flores amigas
le han enviado sus presentes:
los helechos, su abanico,
la aulaga, su corselete
y la retama amarilla
las arras de oro fulgente.
Fue muy dulce la violeta
cuando se acercó, tan leve,
y desde el suelo le dijo:
«Soy tan cortita, que siempre
quedaré mucho más baja
de todo cuanto desee.»

Como están casi en las nubes
afilando sus desdenes,
no sé si le habrán enviado
ya su obsequio los cipreses.

Pero ella mira hacia adentro,
como lo hacen las mujeres,
y ve que un bosque le nace
de cada ramita verde.

¡Qué novia está la retama!
¡Qué frente de abril su frente!
Ya esta tarde, las abejas,
después de libar sus mieles,

iban al aire bordando
con más zigzás que otras veces.
Y hasta los viejos peñascos,
mastines de áspero diente,
viendo a la retama en flor
latirle alondras las sienes,
en el rubí del recuerdo
han vivido nuevamente
su juventud de volcanes
y su piafar de corceles.

No necesita azahares
porque de sobra los tiene,
que el corazón de la espuma
ha hecho en ella su albergue
y el silencio le ha prendido
su velo sin alfileres.

Y mientras está esperando
al novio que nunca viene,
un pastor corta en la sombra
su cuello de luna y nieve.

Y le rompen sus armiños,
y las ramas le retuercen,
y descoyuntan sus hombros
y arrastran por las pendientes.
Pero como es voz de la isla
y conducta de sus héroes,
el cisne de sus aromas
navega todo el ambiente
y perfuma como el sándalo
a las manos que la hieren.
Ya están dormidas sus savias.
Ya libarán para siempre
en la flor de su agonía
las abejas de la muerte.
Sobre el lugar del martirio,
la noche, a solas, se siente
verónica de la altura.
Y en su paño azul celeste
el rostro de la retama
copia en estrellas mil veces.
Que le hagan guardia de honor
marineros y cadetes
y que la sigan llorando
mis amigos y las fuentes.

7 ALONDRAS EN LA AZOTEA

ALONDRA DEL PALOMO TONTO

A María del Carmen y José Curbelo

El palomo no salía
del tejado de la iglesia.
No sabiendo amar palomas,
arrullaba las veletas.
Tenía las patas rojas
y blanco el buche de seda;
mas de nada le servía
tan elegante librea.
Se ponían coloradas
las palomas ponederas
porque se echaba en los nidos
con arrumacos de hembra.
¡Qué culpa tenía él
de sus interiores nieblas!
Un día se partió un ala
porque quiso, en su ceguera,
posarse en el silbo de humo
de una negra chimenea.
Andaba a pasos de oca
a la hora de la siesta.
Si picaba la albahaca,
bebía sorbos de menta.
Al divisarle, gritaban
los chicos de las escuelas:
«Ahí viene el palomo tonto.»
Y le llovían las piedras.
Y se marchaba volando
a palomarse en la iglesia.
En un Domingo de Ramos

lo encontraron dando vueltas,
loco de arrullos y alas,
en torno a un panal de cera.
Desde entonces, el palomo
pasa las noches enteras
con una flor en el pico
haciendo sombras chinescas.
¡Y hasta la veleta siente
su flecha muerta de pena!

ALONDRA DE LA NUBE DE LANGOSTA

Ni molino de aire
ni barco velero.
Pero, cuando viaja,
cubre todo el cielo.
La langosta es verde
como un aguacero.
En sus ojos fríos,
de aguas de luceros,
cortan los diamantes
las cuentas del miedo.
La langosta es fría
como un aguacero.
Se habían comido
los prados del cielo,
un mar de amapolas
y un bosque de sueños.
La langosta arrasa
como un aguacero.
Arrastraba el aire
cristales hambrientos.
Sus alas batían
un verde aguacero.
Y desde azoteas,
montes y paseos,
las gentes tocaban
tambores y cuernos.
La langosta es verde
como un aguacero.
Pero aquella tarde
mis ojos la vieron,
roja de vergüenza,
loca de cencerros,
perderse en los lomos
rizados del viento.
Y es verde y sonora
como un aguacero.

ALONDRA DE LA NUBECILLA MIMOSA

A Pura Carvajal de Hernández

Tan transparente
como un perfume,
cielos arriba
se alza una nube.
Usa rosadas
faldas de seda
con una blusa
de primavera.
Lleva una blanca
rosa en la mano,
medias de gasa,
tacones altos.
Un pajarillo,
vuela que vuela,
«Adiós, preciosa»,
le dijo al verla.
La nubecilla
se puso roja
como el corpiño
de una amapola.
Más tarde, un cuervo
muy vejestorio
llamóla fea
con grito ronco.
Quedóse entonces
tan fría y muda,
que en llanto amargo
rompió de lluvia.
Un vientecillo
murmurador
dijóle blanda
de corazón.
Y en el momento
que oyó decirlo,
endurecióse
como un granizo.
Cayó en otoño
sobre un jardín
y amarillóse como el marfil.
Después, el agua
se puso verde
como una rana
sobre el césped.
Y un jardinero
que la pisara,

de tan rabiosa
quedóse blanca.
Y porque oyóse
decir pesada,
se hizo una leve
bruma de nácar.
Fuese a los aires,
volvióse lluvia,
de allí al granizo
y otra vez bruma.
Y, por mimosa,
por tan difícil,
quedóse en nube
siendo arco iris.

ALONDRA DEL LORO AVENTURERO

A Eduardo Westerdahl

Este lorito viajero
no ha nacido en Portugal,
aunque, como tiene oído,
sepa los fados cantar.
Ninguna cotorra duda
de que es un loro «pure sang»
y se expresa en un correcto
lenguaje de «gentleman».
La orden del arco iris
luciendo en su pecho está.
Si duerme con ella puesta
es por sentimental.
Conoce todos los puertos
de las islas de la mar:
mares Amarillo, Rojo,
Azul, Negro y del Coral;
en cada uno ha dejado
una plumita al pasar.
No necesita visados
ni carnet de identidad:
en la estación de los vientos
viaja en trenes de cristal.
Luchó contra los ingleses
en Egipto y el Sudán
y sus triunfos le valieron
el fajín de general.
Un miércoles de ceniza
pidió una audiencia papal,

invocando sus colores
de arzobispo y cardenal.
Dice que el siglo XVIII
fue de los loros la edad
más dorada, su segundo
paraíso terrenal,
por sus casacas de luces,
sus cielos de tafetán,
los cócteles de colores
de los bailes de disfraz,
frases verdes, hombres lilas
y amores de mazapán.
Todo lo que lleva el loro
en su traje tropical.
Aún reside entre nosotros,
pero muy pronto se irá
—con un vuelo de arco iris
dentro de un tren de cristal—
no sabe si para España
o si para Portugal.

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA CANARIAS
BIBLIOTECA GENERAL

ALONDRA DEL VERDE AMOR

Lo veo venir muy cerca,
verde del timón al ancla,
verde su espiral de humo
y verde el agua salada.
¿Vendrá el amor? ¿No vendrá?
Barco de las esperanzas,
¿dices que sí con la proa?
¿dices que no con las bandas?

ALONDRA DE LA ESCALERA ROTA

Se ha roto anoche un peldaño
mi desgraciada escalera.
Oyó un suspiro de rosas
y se ha partido una pierna
al querer ganar de un salto
los bordes de la azotea.
Que intervengan cirujanos
con sus rubias enfermeras
a reducir la fractura
de su tibia de madera.

Que no le den cloroformo
ni bajen en parihuelas.
Que no le quiten las verdes
esperanzas de sus hiedras.
Pero que vengan a prisa,
que está llorando de pena
porque no puede subirme
a ver mi flor de canela.

ALONDRA DEL AVIÓN EN VUELO

(Míralo aquí).
No se le ven las orejas
porque las tiene escondidas;
pero su voz es de trueno
y su alma de gasolina.
(Míralo aquí).
Es oscuro como un mirlo
de la cabeza al timón;
pero le brilla la cresta
si vuela mirando al sol.
(Míralo allí).
No puede cerrar las alas
ni posarse en la arboleda;
pero tiene más arrullos
que un palomo en primavera.
(Míralo allí),
Deben construirle un nido
tan grande como una casa;
pero volar no podrá
dentro de ninguna jaula.
(Míralo allá).
Si toca la nube blanca
será gusano de seda;
pero él no tuerce su rumbo,
suceda lo que suceda.
(Míralo allá).
Mirándolo de muy cerca
es un pájaro mayor;
pero viéndole tan lejos
no es más que un gran cigarrón.
(Ya no se ve).
¡Y con qué pena lo mira,
desde su verde limón,
la dulce pájara pinta
toda encendida de amor!

7 ALONDRAS EN LA CIUDAD

ALONDRA DEL CABALLITO DE CIRCO

A Juan Rodríguez Doreste

Al dar la tercera vuelta
se puso el caballo enfermo.
Luces de angustia temblaban
los azabaches del pelo.
De los ojos de la niña
saltó el payaso del miedo
y se quedó enharinado
de expectación y silencio.
Continentes de agonía
relinchaban por el suelo
y el aire azuzaba vidrios
en los espumosos belfos.
Grupas heridas de llanto
se charolaban de duelo
y de su cola rizada
cortó la nieve un recuerdo.
Ya los terrones de azúcar
eran espuelas de acero.
Por los ojos del caballo
volaban pájaros negros.
A la gentil domadora
—juventud de terciopelo—
se le rompieron los lazos
que aprisionaban sus nervios
y del corpiño de seda
se le escaparon los senos.
Y en los ojos del caballo,
circos de nácares negros,
los dos senos de la niña

fueron punzones de hielo.
Los vio el caballo caer,
islas de nieve y silencio,
como dos piedras de luna
en dos fríos agujeros.
La domadora más nunca
volvió a encontrarse los pechos:
en los ojos del caballo
subieron firmes al cielo.

ALONDRA DEL MARINERO EMBRIAGADO

Paseaba el marinero,
ya las luces encendidas.
Mirábanle de soslayo
los ojos de las esquinas.
Se hurtaban a su nostalgia
calles, plazas y avenidas,
que era muy hondo el vaivén
de sus azules pupilas.
La ciudad se le escapaba
como una riente anguila.
Pisar sobre los asfaltos
a duras penas podía.
Llevaba mucha tormenta
a bordo de sus mejillas
Y muchos puertos del mar
desplegaban sus sonrisas
como una mesa revuelta
de ángulos y golondrinas.
Mujeres con la melena
igual que lunas caídas
arrastraban por el suelo
los arcos de mil bujías.
También su hogar recordaba,
aunque sólo de puntillas,
para no turbarle el sueño
y hacerle el silencio trizas.
La noche le vio beber
su copa de despedida.
La ciudad se fue corriendo
por sus calles y avenidas.
Y el marinero llegó,
segando baches y espigas,
a limpiar lunas de cobre,
borracho de lejanías.

ALONDRA DEL GALGO CAMPEÓN

Viene corriendo mi galgo
por las calles de mis ojos;
azúcar tostado, el cuello,
color de tabaco, el lomo.
Viene corriendo una liebre
que no se ve en los canódromos,
la liebre azul de los sueños,
toreadora de acosos.
Mis venas todas se van
alargando poco a poco
y para verle correr
se me suben a los hombros.
Ni cohetes buscapiés
ni perfumes de heliotropo:
relámpago de canela,
mi galgo lo vence todo.
Cuando recorre la calle,
profesor del trote corto,
va siempre por las aceras
sin descender al arroyo.
Entonces, verjas, esquinas,
árboles y niños bobos,
pestañas de los aleros
y asfaltos con pies de plomo,
se salen de sus casillas,
chocan los unos con otros,
y sus pupilas componen
fotomontajes redondos
con veloces arcos libres
y tiernos ángulos rotos.
Que nadie toque a mi galgo,
mi galgo tan dulce como
racimo de la vendimia
en los labios del otoño.
Que nunca me lo condenen
a bailar rigodón de oso.
Que me lo dejen a mí,
a mí y al viento tan sólo,
relámpago de canela
por las calles de mis ojos.

ALONDRA DE LA NOCHE DE CINE

Jinete en la sombra
de floridos ramos,

la noche del cine
corría a caballo.
Espuelas de niños,
galope engranado,
la luz casi apenas
abría los párpados.
Un dulce hormigueo
sonriendo en alto,
transportaba briznas
de estrellas y astros.
Desde la butaca,
mi pantalón largo
era caballista
de potros alados.
De tanto correr
veloces espacios
me salí por fuera
de mis ojos claros.
Ni sentía el aire
ni muslos ni brazos:
todo se me había,
de golpe, amputado.
Me hallaba tan hondo,
tan mares abajo,
que ni un submarino
me hubiera encontrado.
El cine es el sueño
que todos buscamos,
olvido de ortigas,
frescura de mármol.
Tuvo que pisarme
la chica de al lado
para que de nuevo
nacieran mis labios,
al tiempo que abrían
las luces los párpados.
La noche del cine
se había acabado.
Y hube de meterme,
como un ermitaño,
en los caracoles
de mis ojos claros.

ALONDRA DE LA NIÑA DISFRAZADA

A Emmita Jaubert Yanes

Iba abriendo sus seis años
cuando se vistió de rosa.
Más que un disfraz era un sueño
cogido en flor a la aurora.
Y eran sus años seis cisnes
tirando de una carroza.
¿Qué perla se habrá evadido
de su hornacina de concha
para marcarles el norte
primaveral a sus corzas?
Gondoleros de la gracia
los decires de su boca
y en todos sus movimientos
un arrullo de palomas.
Todo espejo que la vio
la quiso tener por novia.
Abril, con ella en su barca,
remaba mares de aroma.
En ningún escaparate
puede manar una joya
tantos orientes de luz
de un trino de aguas tan hondas.
Cuando bordeó la sala
—como líquido la copa—
la gran ruleta de baile
se floreció a la redonda.
Estaba allí la alegría
con largo traje de cola.
Y eran los ojos palabras,
los semblantes, mariposas,
y las sonrisas se habían
disfrazado de amapolas.
No se le cayó en el baile
ni un pétalo ni una hoja,
porque sus actos ceñía
con lazadas cuidadosas.
Al salirse de la sala
la fiesta quedóse a solas.
Y le brotaron espinas
al silencio y las personas.
Y al recogerla la calle,
el sol sus oros retoña
para ofrecerle un anillo
de compromiso de boda.

ALONDRA DEL VIENTO ENAMORADO

Que viene el viento, niña,
que viene el viento,
con sus finas jaurías
de galgos sueltos.

Refúgiate en el zoco
de los portales
que es peligroso el viento
por esas calles.

No temas por los rizos
de tu peinado,
que lo que el viento quiere
no está tan alto.

Lo que viene buscando
—nadie lo duda—
es pasear su brazo
por tu cintura.

El viento trae, niña,
sus galgos sueltos.
Sujétate las faldas
que viene el viento.

ALONDRA DEL NIÑO EXTRAVIADO

A Anatael García Cabrera

Que no, papi, que no es cierto
que yo me hubiera extraviado,
aunque tú te lo creyeras
y lo haya dicho la radio.
Con sus pelos y señales
te diré lo que ha pasado:
estuve viendo las ranas
bajo el puente del barranco.
Una había verde noche
y otra de un tono más claro.
Yo pensé que el más oscuro
debía ser el rano.
A punto de cruz bordada
la rana hembra su nado
en el quimono que cubre
el vientre de agua del charco.

Desde el balcón del zarzal
veíala hacer el rano
con unos ojos tan fijos
como las gorras de plato.
Pero yo lo que quería
era mirarlas croando.
Y esperé a que madurase
el crepúsculo su canto
en la garganta amarilla
de un cascabel de topacios.
Yo no sé si sabes, papi,
este secreto dorado:
que cuando la tarde en fuga
pierde sus zarcillos blancos,
si el primer rayo que brilla
es de estrella, canta el rano,
y si quien canta es la rana,
es lucero el primer astro.
Esta tarde fue un lucero
quien estrenó el cielo raso,
porque la ranita verde
cantó primera que el rano.
Oyéndola, se veía
en el prisma del espacio
que reflejos y sonidos
estaban ruborizados.
Y me quedé bajo el puente,
muy confuso, imaginando
que la rana y el lucero
se daban cita en el charco.
Eso es todo, papi. Siento
el disgusto que te he dado.
Pero aunque tú me castigues,
yo seguiré recordando
que era el rano verde oscuro
y la rana verde claro.

LA ESPERANZA ME MANTIENE
[1959]

A LA MAR FUI POR NARANJAS
COSA QUE LA MAR NO TIENE,
METÍ LA MANO EN EL AGUA:
LA ESPERANZA ME MANTIENE.

(COPLA POPULAR.)

EL POETA METE LA MANO EN EL AGUA

El poeta nació en Vallehermoso, un alto pueblecito de la isla de la Gomera, medio español y medio colonial, colgado difícilmente de una palmera y de un laurel, no lejos del mar Atlántico, y hasta donde se llega por una carretera que arranca desde unos acantilados encrespados y azules. En este pueblecito, y cuando nuestro poeta alcanzaba la pubertad, oía muchas veces cantar en las tardes de domingo y en las pequeñas fiestas familiares de la casa, a su madre, sus tías y las amigas, con la música canaria de una isa, una copla que habría de tener una cierta trascendencia en su vida. El poeta aún tenía pantalón corto, las mujeres, corsé, cintura de avispa y «castañas» en el pelo, y los hombres americana estrecha entallada, cuello duro y raya en medio de la cabeza, y muchos barba de senador. La madre era pequeña, alegre y lucía unos ojos melancólicos de mujer insular. La hora de las coplas llegaba, ya al atardecer, y una de ellas:

A la mar fui por naranjas
cosa que la mar no tiene.
Metí la mano en el agua:
la esperanza me mantiene.

la escuchaba el poeta, sin saber muy bien lo que quería decir, pero bien dispuesto desde aquel momento a meter la mano en el agua, hasta encontrar algún día una naranja verde o madura que calmara su sed. Hemos de pensar que cuantas veces Pedro García Cabrera fue hasta la orilla de su mar lejano y próximo, las palabras de esta copla, y especialmente todos esos nombres que contiene, las cosas que allí se encierran, estarían muy presentes en su corazón. La copla, entre recuerdos ausentes y memorias despiertas, iría poco a poco adquiriendo en su ánimo una personal existencia, y su sentido absurdo y contradictorio es posi-

ble que ya en la adolescencia lograsen insospechados valores, hasta vislumbrar una difícil conciliación lírica. Esta copla invitaba al poeta a ir al mar, es de hecho una invitación al reconocimiento de su existencia fascinante, a entrar en él, a ser su amigo o su enemigo. Pero, además, lo invita también a que busque naranjas en sus aguas y se advierte asimismo que estas naranjas no las encontrará nunca. Esta lucha entablada, a través de cuatro versos bellísimos, entre la realidad y la irrealidad ha de marcar muy poderosamente toda la creación de nuestro poeta. Para verificar esta irrealidad de una naranja en el mar, se ha de meter la mano en el agua. Este acto tiene una significación muy amplia en la pequeña historia de las islas, cargada de una vida de recelo y osadía. Comprobado que ya la naranja no está en el mar, el poeta ha hundido su mano entre el líquido cuerpo, lo ha removido y sacudido con inusitado gozo y hasta ha tocado la negra arena. Pero no por esto ha de dudar que algún día, sobre las olas aplaceradas y tormentosas, y como fruto de un extraño árbol marino con flores de azahar saladas, una redonda naranja pudiera aparecer. La esperanza le mantiene. Esta copla que está escrita y cantada con la mayor realidad del mundo, donde todo es razonable y concreto, de pronto en sus versos ofrece al hombre, al poeta, al insular, la promesa del paraíso, de lo absurdo, de la imagen. Pasarán muchos años. Pedro García Cabrera publicará libros de versos, libros de guerra o de divertimento, se alejará del mar, de Vallehermoso. A lo largo de su existencia ha recorrido mesetas, ríos y cumbres. Mas la copla de su isla seguirá estando depositada en su espíritu, secretamente, como una pequeña concha irisdiscente debajo de un callao de la playa. Más tarde llega la madurez. El poeta tiene heridas en todo el cuerpo, pero en el alma no, porque la esperanza le mantiene. La concha iridiscente de súbito queda al descubierto, luciendo al sol total de este mar Atlántico sus vetas multicolores, su piel de muchacha joven, su virtud de metáfora esencial. La copla ocupa un lugar privilegiado en su escenario activo. Y llega la hora de ese feliz hallazgo que le dice que en estos versos está encerrada toda la condición geográfica y metafísica del hombre insular. Para existir, este hombre necesita ir todos los días al mar en busca de naranjas. Es la única manera de subsistir en ese su terrible aislamiento y perenne condenación. No sabemos de dónde arribó la copla a estas islas Canarias. Es muy posible que, como todo lo bueno y lo malo, navegara desde las costas de España. En Federico García Lorca encontramos el primer verso de la copla en un famoso poema —Adelina de paseo—: «La mar no tiene naranjas ni Sevilla tiene amor». Y estamos seguros de que esa grácil y brillante iniciación de la copla peninsular, que parece tener sólo un significado de juego de sociedad, al llegar a las islas, a la patria de nuestro poeta, adquiriese una dimensión humana capaz de expresar la misma condición existencial del hombre insular. Pedro García Cabrera ha recogido en esta copla toda la feraz cosecha que se traduce en este libro de poesía «La esperanza me mantiene». Metió la mano en el agua; y buscando las naranjas de lo absurdo ha hallado su personal voz, los cuerpos de sus amigos ahogados, la paz inverosímil, la memoria de su infancia, la posibilidad de un hijo, la figura ideal de la patria, la consecución de la libertad soña-

da, el negro y azul archipiélago de sus islas, la melodía melancólica de sus sueños. Tantas cosas encontró que aún sigue yendo al mar para encontrar otras muchas que han de colmarse con el soliloquio último de estas aguas intranquilas que ofrecen su réplica al poeta que las descubrió. Llega el momento en que Pedro García Cabrera se enfada con el mar y le manifiesta su ira porque éste, cuando le ha reclamado su libertad esencial, «le ha vuelto tantas veces la espalda, no le ha dejado dormir sin miedo y no le ha ofrecido un lenguaje de aire claro para hablarle y nombrarla». Como se verá, esta copla de Vallehermoso carece de todo particularismo local y desde su pequeño pueblecito se ha sabido encaramar atrevidamente al pico de águila de lo universal. Fiel a esta trayectoria, nuestro poeta ha abandonado todos esos mares transitados por la historia compuesta, por las culturas humanísticas y por los mitos poéticos sabidos, tan frecuentes en la lírica de todos los tiempos. Se ha quedado sólo en esas aguas atlánticas azules y rabiosas que le precisan cuál es el destino y el compromiso de los hombres de todas las islas del ancho mundo y cuál la pregunta y la respuesta interminable de una existencia dramáticamente vivida.

DOMINGO PÉREZ MINIK

EN LA MAR VUELVO A NACERME

Al Dr. José Gerardo Martín Herrera,
en Santa Cruz de Tenerife.

(Pienso en la habitación a oscuras,
construida en la playa,
con la puerta a la mar.)
¿Es esto soledad o es paraíso?
La oscuridad me protege de la cosas de afuera.
Cuatro paredes pueden ser un vientre,
un vientre que no cabe en el haz de la tierra
y se acoge al rumor de las aguas.
Si me escucho hacia atrás
me contemplo mirando
con años que no ven,
años sin ojos,
aun sin la presencia de la luz;
ojos que ignoran que son años que ya han nacido
y se han puesto a morir hacia su nacimiento
recordando una mano que fue descanso y fuente.
Soy un niño en el vientre de su madre
que aún no sabe llorar
ni se babea
ni orina los zapatos.
Sino que se trabaja nutriéndose de horas y silencios.
Porque el silencio también hace crecer,
da fortaleza.
tiene canto y mejillas como un nido.
El rumor de las olas es quien da compañía,
quien mece su canastilla de espumas.
Por la puerta, estas cuatro paredes
darán a luz al alba a todo el mar,

saldré yo mismo a luz.
Atrás queda la tierra,
con su cuerpo de rocas y repechos,
con todo lo que es valle, césped, caricia de mujer.
Estas cuatro paredes no lo verán,
están dentro de todo lo que mire,
son un vientre que nunca rozarán labios ni pechos,
que no conoce orilla ni claridad,
que me tiene sentado en su regazo,
me respira y me palpa.
No sé cómo estas cuatro paredes
pueden tener tanta ternura,
cómo pueden albergar reposo de lecho,
cómo han podido reciénnacerme ahora.
Nada tiene aquí semblante, todo está suspendido
en el cuerpo de este rumor,
en la justicia de esta sombra,
que es igual para la manzana y las maderas,
para las sillas pálidas como monjes
y los claveles de trapo de las cortinas
anegadas en rojo.
Nada aquí encierra frente, sólo tiempo de alcoba,
presencia de piedra que estuviera a punto de latir.
Todo yace posado, como incubando el vuelo
en el corazón de una nube,
en el pecho de una guitarra.
Y todo este silencio
que ha crecido en el musgo de la noche,
este silencio que han pensado los árboles,
este silencio que molturan los niños,
el amor cuando se tuesta en la parrilla de la ausencia,
la boca cuyos besos son brazos que llegan a la luna,
todo este silencio que ha llegado de adentro
—de los sótanos de mí mismo,
de las entrañas de las islas—
y se ha echado en la arena,
es todo cuanto poseo,
mi riqueza en este instante,
mi familia y mi herencia,
mi libertad formando cascada con mi espalda.
Mañana me naceré como un pez de toda esta soledad,
de las cuatro paredes de este vientre.
Será la mar mi madre,
la madre que no muere ni enterraremos nunca.

Con la mano en la mar así lo espero.

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA · CANARIAS · BIBLIOTECA GENERAL

A LA MAR FUI POR MI VOZ

A Fernand Verhesen, en Bruselas

Mar a la que he buscado como un sueño,
haz tuya mi palabra,
no me la dejes nunca descansar en la frente,
llénala de retumbos y de olas,
levántamela en vilo,
dale la libertad de andar por todas partes.
Una palabra que se articule en huracanes,
que tenga el universo de una gota de agua,
donde puedan procrear todas las bestias,
donde se oiga resollar las multitudes.
No quiero las palabras que recuerden,
las palabras heladas en el fondo de un lago,
las palabras que vayan a un entierro.
Las quiero como lágrimas,
sin goznes aceitados,
con el salto de un tigre.
Una palabra con calles llenas de gente,
con aguaceros sobre planchas de zinc,
que haga saltar montañas,
poner en pie los cauces de los ríos,
darle al barro un hogar de lejanías.
Una palabra que pise las tabernas,
que se embriague de ron y de cuchillos,
que cruja como el pan en la boca del horno.
una palabra que abrigue los inviernos,
que arda como el fuego en las cocinas,
que mueva las caderas igual que una muchacha.
Una palabra viva como el llanto de un niño,
que pueda dar la mano y estrecharla,
que se ponga mis trajes y zapatos,
que encienda un cigarrillo y salga de paseo
a levantar ciudades de enamorado rostro
donde vivir los hombres sin sentirse enemigos.
Palabras que no teman morir atropelladas
ni decir lo que sienten poblándose de nudos.
Palabras que madruguen y den los buenos días,
que se carguen al hombre las piedras del trabajo,
que salten de los libros y te claven su aguja
y que en cualquier instante
vibren como las gradas de un partido de fútbol.
Y cuando esta palabra tenga fuerza y dominio
para tomarme en brazos,
tutear mi aventura,
darle cielo a mi sangre,
transfigurar mi voz en una hoguera,

se haya como una esponja empapada de pueblo,
que vaya a tus orillas, descalza y pescadora,
a sacar de las redes el seno de naranja
que tiembla en la desnuda poesía.

Con la mano en la mar así lo espero.

A LA MAR FUI POR MIS AMIGOS AHOGADOS

A Juan Cas y Conchita,
en Santa Cruz de Tenerife.

A toda mar sin nombre,
a la que aún no tiene un pedazo de playa
en donde descalzarse la distancia y la ola;
a esa que la luna jamás tendió un puente levadizo
reuniéndole en dos la soledad y la frente;
a la que no ha visto trinar un pájaro en un cuerpo desnudo,
ni ha podido llevarse a la boca la hoja de trébol de un vela,
ni probar un amor con briznas de pimienta y trocitos de hielo;
a esa mar sin destino,
mar de espejo sin nadie,
que no puede celebrar cumpleaños,
ni acudir a una cita,
ni nacer ni morir ni desvivirse,
ni estrechar una isla de ternura;
a esa mar sin dolor,
sin rúbrica de llanto,
aunque vea relampaguear mi pena en su sal y su espuma,
¡cómo voy a pedirle que me devuelva mis amigos
si no entiende el lenguaje de naranjas
de lo que siempre espero!
¡Cómo me devolvería el calor que llenaba
la verdad de sus manos,
sus ojos
que ordenaban la luz en la ciudad de sus rostros,
sus muslos de arena caliente,
sus bosques acorralados de esperanza!
¡Cómo podrás traérmelo a los trigos de los graneros,
a los nidos desesperados de ausencia,
al mensaje que tienden las hierbas a las nubes,
si tú, mar del olvido a ciegas,
mar del mundo al revés,
mar sin tiempo ni infancia,
no has querido siquiera guardar unos minutos de silencio,
cerrando los ojos de liebre de tus rumores,

en memoria de las caracolas que retumbaban en sus sienes,
en memoria de los buenos días de sus pájaros,
en memoria de un clamor de puñales por la espalda!
Mas a ti sola debo de pedírtelos.
En ti la vida se arrastró,
salió del seno de las algas,
casi nocturna aún de tanta hondura,
con su alma de molusco y sus antenas de vapor de concha,
con su cabeza de cerilla
deletreando núbiles tinieblas.
Si de ti vino todo lo que somos
sólo tus brazos pueden dar con ellos.
Aún somos fieles a tu rostro de agua.
Hay en nosotros tu raíz,
nos perdura un salvaje rumor de garra y selva,
de dureza y desprecio,
de horizonte trepándose del barro;
un poco de tu arena aún nos ciega,
algo de tu rencor nos estremece,
rocas oscuras van y vienen por el fondo del alma.
Si alguna vez has de morderte el pañuelo del llanto,
si quieres quedarte con la verdad de sus sonrisas,
devuélveme su muerte al menos,
su muerte es mía y no te pertenece.
Quiero tenerla junto a mí,
vivirla con mis gestos,
apedrearla con mis manos,
que se me vea tras la frente,
que endurezca mis huesos,
que me la escuchen pidiendo limosna por los caminos,
apagando la sed,
colgándose al cuello de una muchacha,
abriéndose de amor por playas y azoteas,
muriéndose de angustia como un hombre en la calle.
Sí, devuélveme sus muertes.
Quiero subirlas a mis hombros,
ponerlas en los anuncios de los cines,
mostrarlas a los vendavales y a las rocas,
a los pastores y los marineros,
a los beriles y las hogueras,
a las calandrias y a los amigos.

Con la mano en la mar así lo espero.

A LA MAR FUI POR LA PAZ

A Luc Peire y Jenny

Tú, mar,
que dejas en los zapatos de la arena
los más insospechados reyes:
el vientre terso de una mujer redondeando en los callaos
un mundo con escorzos de pan y miel de abeja;
las nerviosas terminaciones de algas y rutas
mesándose los cabellos con soledad de luces de faro;
un trozo de silencio de las profundidades
con la mascarilla de la ahogada frente de un amigo;
el resuelto crucigrama de una estrella de mar;
un monumento de rumores para los que lloran de ira;
la alianza con que el agua
sella los esponsales del color con el cielo,
viviéndose distantes
para recibirse en las posadas nocturnas,
bebiéndose los vientos
y la verde manzana del horizonte prohibido.
Pero no son estas alegrías las que ambiciono hallarme,
no es la botella donde el azar navega a la deriva.
Lo que busco es un sueño de paz y asalmonada luna,
que la luz sea igual para todos los hombres,
y aun para los grillos y las nieves,
para los sembrados y los rascacielos.
Que no se rescate un olmo con arroyos de sangre,
ni se profanen palomas con mensajes de odio,
ni me quemen la casa con ramajes de olivo.
Por las piedras tostándose bajo un sol de justicia,
por la garganta de pájaros de los amaneceres,
por el libro que lee mi hermano antes de acostarse,
por los pastores que cuidan los rebaños,
por las amapolas que guiñan los ojos a los trigos,
por las cacerolas que cuecen las legumbres,
por los frutales que plantó mi padre en Tacoronte,
por los abanicos de la lluvia y el corazón de las hogueras,
por la piel de granizo de mi esposa,
por los caminos que llegan saltando de júbilo a las playas,
por los labios que saludan y los pañuelos de las despedidas,
por la aurora que rompen los niños con el primer juguete,
por los escaparates con el tiempo que anuncian los astrónomos,
por el ladrón que roba su hambre a los demás,
por el alma clavada en la presa del miedo,
por la ceja depilada de un vuelo de golondrina,
por el sello que pego en mi álbum
y la fuente en que duermo,
por la buena memoria de las islas,

por la plaga de olvidos de los continentes,
por las cartas a lápiz que escribe mi padrino,
por los que tienen la palabra amarrada en la boca,
quiero hallar en la arena un sueño de naranjas
que sea paz de estrella en los hogares,
paz de mano derecha y de mareas vivas,
paz que nos haga dignos de recoger las mieses,
y de comer las frutas, y de beber el vino.
Una paz que no tema las centellas del crimen,
que no pueda arrancarme de los labios que amo,
que no ponga en mis manos las armas del infierno,
y que no me avergüence de las aguas que cantan,
de las alas que vuelan y de mi propia sombra.

Con la mano en la mar así lo espero.

A LA MAR FUI POR MI INFANCIA

A Valentine Penrose, en París.

Fue en un tiempo en que los ojos no veían
ni las manos tocaban.
Tan sólo el corazón tenía vista y tacto.
Era él quien latía los puntos cardinales,
el sombrero de copa de los pinos,
los bueyes del crepúsculo,
las quinielas de ramas del barranco.
Era él quien abría,
de mañana, las calles
sin agua y sin aceras,
igual que una lección mal aprendida,
calles en rústica como mis libros bajo el brazo,
descalzas todavía de adoquines
para que las pisasen solamente
mis pasos interiores y la lluvia,
los caballos de caña,
las bicicletas y los pájaros.
Iba por dentro de ellas; conducían
al trompo que la América del Sur gira bailando
en la blanca tarima de los hielos australes,
al cinturón de avispa de América Central,
a la verde ensalada de las islas distantes,
a todos los regazos del mito y las auroras.
Era un tiempo con plumas en las alas,
tiempo de mariposa y cascarón de huevo,
tiempo de piedra y luna,
tiempo de corazón saltando.

Yo sentía a mi madre freír en él patatas,
ponerle culantrillos que le dieran frescura,
cogérmelo en la mano como un polluelo vivo,
acostarlo en sus lágrimas mullido de sonrisas.
Ahora con mis manos y estos ojos
ya no puedo vestirme el traje marinero
ni fumar a hurtadillas un cigarro rubio
ni a mi abuelo quitarle los cartuchos de caza.
No es que me desespere este vivir de ahora
con el que voy lastrando el júbilo y la pena,
ese tiempo que aprieta tornillos medievales
en la garganta rosa de los amaneceres.
Te digo que no quiero volver a ser un niño.
Mis raíces se afirman en la tierra de asombros
de los años que huyen.
Pero desearía que una mágica ola
me trajese de nuevo la presencia
de los que fueron míos cuando era un muchacho.

Con la mano en la mar así lo espero.

A LA MAR FUI POR UN HIJO

A Marcel van Houtryve, en Brujas

Miro la mar. La miro desde atrás de mis ojos,
desde una cureña de antepasados,
desde un fondo perdido de corazones.
Y aun más allá. De las galaxias del instinto,
antes de que el amor en carne viva,
la sangre a campo traviesa,
el beso a pie juntillas,
diesen cuerda a mis pasos,
antes de que lograsen ni siquiera la forma
del pensamiento de agua a una nube.
Ojos como los míos, apenas diferentes,
me han traído en la hamaca de esta costa,
dejándose llevar y traer sobre sí mismos,
sin hacer un nudo de pañuelo en el tiempo,
sólo yendo y viniendo a la deriva,
sólo entrando y saliendo a soledades,
sólo al pairo de un sueño.
Alguien me dicta estas miradas.
Son miradas en clave:
cantan como perdices,
calientan como hogueras,
saltan como los peces voladores.
Unas miradas sueltas,
con la abstracción de huesos calcinados,

que han perdido la sombra y los rumores,
los silbos del color y las ojeras,
los números de años y relojes,
que han perdido la tierra que habitamos
y que ya no hacen pie ni en el recuerdo.
Me pasan a través,
no se enraizan,
son flechas de otras dianas.
Buscan en mí unos ojos venideros,
el escalón que las prosiga,
la rama que las devuelva a un nido.
Y aun sabiendo que correrán mi propia suerte,
que mi carne no puede asomarse al futuro,
al mar vienen conmigo,
fieles a su destino alicortado,
por los rieles abiertos de mis ojos.
No pido que las vuelvas a las ascuas de que partieron,
pero pónmelas todas en el hueco de un hijo.
Un hijo de la mar, un hijo en cueros,
que aprenda de la espuma a gatear las playas
y dar el visto bueno de su cuerpo a la arena.
Un hijo de la mar, que tenga los silencios
de una concha de nácar, donde resuene el llanto
del alba sonrosada de un molusco.
Un hijo de miradas interiores,
que ame la libertad, que la persiga
sin dar paz a las nieblas del desprecio,
en los desarraigados emigrantes
y los suburbios de las lágrimas,
en el salto lebrel de la alegría
y los ritmos de jaz de la pobreza,
en la copa de ron de los marinos
y los enroques de ajedrez del viento,
en el grano que arrastran las hormigas
y en las picapedreras cicatrices
que dan aldabonazos a mi rostro.
Un hijo tuyo, mar, un hijo
del triángulo de olas que recorta
los muslos de los valles bajo el vientre del cielo,
allá en la lejanía,
donde escribe el relámpago su nombre
con luz que ni maldice ni se humilla.
Un hijo de tu azul enamorado,
que sublime su angustia, puesto a salvo
del temor a tener que defenderse.
Un hijo a quien le quepa entre los brazos
la redondez de un mundo sin fronteras.

Con la mano en la mar así lo espero.

A LA MAR FUI POR LA LIBERTAD

A Juan Marichal, en Harvard

¡Qué hondo llegas hoy a lo que espero,
mar del grueso retumbo y el albornoz flotante!
También, hondo y callado,
como el cráter dormido de un espejo,
es el treno salobre en el que habito.
Y aunque una primavera de esperanza
me encamine los pasos del silencio a tu orilla,
se licúe en las piedras en que apoyo mi voz,
se rezuma en la sal que me agrieta los ojos,
son ya tantas las veces que me has vuelto la espalda,
retornando mis redes mojadas de infortunio
a secarse en los suelos del desprecio,
que ya me están doliendo las calles que transito,
me supuran los años como heridas,
le echo en cara a mi sangre su ternura de arena
y hasta a mi propio anillo estoy por liberarlo
de esclavizarme el dedo.
¡Qué atmósfera de sombra y carbonilla
respira mi palabra,
cómo estoy indefenso sin su mano en la mía,
sin su temblor de alga tanteando mis sienes!
Si pudieras, desde el trueno mayor de tus tormentas,
ver el loro real de sus colores
llorar cenizas, desplumarse el vuelo,
retorcer sus raíces de árbol,
sus barrotes de ojeras mutilados
buscando en los mastines de sus olas
su alegría de estrella,
su libertad de pájaro y de pueblo.
Tengo en ti puesta toda mi confianza.
Un día me tendiste del cepo de la arena amarilla,
llevándome en tu vientre de canguro,
dándome el pecho azul de tus mareas,
aeunándome en brújulas y faros,
alzándome en el aire como un niño
y vistiéndome el alma de rumores.
Bien tuyo soy: me expreso con tus iras y tus calmas,
valles genealógicos de soledad me abisman,
tu sal me vive, tengo tus corales
derretidos ardiéndome las venas,
tuyo me siento el llanto que me abre las puertas
de tus fondos nocturnos, tuya la trayectoria
que sigo a la redonda de mí mismo.
Oriundo de tus nómadas entrañas,
nada reclamo al barro pordiosero de angustia,

todo lo fío a tu amistad de cíclope,
a tu cintura y brazos de olas firmes,
que aprietan el erizo de la pena enrocada
con un amor materno por la aleta y la espina,
a tu piel tangencial donde resbala el tiempo
sin poder hallar forma
de convertir tu redondez en lanzadera
para hilarte las madejas del desaliento
y devanarte los bueyes de tu fuerza,
tasándote murmullos y amaneceres
que obliguen a pasar tus horizontes
por el ojo de nieve de su aguja.
A mí no me fue dado repetirme
en cuerpos sucesivos,
no soy millonario de eternidad,
vivo sobre un mendrugo de sangre pasajera,
llevo tristezas y alegrías con rigor de contable,
casi apenas si puedo errar en un latido
o una gota de escarcha.
Mi oleada de tiempo no sabe remozarse
para empezar de nuevo
a llenarse de abejas,
a descubrir la concha de una mujer desnuda,
a conversar de nubes con el árbol amigo,
a cosechar el artesiano mundo de unos labios.
En nombre de la prisa del grito y el relámpago,
por el pez que más quieras,
por tu raíz de sal erguida en mi tamaño,
tráeme ya el instante
nupcial de mi albedrío.
Te lo piden, mordiéndose los puños,
las hogueras que piafan en las cumbres,
los salmones saltando río arriba,
el sueño de tortugas de las plazas,
los arenales que trabaja el viento,
los caminos sin sombra ni mesones,
los rebaños de lunas sin albergue,
la lluvia en su trapecio de arco iris,
mi rostro de ciudad bombardeada.
No quiero seguir siendo una tierra sin nadie,
el pesebre en que rumia la nostalgia
las hierbas del silencio.
Ya es hora de que pueda devolverme a mí mismo,
decir que tengo patria para dormir sin miedo,
agua para la sed,
lenguaje de aire claro para hablar y nombrarte.

Con la mano en la mar así lo espero.

A LA MAR FUI POR MI SUEÑO

A Albe y María José, en Bruselas.

Esta noche he soñado con la mar.
Ningún silencio puntiagudo,
ni la más leve arista de angustia,
ni las nieblas del fondo perdido en la memoria
me quedaron en pie.
Todo estaba en una caracola de rumores,
confundido en la sal como al principio,
antes de que tuviese el agua
la primera ilusión de eternidad,
antes de que germinasen las algas una sonrisa.
Sólo tenía conciencia de que iba a nacer de nuevo
para estrechar la mano a los volcanes
a la luz que se hiere en pestañas de ausencia,
a los barcos que no encuentran los puertos,
a los hombres que añoran su libertad perdida
a las penas que salieran a recibirme por los caminos.
Pero penas felices como granos de menta,
penas con labios de mujer,
penas tan naturales como el ponerse la camisa,
penas de hombres sin miedo,
que ignoran el ataque y la defensa
como la solas de desnudo torso
como la hierba que medita y rumia,
como los que duermen en el mismo lecho
juntando los dedos y flores del descanso,
uniendo los cabellos derramados
en su mutua confianza de almohada,
amigos en el grito que taladra la noche
y en el calor de una copa de vino,
en las lágrimas que deforma el colibrí de los contornos
y en la barca que rema su ternura de pueblo.
Soñaba con un mundo sin traiciones,
que no me tase el precio de mi hambre
ni me racione afectos ni palabras,
que no me despilfarre en latidos inútiles,
que no insulte los campos con trincheras
ni nos recuerde que manamos sangre.
En medio de mi sueño,
toda la sal del mar la sentía en mí mismo
cantando como un pájaro.
Si ahora os lo cuento al levantarme
es para que suceda y se haga carne un día
por montañas y valles y ciudades
aquí y en los planetas a donde el hombre llegue.

Con la mano en la mar así lo espero.

A LA MAR FUI POR MI PATRIA

A Edmond Vandercammen, en Bruselas.

Metí las manos en mi mismo. Una rompiente
(y llamo aquí rompiente a todos los obstáculos
que afirman los perfiles
de una interior hoguera de silencio),
pues bien, esta rompiente
escucha al pez caliente de mi sangre
subir y descender mareas de esperanza.
Me habla y no le entiendo.
Debe hablar un lenguaje de desiertos a media voz,
de pezuña de lobo que huye de arboledas y caseríos,
de libertad de negro entre dientes de blanco.
Siento la extrañeza de haber castigado a un amigo,
de tener la mirada bajo un pisapapeles,
de alentar una nube sordomuda en la mano,
de sorprender un huracán de violetas
con la novia de un marinero.
Pero hundo mis pies desnudos en la mar
y entonces, desde su alba de gallo, la alegría
comienza a dar su hora enamorada.
Mis pies ya son más míos, se apasionan
con el acontecer de los moluscos.
Se proyectan en un repique de alas,
como si alguien los hubiera injertado
en el amanenecer de otros planetas,
se sintiesen hermanos mayores de mis brazos
y tuvieran conciencia de que me llamo Pedro
y me sirvan para llevarme a todas partes
por el camino de mi casa.
Tú, mar, le has dado al agua el albedrío
de andar por donde quiera,
de formar en las sales de cualquier otro mar,
tenga el nombre que tenga,
sea lluvia o granizo,
acordeón del viento o flemón de tormenta,
y al transmitirme tu hontanar de ritmos
soy ciudadano de una sola patria,
esa tuya, que aman todas las latitudes,
que puede conservar su lejanía
en cualquier caracol abandonado,
su intimidad de harina
en las más desmandadas soledades.
Siento que reivindicas a través de mi cuerpo
tus remotos dominios sobre el hombre de ahora,
rompiéndole los idiomas contra la boca,
borrándole veredas,

cuerdas de río,
salto de montaña,
pedregales de odio,
y, poniéndole un mismo nivel de ternura en la frente,
un mismo beso de paloma en las alianzas,
una misma razón de luna sobre la cabellera,
le dejas la tierra tan llana como un libro,
el corazón tan puro como un canto rodado,
tan fraternal la mano como un campo de trigo.
Ese será el instante
de besar la mejilla de los días,
de invitar a la sed a sentarse a tu mesa,
de escuchar la rapsodia de la noche estrellada
e izarte hasta el propio tamaño de tu sueño.
El instante en que le nazcan ojos a las piedras,
desborden las cavernas panes dorados,
se disparen con júbilo de perro
las herramientas de los oficios
y el tuétano feliz de la luz se te pose en el rostro.
Ese será el instante en que gane la orilla
la redondez legítima de sentirnos iguales,
abrazándose arroyos y valles y llanuas.
Desde la honda semilla a la estrella más alta,
de la primera gota hasta el último nido,
con un fluir que tenga sinceridad de árbol,
llamarada de alcoba,
pájaro y corazón de esposa y compañera,
y no clave en tu frente sus espinas
ni haga bajar tus ojos cuando el viento le muestre,
a tu mundo hecho añicos
su poderoso aliento solidario.

Con la mano en la mar así lo espero.

A LA MAR FUI POR LAS ISLAS

A Enrique Marco, en Sevilla

¿Cómo iba a olvidarme de ti, mi tierra anfibia,
que respiras las branquias de las aguas
y te ciñes la blusa azul del aire,
firmemente nupcial y deportiva?
¿Cómo voy a ausentarme
de esta rabia que caminan mis pies,
si es con lava y volcanes como pueden nombrarse
los silencios quemados en el alma,
si eres tú quien me llevas a cuestas

subiéndote a los hombros mi ternura
y alisándome hierbas y cabellos,
si he fraguado en tus valles
el cascabel del llanto y la alegría,
si ardo con tus fuegos y lloro con tus nieves,
si tu raíz de mar
me ha dado el universo por bandera,
y el amor, los amigos y el pájaro del sueño?
Nunca mi soledad tuvo montañas
porque en tu orilla late el infinito
corazón de la sal,
convirtiendo la popular paloma de la sangre
en rumoroso vuelo,
dando a los horizontes almohada
y ofreciéndole al tiempo un refugio de arena
para que no se sienta un desterrado.
Por eso aquí es despacio la prisa y el verode,
no necesita el grillo apresurar su canto,
se le da a la palabra margen para que grane
intimidad de fruta y amanecer de harina,
se maduran en paz la noche y las plazuelas
y todo movimiento tiene un punto de almíbar
apartando los rostros de un trajín de gusanos.
Las islas siempre están sobre el camino,
duermen a la intemperie y trabajan soñando,
vivaquean a solas,
aunque salgan sus montes a recibir la lluvia
y sienten a su mesa todas las lejanías.
Sus playas no distinguen de pasos ni de nombres,
no permite la arena eternizar congojas,
dejarse burilar con iniciales,
tatuar su fino vientre de manzana;
son libertad que siempre está naciendo
para que nunca mueran los que siguen su ruta.
Es un nacer en serie que devora
a la muerte en cadena,
y ese nacer muriendo de alegría
que da al mar desnudez, es en las islas
donde queda la huella al descubierto.
Respetan, sí, el instante en que creas tu imagen,
el destello que besa tu quehacer flotante,
el latido que cruza fulgurando tu anhelo;
pero no tu pasado de caracol vacío,
no el recuerdo que sella propiedad o pertenencia,
no el faro que se olvida de acuchillar la sombra.
Las islas no descansan su unidad de colmenas
porque es la mar quien vive sus orillas.
La mar, que no han podido dividir en colores,
ni deshojar sus olas como una margarita,

ni meter en la cárcel sus espumas,
ni asesinar el don de sus rumores.
Las islas no son libres de andar por donde quieran,
pero tienen razones de enarbolada roca
que saltan a la altura como un río en llamas
moldeando la angustia de un esperar sin tregua
en una rebeldía de silencios.
Déjame aún erguirme sobre tus precipicios,
déjame izar en ti mi cuerpo acribillado,
déjame amar la luna que ilumina mi casa,
déjame con tus nubes de langosta en el aire;
pero no me condenes a trillar la tristeza,
a comer tus cenizas y apurar tu amargura
viéndote desangrarte como el canto de un cisne.
Y aunque seas tan honda como un puñal clavado,
haz en tu espalda sitio al ladrido del perro,
al pregón de las ramas voceando el crepúsculo,
al libro en el que leo y al papel en que escribo,
a los labios que beso y al amigo que abrazo,
a la melancolía de estar siempre queriendo
y al sueño que mantiene despiertas las naranjas.
Que islas y amor de madre tengan las mismas letras.

Con la mano en la mar así lo espero.

A LA MAR VOY TODAVIA

A Luis Hernández Alfonso, en Madrid

Dime, tú, mar, ahora ¿a qué naranja
he de tender mi frente?
¿Debo arrancar de cuajo tus arenas,
golpear tus rumores,
escupir tus espumas,
matar tus olas de gallina de oro
que sólo ponen huevos de esperanza?
La paz te he suplicado y me la niegas,
mi ternura te ofrezco y no la quieres.
Pero algo he de pedirte todavía:
que no hagas naufragar a mi palabra
ni apagar el amor que la mantiene.

Aún mi mano en la mar, así lo espero.

SOLILOQUIO DE LA MAR

A Domingo Pérez y Pérez, en Venezuela

Hoy me acerco a vosotros con tristeza.
El color de madrigal de mi frente,
mi alegría de cabellera despeinada,
no alimentan ocasos violetas
ni pestañas de luto
ni corazones rotos en desvanes.
Heredé de mí misma la costumbre
de estar siempre dispuesta a lo que salga:
el salmón de la luna o el riesgo de la muerte,
la noche del odio o el bandazo del horizonte.
Temo a los que aún no saben amarme,
a los que ponen sus temores
bajo el signo de las lágrimas.
Si de algo os acuso es de haber olvidado
mi rompiente manera de llorar.
No es un llanto de agua dulce,
de estanque prisionero;
no el llanto de rodillas de un esclavo,
sino un llanto que alcance el rojo vivo,
un llanto que taladre montañas,
corte como una sierra
y levante su copa como un árbol al viento.
Los hombres nunca lloran hacia abajo.
Lloran hacia lo alto de sí mismos,
hacia la aurora campesina de los trigales,
hacia su libertad de miel de águila.
Lloran hacia su sed de soledades
para apagar sus penas
con gritos sin respuesta y caminos sin rumbo.
Aprended a llorar como los niños,
con su amanecer de espiga en los dedos
mientras comen con rabia el pan y la sonrisa;
con su cuento de hadas abriéndoles los ojos
mientras rompen la crisma a los juguetes.
No, vosotros no lloráis hacia los hombres
con la firmeza de los cantiles,
con la camadería de las arenas,
con los sordos colores de un pez en el acuario.
No lloráis con mi fuerza,
con vocación de retorcer cadenas,
con voluntad de vida.
Mi ilusión es que nazca vuestro llanto
como los surtidores,
como crece la hierba,
como sube el ganado hacia la cumbre,

llanto que os levante y os ponga en la cima
de un dolor sin fronteras,
desde el cual tenga el mundo transparencia de río
viniendo hacia mis brazos a confundir sus aguas
en una sola voz de bienvenida,
en una dura piedra de amistad.
Cuando lloréis tan míos lloraréis con el alma
y será entonces lluvia vuestro llanto,
capaz de retoñaros de alegría.

Con la mano en el pecho así lo espero.

VUELTA A LA ISLA
[1968]

VUELTA A LA ISLA

Este libro, aun siendo un recorrido a la isla de Tenerife, a la que debo todo lo que soy, es un homenaje a la región canaria, ya que desde la cima del Teide puede contemplarse con los ojos del amor a la tierra, la totalidad del archipiélago.

Tanto los romances a los pueblos como a las islas no pretenden ser una descripción geográfica. Sino una versión personal de los mismos, recogiendo las vivencias acumuladas de cada lugar a lo largo de los años. Por eso hay romances que aluden a peripecias de hace mucho tiempo y que han guardado el calor de mi adolescencia. Ahora bien, todos los romances, sin ninguna excepción, han sido compuestos en el ambiente de cada sitio, pisando su suelo, viviendo su actualidad, pensando sus noches y respirando sus días, conversando con las gentes y el aire que las rodea.

Y debo dar las gracias a cuantos han contribuido a facilitarme el acceso a los más inverosímiles lugares y a posibilitar este libro, en especial a la Caja General de Ahorros y Monte de Piedad de Santa Cruz de Tenerife que ha tenido la gentileza de patrocinar y publicar esta «Vuelta a la Isla».

P. G. C.

NANA DE UNA ISLA

Ella había nacido para el mar.
Las curvas de su espalda,
desde muy pequeñita,
tenían cumpleaños de olas.
Se despertaba
con rumores de playa en los costados,
con sus cabellos de alga en las arenas
y el pez de la sonrisa
nadándole los labios.
Crecíase hacia adentro,
hacia sus libertades submarinas,
que tomaban el sol abriéndole los ojos
en tirones de sueños y resacas.
Por la noche soñaba con sirenas.
Un día se fue al mar:
iba llorando soledades.
Una lágrima fue su salvavidas.
De ella tomó volcán, intimidad y contorno.
Y se quedó flotando entre las aguas.
Ahora es una isla que llaman Tenerife.

CANTO A SANTA CRUZ

Concédeme el honor de apadrinarte,
ciudad por cuyas calles ha latido
el ruiseñor de sangre de mis venas;
ciudad que te levantas con el rostro
vuelto a la libertad del horizonte;
ciudad que has hecho un nudo de tu llanto

al ver tus alas de distancia y vuelo
reducidas a cisnes de un estanque.
Del mar te viene nacimiento y cuna.
Naciste ya morena de volcanes,
casi con desnudez de piedra y cielo,
remera de tus brazos y tu frente,
con las piernas hundidas en el agua
igual que una muchacha pescadora.
La mar fue tu nodriza, con sus senos
de espuma y soledad, con sus espaldas
de música y gaviota, con sus hombros
de ondulante trigal y con su vientre
redondo de aventura y lejanía.
Tú te has ido creciendo poco a poco,
trabajándote al ritmo de las olas,
con un dolor de cumbre en la mirada
y un balandro dormido en la sonrisa,
pensándote de árboles y nidos
por las meditaciones de tus plazas
y albergando en tu concha de molusco
un rumoroso corazón de abeja.
Te quiero porque vienes desde abajo,
de descalzas arenas, y no ocultas
tu quehacer de obrera de los mares;
te quiero porque has hecho por ti misma
tu casa y tu canción; porque tus hombres,
a la altura de todos los caminos,
no le ponen frontera a lo que tenga
contorno, y lucidez, y alma de nieve;
te quiero porque en medio de las aguas
besas en paz el corazón del mundo
y lo llevas atado en el recuerdo;
porque tienes aún en las mejillas
fresco el amor y tibia la mañana
de la amistad del aire y las palmeras;
porque sabes sufrir y nunca olvidas
que el odio es una espina de cien leguas
donde no puede amanecer la rosa
que respira en el fondo de tu pecho.
Tú no vienes de ayer, llegas de ahora,
del fulgor del instante que se clava
en tu costado abierto a la alegría.
Y te das y te tienes, trasmitiéndote
en el acordeón del oleaje,
que se va con tu voz y que retorna,
con su alianza de afectos y destinos,
sobre la azul espuma enamorada.
Has llegado hasta aquí, ciudad sin tacha,
mirador de la mar, mordiendo el fruto

maduro de sirenas y de afanes
en el silencio de tus propias manos.
Vosotros, carpinteros, proseguidla
con las maderas de los altos sueños;
vosotros, albañiles, continuadla
con piedras duras como vuestras vidas
y vosotras, doncellas, florecedla,
dadle virginidad de bosque y lluvia,
dadle vuestras espigas de ojos claros,
dadle vuestra ilusión de ser felices.

LA LAGUNA

a Luis Ramos Falcón

Yo me he subido hasta aquí,
yo, verode, a los tejados,
para poner a la altura
de la ciudad todo el campo.
Y no es que quiera evadirme
de la amistad del arado
por codearme con torres,
veletas y campanarios,
que es mi savia la que enciende
los populares geráneos,
la ternura de la hierba
que cubre el vientre del barro
y las tierras de labor
donde sonríe el trabajo
mirándose en el espejo
de los frutos y los granos.
Campesina es mi raíz,
pero mi traza es de hidalgo
y amo estas calles, las quiero
con todos mis verdes altos,
estas calles que se alejan
hacia los silencios mansos
que se duermen en la frente
del buey redondo del llano.
Por estas calles yo he ido
con mis libros bajo el brazo,
desde las ágiles aulas
al lento Camino Largo,
de las fuentes del Derecho
a la ecuación de los pájaros
y del trino de una flor
al seno de un corolario,
siempre por mis soledades
y sueños nunca alcanzados.

De aquí contemplo los cerros
que me custodian los flancos,
mis cerros como carretas
inmóviles: son mis barcos,
esos barcos que tripulan
lluvias y vientos descalzos
aunque a veces vaya en ellos
la pena de contrabando.
Tal San Roque. Su recuerdo
aún me sangra en el costado.
Fue hermano mío: el primero
que abrió mis ojos al llanto
y a quien una piedra en forma
de cruz sostiene en los brazos.
Pero yo no soy tristeza
ni caracol ermitaño,
sino antena que trasmite
ese abierto abecedario
de letras vivas y hojas
que pone en pie cada árbol
para que sea la urbe,
más que un mármol de basalto,
el corcel en el que viaja
el pensamiento a caballo.
Yo no miro sobre el hombro
a los que van paso a paso
pastoreando silencios,
crepúsculos y rebaños.
Y cuando toda la vega
entra en mis lares bailando,
y sus aperos y frutas
se entrañan en mi regazo,
y cada calle da a la luz
mieses, carretas, ganados,
en el río de colores
que es la progenie del agro,
el corazón en el pecho
me salta como un muchacho.
Únicamente lo saben
los que miran a lo alto.
Y me siento muy feliz
presidiendo los tejados
de mi Laguna del alma
—nidal, simiente, cenáculo—
belén de sabiduría
que da nacimiento al campo.

LA ESPERANZA

Tengan cuidado, señores,
que estamos en La Esperanza
y aquí los caminos van
a donde les da la gana.
Que si al norte, que si al sur,
que a la mar, que a la montaña,
que si a muros, que si a olvidos,
que a los perros, que a la nada.
Jamás te dicen su fin,
caminan vueltos de espalda.
Son caminos de veletas,
un laberinto que anda;
ni te llevan ni te traen,
te dejan en la estacada.
Tus pasos pueden seguirlos,
pero nunca tu mirada;
dan más zig-zag que conejos
burlando tiros de caza.
Por eso alguna trocha puedes
llegar a tu propia infancia
abriendo el arco de punto
de las góticas castañas.
Ver a la mamá Aguedita,
la escuela, con su fachada
triste, y el bosque que ha entrado
como un señor en la plaza
mirando jugar el viento
con la tierra colorada.
Pongan cuidado, no pierdan
esta emoción de cucaña
que en lo alto de los pinos
prodiga sus espadañas.
Cuidado, tengan cuidado,
que aquí se cae o resbala
en el barro y en las piedras
que humedece la nostalgia.
Caminos que nos caminan,
veredas que nos alcanzan,
qué lejos vamos, qué lejos
sin mesón y sin posada.
No sigan, párense aquí
y remójense la barba,
que estos caminos verdinos
me están mordiendo en el alma.

TEGUESTE

Aquí tenéis a Tegueste,
mas ni muro ni ciprés;
firme como los cipreses
Tegueste sí que lo es.
Es un nombre con raíces
que no se dejan torcer
y que se lee lo mismo
al derecho que al revés.
Y es tan singular que sólo
en Tegueste puedes ver
la botonadura roja
de un eucaliptus de ley.
No perdió el tiempo en peninos,
de golpe se puso en pie
y comenzó a andar a solas
sin temor a los traspiés.
Es el David de la isla:
se hizo pueblo de una vez
poniendo en hora su casa
por el reloj de su sien
para comerse a su gusto,
su pan, su vino y su miel.
Enhebrado a su trabajo
nunca abandona su aquel
darle tregua a cada instante
para que empiece a nacer.
A nadie le pide nada,
a nadie le quita el bien
y en las fuentes de sí mismo
abreva su propia sed.
Aquí es Tegueste, un enclave
de mucha fuerza y poder,
manso como los silencios
y redondo como un buey.
Dame tu remanso y brío,
Tegueste, que yo también
quiero redimir al hombre
que late bajo mi piel,
los vendavales del ansia,
las montañas del querer,
el alba que me amanece
y aún mi sal y mi hiel.
Aquí es Tegueste, el pionero
que brega por proteger
su herencia de agua y de sol
con la mayor sencillez.
Y si has de seguir así,

dale que dale a tu riel,
ponme un cigarro en la oreja
y empadróname en tu edén.

TACORONTE

a Ernesto Castro Fariñas

En este pueblo dibujan
los chicos de las escuelas
lentos paisajes de sombra
con grises muertos de pena.
La pompa de los colores
aquí para nada cuenta.
Ni el girasol de la tarde
en los cielos, ni la cuesta
de los verdes monte arriba,
ni el reclamo azul siquiera
de un pie de lluvia en la mar,
se asoman a su paleta.
Y es que el hombre de estos campos
siente su trozo de tierra
tan al fondo de sí mismo,
de su intimidad tan cerca,
que cuando al final del día
ve cumplida su tarea,
ya el gris del atardecer
es ceniza de la hoguera
que ardió, mientras trabajaba
sin levantar la cabeza.
La vanidad del poniente
no hace germinar la hierba,
ni sacia el hambre y la sed,
ni le redime y libera.
El se da todo a sus manos,
las manos con las que siembra
de golpe, en el mismo surco,
su libertad y su condena.
Comparte desde sus últimas
melancolías sedientas
la igualdad de las semillas
en el seno de la tierra
y esa oscuridad redonda
del vientre de las cosechas
que le devuelve al silencio
de las entrañas maternas.
Silencio de Tacoronte
tan duro como una piedra.

Cuando te alejas del fácil
río de la carretera
este silencio te sigue
igual que un perro de presa
y contra él no te vale
cerrar ventanas y puertas.
A donde quiera que vayas
te va lamiendo su lengua.
Este silencio es el mosto
que fermentan las bodegas,
el espejo en que se miran
rebeldías y tristezas;
es la soledad que pintan
los chicos de las escuelas;
es el corazón del hombre
latiendo rabia las venas;
solo, de ideas adentro,
más solo, ideas afuera.
Silencio que nunca duda,
pisa firme y pone a prueba
lo que de isla y volcán
aún en nosotros queda.
Y en medio de este silencio
que ante nadie se doblega,
la noche de Tacoronte,
vendimiadora de estrellas,
deja hundirse en el descanso
de su oscura cabellera
las manos del que trabaja
y la frente del que sueña.

EL SAUZAL

a Tomás García Suárez

De la mar hasta Ravelo
El Sauzal alza su copa
de un vino tinto que pone
el corazón en la boca.
Con su vocación de cepa
y del romance la forma
se asonanta de racimos
por pendientes y amapolas.
Y se estira como un galgo
desde el umbral de la costa
que es, éste, pueblo que sabe
andar aprisa y a solas

sin que la sed le acobarde
ni busque matas de sombra.
No son muchas las palabras
que puedes decir de prosa
si lo mides por el ancho
de sus espaldas angostas.
En cambio, de abajo a arriba
te cabe cualquier historia
de los sudores que pasan
las familias labradoras.
Dame un buen vaso de vino,
Sauzal, que ya no es tan moza
mi sangre para subir
cuestas que a nadie perdonas.
No le envidia a los atletas
pértigas, domos ni botas,
Pues él salta a pie juntillas
del alto monte a las olas.
Tu carretera le abres
a las gentes presurosas,
mas tus confidencias guardas
para caminos y trochas.
Paisaje es este que tiene
un silencio de persona,
fidelidad de amor seco
y la hombría de una roca.
Todo aquí muestra el talante
del que se basta y se sobra.
Es sólo un brazo sin mella,
un brazo que lucha y forja
el destino de una mano
que jamás pidió limosna.
Cumbre, arriba; abajo, espuma.
Lo demás todo es alfombra
tendida sobre el silencio
de la esperanza más corta
de aquellos que dan al tiempo
tiempo, vendimia y zozobra.
Sauzal, sírveme unas perras
de tu intimidad más honda
que quiero la isla beberme
de un solo trago en tu copa.

LA MATANZA

No digáis que conocéis
el pueblo de La Matanza
si sólo la carretera

bordeáis sobre la marcha.
El pueblo está más arriba,
más corazón de su casa,
más atril del sol poniente,
más pájaro de su jaula,
donde le nació una muerte
de tanta solera y casta
que jamás nadie ha podido
entrar a descabellarla.
Entre vía y caserío
las pendientes dan la cara
y los caminos se tensan
como cuerdas de guitarra.
Todos te dicen adiós
si los subes o los bajas
y sientes como el saludo
hace las cuestas más llanas.
Por la carretera, en cambio,
no te dirán nunca nada,
que el asfalto no se ha hecho
para transitar palabras.
¡Qué dos mundos tan distintos
a tan mínima distancia:
el de la estrella fugaz
y este que medita en calma
higueras de soledades
y viñedos de esperanza.
Y entre estos polos, la calle
de una intimidad que alarga
el bies del silencio a hombros
de la mar y la montaña.
Una calle que no evoca
el calvario de una espada,
la ráfaga de una onda
ni la momia de una lágrima.
Una calle con el aire
del pasillo de una casa;
el puro fiel del sosiego
pesando un tiempo de brasas.
El barranco de Cabrera,
platillo de esta balanza,
es solemne como un órgano
cargado de resonancias.
Aquí el peso de la muerte
cortó los trinos del agua
y sólo queda el recuerdo
de una fuente abandonada.
Mis ojos leen en ella
oscuras letras cifradas,

vencedoras del olvido,
entre viñetas de zarzas.
Sabed que un poblado guanche
tengo en las cuevas del alma
que la sombra de un barranco
se me mete en las entrañas
y que el cáliz de mi sangre
se arrodilla en La Matanza.

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA · CANARIAS · BIBLIOTECA GENERAL

LA VICTORIA

Como un anillo escondido
para que alguien lo encontrase
di con la plaza de luchas
de este pueblo, en el instante
en que se daban la mano
dos luchadores rivales.
Aquí mismo, en La Victoria,
cayó vencido esa tarde
uno de ellos, cuyo nombre
no recuerdan los anales.
Las ballestas de los músculos
resaltaban en su carne
con el relieve que alcanzan
las aceras en las calles.
La majestad de su fuerza
se asomaba a su semblante
casi con la transparencia
de la lágrima y la sangre.
Era muy parco en palabras
y tan de adentro el lenguaje
que al hablar se oía el hondo
resuello de los volcanes.
Él le imprimía a la lucha
bríos de cumbres y mares
y trabajaban la brega,
desde el comienzo al remate,
como un hijo que se gesta
en el vientre de una madre.
Nunca se vio luchador
de tan viriles quilates
caer vencido en la arena
con tanto temple y coraje.
Cayó por cotas de malla,
por arcabuces y sables,
que por levantada nunca
lograrían derribarle.
La fecha la desconozco

y sería vano alarde
situar este desafío
en un terreno distante.
Porque a veces las derrotas
tienen las alas de un ave
y en vez de rodar por tierra
se remontan en el aire.
Ahora, una gran ternura
se derrama en el paisaje
que crece y crece en la noche
llamando a nuestros hogares,
mitad, congoja y entrega,
mitad, defensa y combate.
Por aquí, por La Victoria,
puede medirse y palparse
como a una isla da norte
un llanto que no es de nadie.

SANTA ÚRSULA

Toma de prisa el camino,
vámonos a Santa Úrsula,
que quiero ver como viven
las palmeras en república.
Son palmeras populares
sin más tradición ni alcurnia
que no doblegarse al viento
ni tener letra menuda.
De las raíces les nace
tal rectitud de conducta
estallando en una verde
estrella de pulso y púa.
Por eso son sus escobas
unos discos que modulan
los rumores de las nanas
que dieron aire a su cuna.
Viven en familia, solas
se acuestan, solas aupan
sus dátiles y sus pencas,
sin pedir a nadie ayuda.
Nacen y mueren de pie,
admiran y no preguntan,
y aun cuando son soledades
su pensamiento es azúcar.
Visten siempre de domingo,
no pierden su empaque nunca,
y tan femeninas son
que sólo tienen cintura.

Cada palmera es un voto
de tierra que sufre y lucha
para dar a las semillas
la libertad de la lluvia.
Jamás su tenor disfrazan
y tan fieles se dibujan
que mires de donde mires
ves siempre su misma rúbrica
de notarios que dan fe
de su genio y su figura.
El mástil de la esperanza
a cada hogar lo vinculan
arriando sorbos de sombra
al nivel de la ternura.
Y cada una es un brazo
que clama al cielo y que pugna
por arrancar de los labios
el drama de la cicuta.
Toma de prisa el camino,
vámonos de Santa Úrsula,
que esta sed de las palmeras
me duele como una fusta.
Pero antes mirad las luces
que las mantienen y encumbran:
es la voz de un manantial
que en sus copas se refugia.

LA OROTAVA

Partida en dos, La Orotava
florece siempre la idea
de ser una sola voz
como Dios manda y ordena.
Dos llaves tiene su angustia,
dos acentos cada letra,
cada sombra dos perfiles
y dos aceras las penas.
Hasta el aire se respira
de dos distintas maneras.
Señor en casa, el silencio
con sus babuchas de seda;
despierto y a la interperie,
el platanal como gleba.
Aquí no hay sumas que valgan,
todo sucede y se enhebra
en la vecindad distante
de las líneas paralelas.
Y en este lugar de justas

donde el sí y el no se encuentran
edificó La Orotava
su castillo sin almenas.
Todo él discurre y se acuña
en el troquel de un dilema:
en cada aldaba hay el nudo
de una pared sin respuesta,
en los balcones del aire
la soledad que te acecha
y en los pájaros que cantan,
la jaula de su condena.
Y es la espuma contrapunto
de la amistad de la estrella
y el loro del arco iris
del jugador de ruleta.
Y en este flujo y reflujo
donde los verdes se orquestan,
en este ajedrez de magia
acampan todas las brechas.
Aquí los lares si lloran
con lágrimas como piedras,
que en La Orotava conmueve
el pecho de una belleza
que oculta un río de fuego
amortajado en las venas.
Pero las flores la salvan;
las flores, que no recuerdan
ser más que notas y ritmos
del vals de la primavera;
las flores, universales
nidos que hablan una lengua
para todas las miradas;
las flores, esas doncellas
que tejen su desnudez
con intimidad de rueca
y dan al color las alas
de palomas mensajeras;
las flores, que son las ondas
que emiten por sus antenas
los sueños que no murieron
y levantan la cabeza.
Y en este claro de bosque
donde el sí y el no se encuentran
la flor redonda del día
cierra el paso a la tristeza.
Y su valle de esperanza
es como una cita abierta
donde el volcán y la nieve
echan la rodilla a tierra.

PUERTO DE LA CRUZ

Negras arenas la mar
juega al envite en El Puerto
dejando en el aire rumbos
de aventuras y de sueños
y llevándose a sus anchas
malvasías de silencio.
Desde la infancia sus puertas
al horizonte se abrieron,
le dio el pecho al oleaje
y tomó mando velero
sin dar tregua ni respiro
a tempestades y riesgos,
que en el Puerto de la Cruz
hay tal fondo marinero
que no pueden desvirtuarlo
columnas ni rascacielos.
Hilo le dio a sus cometas
porque sintióse muy dueño
de que el insular contorno
que iba tomando su vuelo
se afirmaba en su interior
y no cedía terreno.
Sus calles han resonado
con los distintos acentos
que monta la libertad
en el caballo del tiempo.
Y así han quedado las huellas
que otros pasos sonrieron
injertando tolerancias
que no han caído en desierto.
De todo el caleidoscopio
que la urdimbre de otros pueblos
derrama en sus aledaños
ha elegido aquel fermento
de ave de mar y sonrisa
que da constancia a sus predios,
don de gente a las arenas
y nido a su aislamiento.
Y así no pierde su norma
de estar cerrado y despierto,
mitad, varado en sí mismo,
mitad, velamen al viento.
Por el Puerto de la Cruz
entraron, más que vinieron,
ideas como mujeres
dando a los hijos el pecho

y enseñando que no caben
las patrias en un pañuelo.
Fueron sus aguas, las aguas
desnudas del pensamiento,
las que batieron de firme
los caletones isleños.
No hubo rencor ni violencia,
que estas lides nunca fueron
bregas de martillo y yunque,
consignas de sangre y fuego,
sino frentes dialongando
con inquietud de arroyuelos.
Y esta cabeza de puente
se sostiene sin esfuerzo
como un abrazo que uniera
a los vivos y a los muertos.
Un alisio de ternura,
un liberal sentimiento
de estar andando a derechas
puebla este hogar solariego.
Triángulos de lunas blancas,
briznas de hogueras en celo,
amigos, faros, gaviotas
de los mares del recuerdo,
si Puerto de la Cruz digo
quiero decir compañero.

LOS REALEJOS

No sé si es uno o son dos,
no sé si es pueblo o castillo,
pero todo guarda un orden
y encuentran siempre su sitio
muros, barrancos, estatuas
y el ocho de los caminos
que desde el mar a la cumbre
se van ciñendo a sí mismo.
Y sé también que mi padre
dio aquí su primer vagido
y que aquí fueron calvario
las cruces de mis amigos.
Cifrado casi, en voz baja
y en sus adentros metido,
la espalda puede volverte,
mas su silencio está vivo.
Es un silencio artesano
que no se asoma al postigo,

elaborando sin tregua
sus panales fugitivos
manos de pólvora el hombre,
dedos de mujer los hilos.
Las bordadoras trabajan
—quito y pongo, pongo y quito—
en bastidores de fuentes
los remansos de los ríos,
quemándose las pestañas,
partiéndose el alma en vidrios
y agujereando el aire
con puntadas y suspiros.
Y son los calados sienes
bordadas por sus latidos,
diagramas de soledades
que los ojos han escrito,
el alba que nunca llega
y los sueños que se han ido.
Bordadme un mantel con panes
que tenga imán de trigo,
aguas que maten la sed,
lumbres con cara de niño.
Bordadme la libertad
en alto como los nidos.
Y vosotros, fogueteros,
en el fiel del equilibrio
entre la vida y la muerte,
que hacéis de la noche mirlos
con trinos de fuego, siempre
a los trapecios subidos
de las ascuas, rubricando
con aves de paraíso
las orgías y el suspense
de los cielos encendidos.
Vosotros que traducís
la oscuridad de los ritmos
con voladores de lágrimas
y cuadraturas de círculos,
desgranadme las espigas
de los cohetes de silbo,
el rostro de las cascadas,
las ruedas de mi albedrío.
Bordan ellas la ternura,
bordan ellos el peligro.
Y hay un temblor en su sangre
de corazones en vilo.
Y ese temblor de tamasma
recuerda a Viera y Clavijo.

LA GUANCHA

a Esteban Dorta González

Ante El Pinalete estoy
mirando correr el agua.
Llega alegre porque ha roto
con su oscuridad de esclava
dejando atrás para siempre
la prisión de la montaña.
vino a luz como los niños,
desnuda de cuerpo y alma,
sin que tuviera al nacer
prenda que echarse a la espalda.
Mucho tiempo estuvo inmóvil,
muerta al espejo su cara,
recluida en el sepulcro
del corazón de las lavas.
No fue fácil desasirse
del vientre que la engendrara.
Noches como soledades,
demonios de luengas garras,
diques de diente de perro,
la tenían sojuzgada.
Y a quienes debes tu canto
voy a decirte en voz alta.
Hombres con rostro y familia,
hombres que visten y calzan,
riesgos, hambres y laderas
en busca tuya horadaban.
Sonrisas de la destreza,
hondos brazos, manos claras,
los salarios de sus penas
eran de sed y esperanza.
Por eso las galerías
—boa a oscuras, vena a gatas,
creyones de húmeda muerte—
imagen y semejanza
son de aquellos que caminan
para dar cielo a sus ansias
y ver si en su vida estéril
por fin amanece el agua.
Pero a veces quedan dentro,
hechos ya noche cerrada,
sin que puedan en sus ojos
nacer las luces del alba.
El agua que ahora miro
son sus piernas amputadas,
los brazos que no volvieron

a descansar en su casa,
y tu mundo de rumores
muñones de sangre blanca.
Para que tú seas libre
siguen manando las lágrimas
de recuerdos que barrenan
sin pólvora las entrañas.
Y ante El Pinalete estoy
mirando correr el agua,
todo su cuerpo canción
y toda sollozo el alma.

SAN JUAN DE LA RAMBLA

Me fui a San Juan de la Rambla
para hacerme a la medida
unos zapatos a prueba
de malpaíses y hortigas.
No unas botas de cien leguas
para saltar de isla en isla,
que para andar por la mar
no hay calzado todavía.
Si unas botas saltamontes,
sin frenos ni cortapisas,
trabajadas en el molde
de un vuelo de golondrina,
que no teman escalar
degolladas y colinas,
ni dar muerte a las alturas
igual que a toros de lidia.
Botas para perseguir
la liebre de las ermitas
siempre royendo el silencio
de violetas lejanías.
Botas para andar de pie
y a las claras noche y día,
no acostado de temor,
mendigando y a hurtadillas.
No botas para morir
en medio de las jaurías,
sino que le den al diablo
puntapiés en la espinilla.
Unas botas que no sepan
hacer del hombre una víctima,
volver la espalda ni huir
ni caminar de rodillas.
Botas que dejen al paso
huellas de las que se diga:

este es el rostro de un alma
cargado de rebeldía.
No botas para cruzar
el camino de la vida
a caballo y sobre rosas,
acobardado de espinas.
Botas que puedan leer
sobre la tierra que pisan
cómo mueren las distancias
y se hacen luz las semillas.
Botas para la ternura
que, cuando besan, se empinan
igual que los surtidores,
la libertad y las espigas.
Botas para caminar
el dolor y la sonrisa,
la sombra verde del árbol,
la casa y la mano amiga.
Botas para darse el gusto
de dar la vuelta a la isla.

ICOD DE LOS VINOS

a José Díaz Martín

Fui un hidalgo de mis cepas.
Esta es toda mi prosapia.
Pechos tristes se ensancharon
al calor de mis entrañas
y algún corazón de hielo
ardió convertido en ascua.
Tal vez estuve presente
en pactos, guerras o alianzas,
pero hay cosas que es mejor
olvidar que recordarlas.
A nadie puse reparos
para beberme, palabra,
que si fui trago de reyes
también lo fui de piratas.
Vine a menos y emigré.
Con el azar a la espalda
y los cielos por montera
se desplegaron mis alas,
trabajando lejanías
que a mi solar me acercaban.
Y así, bregando horizontes,
rejuvenecí mi casa.
Ved mi Drago, soy yo mismo,
Icod con toda la barba.
Sus cicatrices no son

vejez ni tiempo que pasa;
son mis heridas, las vuestras,
que me salen a la cara.
Son mis penas, vuestras penas,
por los que en tierras extrañas
en vez de vino y ternura
fueron silencio y mortaja.
Creéis que el Drago se yergue
en el cepo de una plaza,
y que tocáis su raíces
y lo alzáis en la mirada.
Y no es cierto. Lo que veis
es la sombra que descansa
de ese árbol que se ausenta
para adentrarse en el alma
de todos los que partieron
con su hatillo de esperanzas.
Ellos lo sienten más joven,
lo viven desde su infancia,
y entre su tronco y los brazos
que desnudan las distancias
no hay mares de oscuridad
ni prohibitivas vallas,
que al querer no necesita
de pasaportes ni aduanas.
Mis barrios son el retorno
de aquellas nómadas ansias,
la sortija del prodigio,
el collar en que se engastan
la alegría del panal
y el bordón de la guitarra.
Los soles de los sudores
y las lunas de las lágrimas
en lo que miráis crecer.
—¡tan verdes!— de la ventana.
Y mis viñedos exhiben
altos peinados de gala
como si los que aderezan
estos copetes de ramas
fuesen, más que agricultores,
peluqueros de esmeraldas.
Y estas manos que me miman
son las que escribieron cartas
con los rasgos de sarmientos
empapados de nostalgia.
Y si hoy es la sonrisa
quien da expresión a mi cara
es porque al rostro de América
emigré para encontrarla.

GARACHICO

El fuego, la mar y el hombre
se disputan Garachico.
El volcán, melado y lumbre,
y el mar, correlón y giro.
Que vengan los cuidadores
a ver estos dos magníficos
gallos de casta y pelea
dando suelta a sus instintos.
En los hombros de la altura
hacía el volcán su nido
ardiéndole en las entrañas
una riña de cuchillos.
Y con la cresta sangrando
rodó cumbre abajo herido,
clavando los espolones
de ciega lava en los riscos.
Estamos frente a sus restos
como si estuviera vivo
que al que da a vida su muerte
no le echan tierra los siglos.
Y el otro gallo, la mar.
Catapulta y torbellino
oleaje del revuelo,
cresta blanca, pecho en vilo,
abrió sus alas de espuma
y rayo del levadío
dejó varado en la orilla
un cementerio marino.
Pero el hombre se sostuvo
sin salir de su recinto
con más pasión que el volcán,
tan hondo como el mar mismo.
Este es un pueblo con forma
de cubierta de navío
anclando las tempestades
casi en las playas del mito.
Y en esta ceja del rostro
del agua que es Garachico,
en este lunar de tierra
que sonríe a los peligros,
en esta uña de afanes
salvada del cataclismo,
vacunado contra riesgos,
muy señor de su destino,
mantiene su corazón
en un sereno equilibrio
con la intimidad fecunda

que alberga el grano de trigo,
con el trabajo que sueña
horizontes y espejismos,
con la libertad que busca
rumores de paraíso.
Es isla baja y qué alta
su arboladura y el signo
del hombre que se libera
del miedo a ser destruido.
Vive casi sobre un yunque,
pero no existe martillo
de los montes o las olas
que lo convierta en añicos.
Y así, pegado a la roca,
el pueblo de Garachico,
sin dar su brazo a torcer,
al mar y al fuego ha vencido.

LOS SILOS

Sin detenerse un instante
la isla baja continúa
y en Los Silos se recrea
cambiando de vestidura.
De punta en blanco, a gran tren,
tan largo como una grúa,
es un camino de mesa
en el fiel de la blancura.
La espalda del platanal
vertebra en esta columna
de fachadas y de aceras
que no se doblega nunca.
Es deportiva la flecha
en que encarna su figura.
Tiene trazo de conciencia
y vigor de catapulta.
Elásticos maratones
por las venas le circulan
acelerando hasta el fondo
las metas de su aventura.
En esta geografía
no se aclimatan las curvas;
usan bastón y corbata,
no arco iris y herraduras.
Las plataneras se adueñan
del pueblo de punta a punta
y apretándose en manadas

levantan sus verdes grupas
como acericos que esperan
alfilerazos de lluvia.
No son castillos cerrados
los roques que lo circundan:
tienen radar en la oreja,
abren sus vallas y escuchan
como la pena y el llanto
celebran también sus nupcias
y como no son las lágrimas,
entre flores, menos duras.
A veces son rebeldía
estas montañas adustas
y su traza guerrillera
viste, para la aventura,
barrancos en banderola
y sombreretes de bruma.
Pero el pueblo sigue abajo
sin abandonar su ruta
ni querer crucificarse
en calvarios de amargura.
En su juventud se avala,
con el trabajo se ayunta,
sus amores tractoriza
y se convierten en fruta.
Que arrojen piedras si pueden
los que estén limpios de culpa.
Arriba, en Tierra del Trigo,
dejo un nombre en la penumbra,
sobrio como un epitafio,
cordial como la ternura.
Él me enseñó con el pico
a trabajar en las dunas.
Era de aquí, de esta luz
que siempre baja tan pulcra
con peineta y con mantilla.
De aquí era, de esta cuna
del aire, que canta nanas
y las macetas arrulla.
De estos colores que giran
como los trompos de música
y dicen, dicen Los Silos
y sólo esta voz pronuncian.
Que maduren las campanas
y que repiquen las uvas.
Vamos a tirar cohetes
que lleguen hasta la luna.

BUENAVISTA

Ya estamos en Buenavista.
Acorde, trato, concierto
de la montaña y la mar
fraguaron su nacimiento.
Aunque le sobran alturas
no se perdió en vericuetos,
hizo su nido en la rasa
mano abierta del terrero.
La llanura de las aguas
dictó a la isla este pueblo.
Sus araucarias guardan
las pruebas de tal convenio,
que araucarias son torres
y jarcias al mismo tiempo.
Sus calles se van al campo,
ganan espacios abiertos,
se transforman en paisaje
y se pierden a lo lejos.
Una herencia de horizontes
montó aquí su campamento,
se sube a las azoteas
y no renuncia a sus fueros.
Amo estas calles que son
caminos con hombres dentro,
y que saludan muy alto,
con un bien calzado acento;
un saludo a boca llena
que no se lo lleva el viento.
Aquí no hay encrucijadas
que te dejen en suspenso,
aquí las calles van sueltas
como los rumbos veleros.
Entre Blanca Gil y Masca
pesó, sin tasa y sin miedo,
en su redondo platillo,
por arrobas, el silencio.
Y a todo trance lo sigue
en su cedazo cerniendo
para amasar la maqueta
que haga diana en sus deseos.
No es un camino de paso,
pero tampoco es un cero
a la izquierda del poniente,
sino la yema de un dedo,
el escalón más difícil
a lo más alto subiendo.
Y no es que quiera ocultarse

en el vértice de Teno,
ese toro al que la mar
jamás asió por los cuernos
y al que brega Buenavista
por amansar, pretendiendo
hacer de su lejanía
una calle más del pueblo.
Con tantas cuevas de sombra
esta montaña es un eco
de un rostro al que la viruela
dejó lleno de agujeros.
Y aún calada la visera
de las justas y torneos,
mira cómo las cometas
son cascabeles de cielo,
y cómo las tejas rojas
ruborizan el cemento
y que el mundo en que ha nacido
no corta a lo antiguo el cuello.
Si por tu ayer rompo lanzas
a tu futuro me entrego,
que si el mar y la montaña
carácter y voz te dieron,
de una isla puedes ser
el equilibrio y el riesgo
de una oleada en la cumbre
y de valles marineros,
dando tálamo de espuma
al más audaz rascacielo.
Porque sean tus espaldas
sensibles «ábrete sésamos»,
porque tus cimas arrullen
con la intimidad de puertos
y porque puedas dejar
de ser estación de término,
levanto por ti mi copa
hasta la altura de Teno.

EL TANQUE

Helo aquí, verde lejano,
pastoreando en la cumbre
la gorda res del silencio,
los volcanes y las nubes.
Nace en el filo de un lomo
y a lo más difícil sube
como si fuera a ordeñar
repletos cielos azules.

Es atleta montañero,
un pueblo que aún no sufre
encrucijadas de asfalto
ni peso de muchedumbre.
Del viento aprendió a ser libre
con esos imanes que unen
la sonrisa a los colores
y el tomillo a su perfume.
Desde el vientre de la altura
vacía el volcán sus ubres
dando suelta a las balizas
andariegas de la lumbre.
Pero El Tanque no se mueve
ni de sus fogones huye
que quien lucha a rajatabla
ya ha adquirido la costumbre
de tutear la amenaza
de las fuerzas que destruyen.
Ni siquiera dice adiós
al mal inspirado númen
del fuego que, descendiendo
hasta la ribera, funde
la libertad de la piedra
en lava de servidumbre.
Y aunque el buey de los crepúsculos
hierbas de silencio rumie
y se acuesten las esquilas
y las penas se desnuden,
la angustia no echa raíces
como en el alma de un túnel,
que los pastos, aún dormidos,
dejan sus tallos inmunes
de oscuridad, trasminando
un sueño de verdes luces.
Aún con las puertas cerradas
todo en la altura discurre
para que canten los gallos
y las auroras madrugen.
Este es El Tanque, lozana
atalaya de la cumbre,
pastoreando las reses
de la soledad en las nubes.

SANTIAGO DEL TEIDE

A grupa de los contrastes
voy cabalgando las penas,
verde, mi frente, en el norte,

morenas y al sur, mis piernas.
El verano y el invierno
juntos en mi cama juegan:
uno me tira del pie
y el otro de las orejas.
No sé a qué carta quedarme
cuando las nubes se acercan,
si son gallinas de lluvia
o son gallos de pelea.
Dos animales dispares
me custodian y me pueblan:
el manso buey de la altura
oyendo crecer la hierba
y los colmillos de dogo
que el fuego aguzó a la piedra.
Río y lloro al mismo tiempo,
el mismo tiempo que ordena
los almendros en la lava
y en mi sangre las abejas.
A la reina aquí decimos
la ***mestra*** de la colmena.
Sus partídas de ajedrez
entablan en mis laderas
los almendros con las blancas
y las lavas con las negras.
Sólo ganan los almendros
al venir la primavera.
Entonces llega la flor,
y sin pasar por la iglesia,
llámese nieve en la cumbre
o espuma por la ribera,
se echa vestida de novia
en los brazos que la esperan.
Luz posada y cielo a gatas,
mano cerrada y abierta,
cenizas, hijos, simientes,
roca en vilo y mar a ciegas,
esclavitud, libertad,
todo lo tocan mis cuerdas.
Pero no tengo dos caras
ni es mi casa con dos puertas.
Mi sudor no está en los mapas
ni hay dos sangres en mis venas.
Ni norte ni sur. Soy árbol
que crece sobre la tierra.
Cada uno está en su sitio,
al César lo que es del César,
que jamás me fui a pescar
los peces con escopeta,

ni las aves con anzuelos
ni mi jornal con quimeras.
Yo armonizo los contrarios
y sin llaves ni compuertas
me suenan pecho y espalda
en una misma moneda.
Y con la frente en la cumbre
y los pies en las arenas,
los almendros en la lava
y en mi sangre las abejas,
tengo tan sólo una muerte
vuélvame donde me vuelva.

GUÍA DE ISORA

a Pablo Martín Alonso

A estos parajes que sufren
el mal de ojo de los dioses
les humaniza el trabajo
de curandero del hombre.
Llegan de atrás, de muy lejos,
de casi los mitos, donde
perdió el fuego sus zapatos
y dio el infierno sus voces.
Aquí la lava enseñó
dientes de presa y cebóse
en rasgar las vestiduras
de una tierra sin amores,
no dejándole siquiera
un respiro de cardones
Este es un cáncer de rocas,
cresterías de rencores
que cortan, caricaturas
de ríos como escorpiones.
Y en medio, Guía de Isora,
casi un espejismo sobre
la piedra que ruge, un mártir
de cal y ternura, al borde
de morir a dentelladas
en un circo de dragones.
Y de estas lavas que encarnan
un maná de maldiciones
las rebeldías prendieron,
domesticando la noche.
Ved como bajan la tierra
de arriba, de los rincones
del mantillo, esas sienes
que laten savias de bosque,

para darle una melena
de sacrificio y verdores
a estos lomos de montaña
con majestad de leones.
La tierra a hombros, arcilla
de compañera que rompe
a cantar de nuevo el himno
del paraíso, en los brotes
que la sonrisa del barro
pone en todos sus pregones.
La tierra a hombros, costilla
de la flor y el horizonte,
dos manantiales siameses,
dos ecos de un mismo nombre.
Estéril mujer ayer,
entregada a los azotes
del fuego, y hoy ya con vientre
de arrullos y de terrones
al renacerle en los muslos
el sexo verde del monte.
Ahora las soledades
no montan aquí su corte,
han perdido horca y cuchilla,
trajes, silencio y honores.
El cielo azul es el mismo,
pero la tierra es más joven.
Y aún lo es bastante más
el trabajo de los hombres,
enmendando y corrigiendo
los designios de los dioses.

ADEJE

El barranco del infierno
es para mí todo Adeje.
Quien cruce sus soledades
tan desvalido se siente
como un fósforo de palo
que contra el viento se enciende.
Hay barrancos que te hablan
y que la mano te tienden;
éste no es así, rechaza
a todo el que va y que viene,
se ensimisma en sus adentros
y sólo enseña los dientes.
De pueblo abajo es la sed
su sexagenario huésped,

pero del pueblo a los altos
son muy otros sus quereres.
Una orgía de peñascos
encima de ti se cierne
triturándote el aliento
y mordiéndote las sienes.
Aquí lleva el alma uno
prendida con alfileres.
Todo en él es barroquismo;
hasta el silencio se hiergue
de otro modo, con visera
y sin tratos con la gente.
En él mandan los cardones
que lanzan en ristre florecen;
las cuevas, que multiplican
ojeras en caballete.
Aquí el pájaro se expresa
con una voz en relieve
y hasta las ramas del árbol
de otra forma se retuercen.
Desde el fondo de su cauce
el cielo azul es a veces
un remiendo de la altura,
la buhardilla de un duende.
Y siguiendo muslo arriba
el tajo de las vertientes
llegas a un sexo de lava
bajo las faldas del Teide.
Cuevas, cuevas y más cuevas
que te miran frente a frente:
son las cuencas de los ojos
arrancados por la muerte,
son las sombras familiares
que convocan los menceyes,
tumbas que la libertad
dejó a la piedra en rehenes.
Un patrimonio ancestral
con uña y carne defiende
no por infierno, por suyo,
este barranco de Adeje.
Y si ha calado tan hondo
y tan alto se mantiene
es que desea que nunca
en el olvido lo entierren.

ARONA

I

LOS CRISTIANOS

al Sr. José Domínguez León,
en la amistad y la mar

Ahí, aguantando la mar,
tarajales de la arena,
remangadas las raíces
como un marino las piernas.
Ahí, trabajando el agua
con sus verdes de faena,
luchando contra las olas
sin remos que los defiendan.
Ahí, descubierto el pecho,
celebrando a duras penas
los desposorios del mar
con una isla morena.
La mar se come los riscos
que ponen coto a su fuerza;
mas vosotros, tarajales,
pulseáis mares de leva
y entre la muerte y la vida
queda en tablas la contienda,
pues no dobláis la cerviz
a quien os mueve la guerra.
No gastan su savia en frutos
ni colorines de feria,
que ellos visten el atuendo
de la gente marinera.
Ni hace el nido ningún pájaro
en su hirsuta cabellera
de viejos lobos de mar
acorralados en tierra.
Este es un árbol que llora
con lágrimas verdaderas
como llora cualquier pobre
desamparos y tristezas.
Pero es firme y no le teme
al viento ni a las tormentas
y la amistad de su sombra
es una mano sincera.
El tarajal es también
—sol a sol, estrella a estrella—

árbol que suda su esfuerzo
de resistir las mareas.
Y ahí estaís en Los Cristianos
como ejemplo de entereza.

II

VALLE DE ARONA

Subiendo de Las Galletas
es todo el valle de Arona
una siembra de volcanes
saltando de loma en loma.
Pero a pesar del asombro
de tal rebaño de rocas,
no es la piedra revolcándose
en el fuego lo que importa,
sino como el hombre pudo
entrañar su vida toda
en cargárselos a cuestas
y sudarlos gota a gota,
fraternizar con su sed,
tender el sueño en su costra
y en ellos dejar su muerte
para que tuviesen sombra.
Cuando por mi pensamiento
camino tierras de Arona
la soledad de la isla
se pone en pie a la redonda,
descalza, medio desnuda,
con su mandil de tahona,
cociendo el pan de la sed
desde la cumbre a la costa.
Una soledad tan hecha,
de tanto bulto y persona,
que te sientes pegada
al cuerpo como la ropa.
Y esta soledad sin tacha,
de tal manera te ahonda,
que se articula en palabras
que te golpean, y brota
de los ojos cuando miras
su abandono, cuando tocas
los horizontes vacíos
de un rumor de caracolas.
Y esta soledad sin tacha,
doncella que vive a solas
sedienta de agua y de amor,

duerme su sueño en Arona.
Que las retamas del Teide
den su repique de aromas
y le bajen ramos blancos
para celebrar sus bodas
cuando las aguas le vistan
su largo traje de novia.

SAN MIGUEL

a Emilio Gimeno Martín, a quien debo la intimidad del sur de la isla

Que no, que no sigo más,
que aquí en San Miguel me quedo.
Quiero mirar cómo el *jable*
transforma el erial en huerto.
Aunque viene de otro sitio
el *jable* no es forastero,
tiene una isla por patria,
no un miserable agujero.
Donde él se tiende a sus anchas,
allí donde coge el sueño,
convertidos en oasis
se despiertan los desiertos.
No importa que sus marfiles
se tornen en cenicientos,
que es su alegría sentir
crecer los tempranos senos
de mujer de las patatas
bajo el corpiño del suelo.
Andas San Miguel y apenas
si crees lo que estás viendo.
Aunque se pierdan de vista
tanto tuneral mostrenco,
tantas orzas de montañas,
tantas chispas de mechero,
una ternura sin límites
rompe a cantar en tu pecho
como si también el *jable*
le diera a tu pensamiento
un corazón de cigarra,
élitros verdes latiendo.
Para la sed de estas tierras
el ocio no ha sido hecho:
te mueres de hambre si montas
tabernas en este pueblo.

En órbita colocada,
La Centinela es el vuelo
de un pájaro contemplando
las letras de un alfabeto
de volcanes que escribiera
a pulso y placer el fuego.
Forman sólo una familia,
pero adopta cada miembro
el talante de montaña
que mejor luzca su atuendo.
Podrá llover a raudales,
cambiar su moneda el tiempo,
pestañear las espigas,
aprender a hablar el viento,
pero no tendrán mudanza
estas montañas de hierro,
montañas enjaezadas
con su cráteres bermejos,
que alzarán siempre en la cálida
perspectiva de los retos,
sobre los verdes cultivos,
su joroba de camello.
Desde la mar son distintas,
cobran vida y movimiento;
al color le nacen alas
y al relieve, espalda y pecho.
Un rigodón de montañas
es menos tierra que cielo.

Que no, que no sigo más,
que aquí en San Miguel me quedo,
para escuchar cómo el *jable,*
con el primor de un jilguero,
lanza vegetables trinos
por rellanos y repechos
preludiando la alborada
del amanecer de un pueblo.

VILAFLOR

a Miguel y Michèle García Enjolras,
recuerdo de estos pinares.

Este no es pinar que tenga
tan sólo iguales dos pinos.
Sin miedo, fuertes y sanos,
se criaron desde niños
estos árboles que tienen,

más que cualquier individuo,
rasgos que sólo son suyos,
talantes tan inequívocos,
que cada uno podría
llevar nombre y apellidos.
A prueba de vendavales,
cohetes de su destino,
con trazo firme ganaron
la cucaña de los riscos.
Se ve claro cómo huyeron
de uniformes y de asilos
clavando su libertad
en la raíz de sí mismos.
Dura maestra es la lava,
también la nieve y el frío,
para no sacar derechos
con la alegría de un trino,
a estos troncos que se hierguen
sin travesuras ni mimos.
Son altos porque soñaron
un interior paraíso,
y de tal modo lo ansían
que por vivir siempre en vilo
en torno de ellos la sombra
apenas si deja signo.
Señores por su belleza,
feudales por sus instintos
sus soledades entregan
a los éxtasis más íntimos,
pero sus ramas estrechan
como los buenos amigos
y entonces cobran altura
confidencias y hermetismos.
Varoniles en su porte,
sin abalorios ni brillos,
alzan sus mástiles verdes
donde el viento hace sus nidos
con rumores de la mar,
sondas, sendas, saltos, silbos.
No quisiera despedirme
ni abandonar el recinto
que en alto sostienen muslos
dorados como el estío.
Con pena os dejo, con pena
vuelvo a ponerme en camino.
Palabras, quiero palabras
del tamaño del rocío
para abrazaros a todos
con todos los sueños míos.

HIERRO

a Doña Inocencia Durán

Desde la boca de Tauce,
de estos hombros del silencio,
candado de horizonte,
miro la isla del Hierro.
Desde aquí sólo es simiente
de soledad, un atuendo
de cíclope y galeote,
un estelar pensamiento,
escorzo de un meridiano
que ceñía los misterios
de un mundo de lejanías
entre dormido y despierto.
Hay que acercarse a su umbral,
mirar con lupa de aumento,
para ver cómo la sed
retoña campos y pueblos.
Entonces abre su valva
y descubre sus adentros.
Allí la prisa no prende
ni a galope marcha el tiempo;
va poco a poco, camina
casi con el paso nuestro,
dejándole sitio al hombre
para cultivar los sueños.
Mima la tierra sus frutos,
mima el lenguaje su acento,
sus lágrimas mima el llanto
y la boca mima el beso.
No sangra nunca, se ahonda
hasta la hiel de su espejo
y es tan clavo del destino
que hace vibrar su tormento
que en cada gesto libera
la intimidad de su seno,
llámese trino o canción,
exprese protesta o juego,
sea pastor de su angustia
o dígase tango herreño.
Niñez y aurora conserva
igual que en un guardapelo
y por ser tan primitivas
gozan talante tan nuevo.
Se calienta con su sangre,
respira sus propios muertos
y arde como un alma en pena

en noche de carne y hueso.
Por eso sus horizontes
curvas son de los reflejos
de un martirio que sonríe
espinas de aislamiento.
¿Y qué importa que haya bosques
y ciudades de cemento
si quien en ellos habita
es tan isla como el Hierro?
Dejadle secar sus frutas
echar al aire el sombrero,
sacarle filo a las cumbres
y hendir las rachas del viento.
Así nos muestras la imagen
este castillo roquero
de su atlántica versión
del cuento de «Abrete Sésamo»,
que son tesoros también
las joyas de un cancionero,
los arco iris del alma
y el telar de los recuerdos.
Y cuando no pueda hallar
hamaca para el sosiego
y sea cada isla el túmulo
de un Garoé sin remedio,
el cántaro de mi sed
irá a llenarse en el Hierro.

GOMERA

a mi prima Camila Trujillo Cabrera de Hernández

A cara o cruz he lanzado
a la mar una moneda;
salió cuna y nací yo:
cuna o concha es la Gomera.
Súbete al roque más alto,
silba con todas tus fuerzas
hacia atrás, hacia la infancia,
a ver si el eco recuerda
las bordadas camisillas
que abrigaron mi inocencia.
Sílbame más, mucho más,
que oiga las primeras letras
del alba silabeando
los renglones de mis venas.

Silba, silba sin cesar,
y tráeme la escopeta,
los caballitos de caña
con sus bridas y cernejas,
el croar de los barrancos
y las palmas guaraperas.
Silba, silba sin descanso,
hasta llamar a la puerta
de los que en lucha cayeron
con la rebeldía a cuestas.
Sílbame el Garajonay,
que va siempre sin pareja
bailando el santodomingo
camino de las estrellas.
Sílbame el ritmo de fuego
con que danzan tus hogueras
dando a la noche madura
la juventud de doncella.
Sílbeme el faro sus luces,
los alfileres que vuelan
a hundirse en el acerico
redondo de las tinieblas.
Sílbame la sal y el agua,
sílbame el pan y las penas,
y la libertad que amamos
sílbala a diestra y siniestra.
Cierto que no morirás,
mas si algún día murieras
entra en el cielo silbando
y silbando pide cuentas
de por qué te condenaron
a soledades perpetuas.
Y ahora silba más hondo,
silba más alto y sin tregua,
silba una paloma blanca
que dé la vuelta a la tierra.

LA PALMA

a Blanca Gómez de Pérez y a Renán

La sombra que esta retama
de la mirada desprende
me lleva en su catalejo
hasta oír cantar las preces
de pinares a La Palma,
abarloada al poniente.
La Palma no es soledad.

Es la cabeza de puente
que sobre los océanos
tendieron los continentes.
Para ella no hay fronteras,
no emigra nunca ni puede;
mar y tierra son caminos
y andarlos le pertenece.
Casi con forma de pez
no cae nunca en las redes
de hacer su patria en veredas
que no partan de sus sienes.
Y no es que cierre los ojos
y al desamor alimente.
Es que en la cuna aprendió
que los volcanes no duermen,
trabajándose en las cumbres
silencio que el fuego enciende.
Es que desde su niñez
ve que los días florecen
la noche del horizonte
y las agonías mueren.
Y así a su vida da fuerza
la juventud de la muerte.
Selváticas intuiciones
racionalizan su mente.
Jamás vacilan sus pasos,
van escritos en su frente
y en los muros del hogar
bien a las claras los tiene.
No digo que son columnas,
sí digo que son paredes
para que el sol y la lluvia
sus esponsales celebren,
en cueros como los niños
y en alto como las fuentes.
La Palma, yo soy La Palma
abarloada al poniente.
Por la borda las nostalgias,
mi raíz es Taburiente
y si lo quiero mayor
lo multiplico por nueve.
No me digáis que conquiste,
esos son otros belenes,
siendo dueña de mí misma
todo lo tengo con creces.
Y así me llevo conmigo
a donde quiera que fuere,
que soy La Palma, La Palma
abarloada al poniente.

LANZAROTE

a Domingo Velázquez

En un velero, por sal,
pongo rumbo a Lanzarote.
Por la sal, esa simiente
con la emoción del azogue
que le dio sangre y latido
al corazón de la noche.
Por la sal, mujer de todos,
doncella siempre, aunque toquen
los dedos más populares
y los más negros carbones
su transparencia nupcial
de mensajera del orbe.
Por la sal, por ese llanto
de las salinas, en donde
las aguas del mar se mueren
sin campanas que las doblen.
Bajo mi piel vas a gatas,
mi sudor te reconoce
y si en mis ojos te citas
eres aún más salobre.
Las salinas, esos libros
de páginas sin rumores.
En sus potros de tortura
expira la ola y rompe
a blanquear su esqueleto
igual que si fuera un hombre.
Somos salinas, salinas
desde el fondo hasta los bordes,
que nos ponemos de pie
sobre sus blancos talones.
La sal, jilguero del alba,
que a la sombra desconoce.
La sal, que en nuestras cocinas
de punta en blanco se pone
para que el diente del ajo
la conquiste y enamore.
La sal, hirviendo en el agua
de cazuelas y peroles,
convenciendo a las patatas
que son blandos corazones
y poniendo en las legumbres
la sonrisa de los dioses.
La sal, pregón de justicia
que iguala con sus sabores
en un mismo paladar

hambres de ricos y pobres.
Por todos los que te quieren
y cortejan tus terrones,
en nombre de los suburbios,
las abejas y los bosques,
sube por mi sangre arriba
y en la esfera de las torres
marca la aurora desnuda
de los que buscan el norte.
Diapasón de la esperanza,
paloma y piedra de toque,
que la libertad del mar
en el Janubio se pose
y se convierta en la sal
de cuerpos, almas y voces.
Con esa sal que libera
de todos los sinsabores,
con esa sal, mi velero
regresa de Lanzarote.

FUERTEVENTURA

a Ángel Acosta

Por un camino sin sombra
me voy a Fuerteventura.
Tengo sed de campo raso,
estoy cansado de alturas.
Es, ésta, tierra planchada
que puso sin Dios ni ayuda
su rampa de soledades
antes que nadie en la luna.
Con su forma de tunera
de norte a sur me saluda.
No son mis pies los que andan
tu anverso de punta a punta,
es la balsa de mi espalda
que se hace alberca en la tuya.
Tendida está a pierna suelta
para dormir con holgura.
Calarle al hombre el silencio
en esta isla se escucha,
endureciendo sus huesos
y cavándole la tumba.
Las aulagas han bordado
la camisa de la angustia
con iniciales que tienen

todas las letras picudas.
Se agachan las parameras
para que el viento construya
jaulas sin rejas ni techo
en donde canten las dunas.
Aquí se afrontan las horas
con alma tensa y desnuda
aunque de manar no cesen
las fuentes de la amargura.
Pero la sangre golpea
hecha corcel y andadura,
enciende pechos y hogares
y, roja flauta, modula
en el vientre de las ansias
hijos con nombre de lluvia.
Pero esta luz, esta luz
que nos clava y nos desnuca
la sombra, como maqueta
de nuestro genio y figura.
Esta luz, loca de atar,
que nos delira y deslumbra
es un tigre que no duerme,
de tan salvaje bravura
que a los filos de una espada
daría muerte en la lucha.
Es una luz que nos muerde
igual que las quemaduras
aunque vaya por las puertas
limosneando penumbras.
En la sed sólo se apoya
su mano de vagabunda.
Y no solamente en ti,
también nos arde y dibuja
los perfiles sin entrañas
de unos desiertos a oscuras.
Y en verdad que todos somos
un poco Fuerteventura:
en nuestros brazos abiertos
la sed no se apaga nunca.

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA · CANARIAS · BIBLIOTECA GENERAL

GRAN CANARIA

a Felo Monzón

Ya desde aquí en adelante
me seguirás en la marcha,
cresta de la lejanía,
esposa de la distancia.

Sobre los hombros del mar
toda isla es tierra en andas,
una tierra a contrapunto,
una tierra desterrada.
No puedo intuir siquiera
el pinar de Tamadaba,
pero los amigos sí
que los tengo en la mirada,
tanto los que están en pie
como al fondo de Jinámar.
Para saber que te llevo
en el costado clavada
no has de leerme la mano,
ha de bastar mi palabra.
Mas si la quieres leer
verás tan sólo en sus rayas
los caminos de una isla
que se llama Gran Canaria.
Caminos que me conducen,
sombreados de esperanza,
a roques que no se nublan
y a piedras enamoradas
de dialogar con las cimas
de sueños que no se alcanzan.
Sé que no dejas el tiempo
nunca en barbecho; descansas
como mares y trigales,
rizando siempre la espalda;
que jamás se te hace tarde
ni coge el sol en la cama.
Mas yo aprecio sobre todo
tus descartes de baraja,
los rincones que conversan,
el trapecio con pestañas
del faro que da sus vueltas
ágil de luz y de alma,
la intimidad del silencio
en la alberca de las plazas,
las palabras que caminan
la noche, redondeándola
con ternura de tahona
oliendo en la madrugada
y más que nada los brazos
del afecto, que levantan
y visten a los balandros
de la amistad velas blancas,
unos balandros que nunca
cambian el rumbo o naufragan,
esas versiones de amigos

que contra bosques de lanzas
en aceite convirtieron
los bofes de las borrascas.
Es tarde. En mis travesaños
se recogen las palabras.
Es la hora en que la sombra
y la montaña hacen tablas.
Todo se irá y volverá
todo vuela a ser mañana:
el mar, las islas, el viento,
la sed, la angustia y el alba.
Amigos míos, salud.
Buenas noches, Gran Canaria.

GRANADILLA

a Álvaro Requena y Juana

Por el sur marcha la novia
a casarse en Granadilla,
en Granadilla de Abona.
Un paisaje medieval
viste por traje de cola.
Con los índices en alto
los cardones, que retoñan
orfelinatos de almenas
y un certamen de pagodas.
La tabaiba, con su leche
de bíblica comadrona,
sin un fruto que criar
en la cárcel de las hojas.
El tabú de las piteras,
ese orzuelo de mazmorra
incubador de medusas
que se hubieran vuelto locas.
Y las tuneras, blasfemias
de un reinado sin aromas;
red de dunas, la barrilla,
y las aulagas, manoplas.
En cámaras de tortura
fue diseñada esta flora
que el potro de los tormentos
acabó por darle forma.
Tan sólo el jubón del balo,
entre tanta espina en contra,
modula un verde sensible
al pájaro y a la rosa.
Calzando espuma de mar,
bajo este traje, la novia
—floreciéndose de vida

en los pechos de las lomas—
sonríe un rostro de calles
donde le caen las ondas
de los nupciales naranjos
que la sellan y coronan.
Si en El Médano es sirena
por la gracia de las olas
en Charco del Pino tiene
excelencias de paloma.
Y si preside el cernícalo
el jadeo de la costa,
el nidal del caserio,
con sus pestañas de sombra,
le da cara de mujer
que a la ventana se asoma.
Naranjos de Granadilla,
islas en alto, lisonjas
del relieve, surtidores
de las savias que remontan
lunas con buche de almíbar
en un trapecio de frondas.
Que nadie venga a decirme
que no levantan su copa
estos naranjos en flor
con gallardía de boda.
Que nadie pregunte, y vea
cómo su vuelo remozan
las abejas al libar
las mieles de sus corolas.
Que todos miren y aprendan
que en la isla hay una novia
coronada de azahares:
es Granadilla de Abona.

ARICO

Encomiéndese a los diablos
y cierren todas las puertas
que el tiempo sur se ha escapado
de un manicomio de hogueras
y desde el mar a la cumbre
está horneando la tierra.
Nadie le mete en cintura
sus lanzallamas y teas
y contra sus pedernales
no hay refugio ni trincheras.
Hierve la luz y el ambiente
como una nata se espesa
endureciendo los rictus

del rostro de las tormentas.
Avispas, saltan avispas
del sol que raja las piedras
y jadean los colores
con toda la lengua fuera.
Ningún sonar de tambor,
trueno, campana o trompeta,
podrá igualar a estas rachas
en resonancias tan épicas
para convocar simunes
y movilizar centellas.
Tambor de desesperanza,
redobles de la aspereza,
que marchitan las raíces
de los riscos y las venas.
Hacerse voz el mutismo
y romper a andar las tejas,
echarse a volar los pinos
y abanicarse las cuevas,
todo puede ser primero
que alborear la proeza
de devolverle la vida
al mencey de la leyenda.
La piel de Adjoña se extiende
por todo Arico, reseca
como una momia, tendida
en la tosca amarillenta.
El tiempo sur no podrá
prender la chispa en la yesca,
ni hacer zumbar en sus sienes
las alas de las abejas,
ni meterle por los ojos
las púas de las candelas.
No podrá su soplo ardiente
llegar hasta su osamenta
y armar de vigor su brazo,
airón de sin par destreza,
que le imprimía a la onda
el júbilo de una flecha.
Todo el término de Arico
es la piel, a flor de tierra,
del mencey que derribó,
en golpe de onda certera,
con la piedra de su muerte,
el temblor de las estrellas.
Y este sudor de volcán
que corre a campo traviesa
es el recuerdo aún caliente
de un mencey a tumba abierta.

FASNIA

Para gozar una cueva
no hay lugar como Fasnia,
Fasnia de los ojos verdes
y de las tierras doradas.
Ladrar ya puede el verano
y sacar el sol la garra;
pero la cueva, en cuclillas,
con su mansedumbre a gatas,
su cogollo de lechuga
y su redondez de talla,
no te regatea nunca
su sombra samaritana.
Y cuando arrecia el invierno
y tiritan las montañas
igual que un huevo caliente
es para ti su morada.
No te da lo que le sobra,
te da lo que te hace falta,
que su corazón inunda
una bondad de patata.
La urgencia de los caminos
y las prisas en volandas
la encuentran siempre en el quicio
del meollo de la calma.
Su pupila de ternura
refresca las hondonadas
donde el maíz despereza,
bajo el toldo de las llamas,
sus rumores. El maíz
que no abandona la guardia,
que jamás pierde la línea,
la mazorca ni la barba,
aun cuando duerme la siesta
sobre un pie, sin otra hamaca
que su ilusión de ser trino
y sonreír al que pasa.
La cueva ve los viñedos
y a sus pechos de uva blanca
ofrece su intimidad
de bodega, su canasta
de penumbras, que en la tosca
trabajó el pico y la pala,
paleando la miel
del descanso en su garganta.
Paz en medio del incendio
que los fuegos arrebatan;
paz en medio de la lluvia

que a cántaros se derrama;
paz para el hombre que busca
el asilo de sus alas
y las ubres del silencio,
convirtiéndose en crisálida
de una fuente que encontró
madriguera como un alma.
Aquí la luz echa grelos
sobre la tierra descalza
casi con la sencillez
de una esposa cuando habla.
Y hasta puedes prescindir
del cuello y de la corbata
si amas verdad y desnudez
y a fondo quieres tratarla,
que en una cueva está dicho
todo con pocas palabras:
desde que nació a su sombra
jamás le volvió la espalda.
Y ella es más feliz que nadie
en este suelo de Fasnia,
Fasnia de los ojos verdes
y de las tierras doradas.

GÜÍMAR

Para contemplar a Güimar
no vale la línea recta,
si quieres verla del todo
has de volver la cabeza.
No es que este rincón ni aquél
se escondan en madrigueras,
sino que sus perspectivas
corren a campo traviesa
trabajando los labrados
colores de su ruleta,
desde la mar a lo alto,
sobre de unas paralelas:
a un costado, la montaña,
al otro, el río que enseña,
ya muerto el rugir del fuego,
rompientes lavas de presa.
Sangró el volcán en la altura
como un gallo de pelea
cayendo herida la cumbre
desde el filo de su cresta.
No pudo ganar las aguas,
uncirse con la ribera,

porque el pecho de esta costa
es coraza y resistencia
y aún con el pinar ardiendo
le puso al fuego compuertas,
que nunca tuvo este valle
debilidades de cera.
La embestida del titán
halló su guardia cubierta
y ahí quedó su espolón,
—madura noche de piedra—
igual que una cicatriz
en el rostro de la tierra.
Güimar, cordial y aguerrida,
laborando sus cosechas
de relámpagos de hombres
hechos de una sola pieza.
Güimar, rumiando silencios,
guardándole al sur las puertas,
jugando a pares o nones
lavas, colores y almendras.
Un veintinueve de junio
perdí las propias y ajenas,
las dulces y las amargas.
No siento lo que valieran,
sino que tenían duende
de ojos de mujer morena
y yo quería ponerles
pestañas, luces y flechas.
Güimar, de cara redonda
igual que una luna nueva,
encendiendo lumbres verdes
en rocas amarillentas,
entre las olas y el monte
lanza al aire su moneda
dándole rumbo a sus sueños
y hogar a sus sementeras.

ARAFO

a Arístides Ferrer

Si oís el agua en las calles
es que ya estáis en Arafo.
Un agua madrugadora,
con urgencia de recado.
No se detiene con nadie
—romera de pie descalzo—

cuando baja de los montes,
alegre y sola, cantando.
De tanto y tanto quererla,
al maizal enamorado
la piña del corazón
se le ha abierto en el costado.
Viéndola pasar, desnuda
gacela de los picachos,
la vid, de lejos, le ofrece
los zarcillos de sus pámpanos
y a la popular patata
se le pone el pecho blanco.
Su libertad de la cumbre
es la cosecha del llano.
Por eso, ante ello, el hombre
que cruza sediento el campo,
echa la rodilla a tierra,
en silencio prosternado,
que al agua, como a una madre,
se la toma con los labios.
Los hilos del agua bordan
vegetales cañamazos,
sin dedal y sin agujas,
día y noche trabajando.
¡El agua! Esa costurera
proletaria y sin descanso.
No tiene sombra ni muerte:
su transparente regazo
es sólo tiempo que fluye,
pero tiempo humanizado.
Y, aún corriendo, fugitiva
hace suyas nuestras manos
y vestida de hojas verdes
sube a las ramas del árbol
para poner la esperanza
de bandera en lo más alto.
Es también sueño de paz,
no paz de espejo y remanso,
no una paz de compromiso,
sino paz que va buscando
manos y frentes cordiales
que no la hagan pedazos.
Trino de pájaro y cumbre,
entre las piedras y el barro,
el agua canta y sonríe
al borde mismo del llanto.
Y de estas aguas que cantan
mana el corazón de Arafo.

CANDELARIA

Tengo pintadas de un verde
gemelo de las tuneras
la finca de mis amores
mis barcas candelarieras.
Con ellas salgo a pescar
cuando asoman las estrellas;
cho Juan gobierna la mía,
yo llevo la de mi suegra.
Pero esta noche la mar
tiene muy mala madera;
se ha puesto toro y no hay muro
de lluvia que la detenga,
tajamar que la domine
ni timones que la entiendan.
Esta noche no podrán
ir a ganarme las perras.
Son de talantes esquivos
varadas en la ribera
e íntimamente cordiales
si las espumas las besan.
Y qué gusto da mirarlas
por esas mares afuera
como dos buenas muchachas
columpiando las caderas.
Pero este dichoso sur
se está comiendo una breva
aunque las sardinas campen
como si nada ocurriera.
Y no veré sus *gorgoras*
ni empuñaré la *jareta*.
Las sardinas son muy suyas
y van formando una pella,
sólo si huelen toninas
se desparraman y riegan.
Desde que tengo razón
son las sardinas mis perlas,
mis relámpagos del gozo,
mis hierbas de curandera,
mis higos chumbos del mar,
mis cheques de Venezuela.
En torno de sus puñales
mi noche está dando vueltas.
Las quiero como a mí mismo,
son los frutos de mi hacienda.
Por los planchados azules
quedan a la descubierta
los almidonados fuegos

que burilan las candelas.
Y viéndolas se me van
las angustias que me arenan,
ardiendo en sus *argentíes*
la obra muerta de mis penas
Esta noche no será:
ni agenciaré mi molienda,
ni podré pegar un ojo,
ni dar fondo a la tristeza,
que yo me la paso en blanco
cuando se pone tan negra.
Si siguen así las cosas
la virgen me favorezca,
que si todo viene a pelo
soplando el viento a derechas,
me basto solo y me sobro
con mis brazos y mis piernas.

SANTA CRUZ

a Domingo Molina Albertos

Ay Santa Cruz de mi vida,
qué bien enciendes el alma;
ver tus luces es sentir
que estamos ya en nuestra casa.
Los caminos bregadores
que andan la isla y desandan
al vislumbrarte aligeran
sus borriquillos de carga.
No importa que lleguen tarde
a descalzar sus andanzas,
como madre los esperas
toda tu rostro ventana.
Dame la mano, que logre
izarme a tus atalayas,
esa mano chicharrera,
cordial y republicana
Para labrar tu albedrío
la tierra no te fue llana,
solamente dispusiste
de la mar y la montaña.
Montañas de firme angustia,
montañas con la esperanza
de redimirse y correr
hacia donde nace el alba,
llevando a enterrar las penas
en tus valles sepultadas.

Pero la mar sí te dio
horizonte de manzana,
ligereza de balandro
y corazón de muchacha.
La mar, sin llaves ni rejas,
la mar, soledad que canta,
acunando libertades
en medio de las borrascas.
De las olas aprendiste
a vivir su democracia:
todas distintas y todas
rumor de pueblo que clama.
Si la tierra dijo no
dejándote sólo Anaga,
en los brazos que te reman
llevas tu estirpe tatuada.
Una estirpe marinera,
de singladuras sin tacha,
que está escrita en los anales
de las piedras que te lanzan.
Los discos rojos y verdes
de tus calles y tus plazas
fueron antes aguas vivas
balizando las distancias.
Capital de transparencias,
urbe en las proas del agua,
para los mares de leva
qué luchadora es tu barca.
Hoy creces como la espuma,
esa amiga de la infancia
con quien jugaba tu arena
al matarile en la playa.
Ella está siempre contigo,
te sube casi en volandas
al caballete en que posan
las paredes de las casas
para escalar las alturas
y guardarte las espaldas.
Bolsillo de lejanías,
los rumbos buscan en ti
el punto final del ancla.
Llorar casi nunca lloras,
pero si brotan tus lágrimas
son de injusticias que trinan,
no de mujer despechada.
No temas, tu intimidad
de todo riesgo te salva,
que aun a las noches de lobo
con tu nobleza desarmas.

Ciudad de pájaro en vuelo,
domingo de la mirada,
arrodíllese mi voz
y cúmplete en mis palabras:
algún día tus mercados
tendrán de la mar naranjas.
Oh luces de bienvenida,
nido en las proas del agua,
a mi descanso le espera
tu sonrisa de almohada.

ENTRE CUATRO PAREDES
(1949 - 1963)
[1968]

DEDICATORIA:

Aun cuando es mi compañera, Matilde Torres Marchal, quien ha dado vida a este libro, a todos los que han podido encender lumbre y ternura entre cuatro paredes, va dedicado.

El poema inicial que origina este libro data de 1949, poco tiempo después de haber tomado compañera. Surgió un día, de súbito, sin preconcebirlo ni esperarlo. Permaneció mucho tiempo solitario, aislado del resto de mi producción y aparentemente alejado de los estímulos líricos que por entonces me frecuentaban. Posteriormente, al incidir en una atenta lectura de dicho poema —*Compañera te doy*— me fue revelando el orbe poético del cual era mensajero, emitiendo una atmósfera en la que, poco a poco, veía como se iba iluminando el tema del hogar. Y justamente en ese instante se convirtió tal poema en la primera piedra de este libro. El hogar se integra, en mi caso, primero y esencialmente, por la compañera, ampliándose a continuación su ámbito subjetivo, en muy discontinuas ráfagas, hasta irradiarse, no sólo a todo lo que en él nos convive, sino a las generaciones de los padres y los hijos, entre las que somos eslabón de contacto, y cuyas manos hemos sentido entre las nuestras.

Por otra parte, el hogar está inmerso en un tiempo dado y participa de los embates del contorno social que lo rodea, penetra y circunstancia tanto como de las peripecias del lugar en que se afinca. Y así, en el poema *Elegía de un banco,* recojo la desaparición de la plaza de San Telmo, inmolada en aras del rejuvenecimiento de la ciudad.

Y por último, el hogar se completa con los amigos ausentes, aquellos que un día se nos fueron por los caminos del mundo llevándose los rescoldos de nuestra convivencia.

Queda sin decir que la evolución de mi palabra ha ido aconteciendo como la sucesión de una existencia poética entregada a la libertad.

P. G. C.

I

ESTE HOGAR EN QUE VIVO

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA CANARIAS
BIBLIOTECA GENERAL

COMPAÑERA TE DOY

A Sebastián Mora Mora y Julia

El aire del hogar
no es aire a la intemperie;
está domesticado, tiene anillo
y se frota el hocico en el espejo
donde te anudas la corbata.
El aire del hogar, su blanco aliento,
es una primavera de color,
el perrillo faldero de tu compañera.
Piénsalo ahora en su trajín. La sigue
hasta las puntas de los dedos,
donde los frutos de los movimientos
maduran lo que tocan:
ya sea el libro en que acuestan a dormir las ideas,
ya el juguete que ríe en los zapatos de los niños,
ya el jazmín que florece la mata de savia de su cabellera,
ya el hornillo en que canta el agua hirviendo.
¡El aire del hogar! Míralo, óyelo.
cómo sigue, por veredas de sangre,
el decir de sus manos,
viviéndole por dentro crisálidas de tactos,
madrigueras de coyunturas,
mariposas de ademanes,
madreselvas de ternura,
cuando trafica cacerolas y porcelanas,
o le pega un botón a la camisa,
o le da de beber a los pollitos.
¡El aire del hogar!
Allí te espera y sale a recibirte,
meneando la cola como un perro,
la sonrisa del pan sobre la mesa.

A LA DERECHA, ENTRANDO

De un salto, sobre el mar,
el camino ha llegado a nuestra casa
ronroneando como un gato.
Un poco tarde se le ha hecho:
manotazos de avispas e instantes como años
lo llevaron de un lado para otro,
de rejas a desiertos, con temores y muertes.
Pero al fin ya tenemos los dos la misma llave
para abrir y cerrar la misma puerta,
sin que el ojo de la cerradura se sorprenda
de verme llegar solo.
Antes de venir tú, el tiempo pasaba
oyéndome llover. Apenas si podía
llevarme agua a los labios
de tan fría y tan sola.
Las cosas de la casa
monologaban un silencio de piezas de ajedrez.
Cada una un lingote de soledad.
A veces me tendían las manos el color,
un poco naufragadas,
con una doncellez de solteronas.
Ahora ya es distinto.
Hasta las más vulgares,
las que todos los días trajinamos,
cobran un aire nuevo,
nacidas a otra vida,
millonarias de una quiniela de ternura.
Todas han comenzado a compartirte
y calar la expresión de tus maneras.
Ya el reloj no se para por tener a quien decir la hora.
Ya el libro es realmente un compañero,
no el mago ilusionista que ocultara
mi libertad interior, que me impidiera
el respirar por mi horizonte herido.
Pero ya estás aquí. Desde hoy la escalera
subirá los peldaños contigo.
Y el timbre de la puerta
hará vibrar las ramas del silencio
desde el trino del pájaro
que despierta la yema de tus dedos.

CASA DE ALQUILER

En esta casa en la que ahora habito
vivieron antes otras gentes;
pero tan pocas huellas han dejado,
que en lugar de marcharse por la puerta,
debieron de salir por los espejos.
Sus nombres aún figuran en recibos,
nombres como vestigios prehistóricos,
perdidos rostro y voz, sombra y ternura,
en los neutros estratos del olvido.
Las letras de esos nombres
están vueltas de espalda
y no las deletrea ni el recuerdo
de un clavo en la pared ni una mota
de angustia en los rincones
en donde los silencios se desangran.
Recibos que debieron de pagarlos
lo mismo que nosotros
para tener derecho a lavarse la cara
y no morir de sed
o para que en la noche se encendiesen,
con la fiebre del niño, las bombillas,
acaso en los arenales del suelo
si eran pocas las camas y mucha la familia.
Agua y luz no debieron malpagarse y medirse,
sino ser gratuitas como el sol y las fuentes,
esas dos libertades a las que el hombre ha puesto
la camisa de fuerza del esclavo
y que vienen llorando de razones los ojos
y los labios sedientos.
Mis ojos, nacidos para la luz,
puestos en órbita de estrellas,
visionarios del rostro del amor y las cumbres,
ahora amordazados por la sombra,
y mis labios, nacidos para el beso y la palabra,
para darle ternura
a nuestro instrumental de soledades.
Sí, en esos recibos de la luz y del agua
ha rubricado el hombre sus demonios,
los demonios que cobran el que vea a mi esposa
respirar el silencio blanco de la almohada,
batir el mar del sueño tras la frente,
contemplarla dormida,
en su total entrega,
hecha toda colina y horizonte,
en la alberca indefensa del reposo.
Y he de pagar por eso, por decirle a mis libros

que los quiero tener entre las manos,
leyéndoles las venas oscuras,
siguiéndoles el rastro a las ideas,
taladrándoles las sienes.
He de pagar para sentirme vivo,
para ser menos noche,
antes de que oscurezca totalmente
y me vaya también por los espejos
a desnacerme en nadie.

ANIVERSARIO

El día tiene nombre
porque tú lo has estado haciendo
con ramos de lluvias y claveles,
porque tú lo has barrido
con tus manos morenas;
porque has hecho el café y puesto los visillos
igual que si estuvieras
estrenando zapatos o probándote un traje.
Tu no tenías fin. Por tu mirada
desfilaban en orden los rincones
y tu descanso hallábase y crecía
limpiando porcelanas y cristales
para que los amigos nos fueran transparentes,
más íntimos los vasos y más recuerdo el vino.
Tú lo llenabas todo,
el tiempo era tu esclavo.
Te venían las horas como anillos al dedo,
todas ellas ponían el hombro en tu ternura,
todas se te vencían y te dejaba sitio
para no entorpecer tus idas y venidas.
La misma cocinilla de gas
no se apagó una vez,
contenta de ser tuya y de servirte,
de que el fuego tuviese
el eco lineal de tus caderas.
Tu alegría llegaba de muy lejos,
de olvidados suburbios de cenizas
y ciudades sin besos en la frente.
En ella te cantaban, sin embargo,
dedales y tijeras,
niños y noches,
amistad de cucharas y manteles.
Y mientras que la casa se ilumina
el quehacer del día que se cumple
siéntase a reposar en tu regazo.

MEDIA NARANJA

Echa mi sueño al lado y tómame en la hoguera
de mi clamor de hombre, compartiendo
el ámbito en que soy el mismo que me llamo.
Tómame aquí, en esta pleamar que me desborda
arenas y esperanzas,
en que me dejo ir por mi ternura
de tomillo en la noche,
viviendo tú por mí las mezquindades,
mi pararrayos de los contratiempos.
Ya mis ojos conocen tu despertar,
ya tus cabellos tienen sombra de árbol,
ya tus labios sonríen mi silencio.
Nos dimos en la gota que brillaba
alianza de agua y soledad de río,
más allá de la mar y de las gentes.
Y ahora estoy contigo, conmigo, con tu rostro
que no sabe volverse atrás,
sintonizando lumbres coloquiales.
Si de algo estoy contento
es de haberte encontrado,
isla, mujer, costilla, espejo, mano
que tantea en mis sienes, con libertad de amiga,
la raíz en que sigo granándome,
la espiga que no cesa de ganar las fronteras
en las que pueda asirme a la voz de otros míos.
Con mi mano en la tuya
nunca será el invierno
y en tu media naranja redondeo mi mundo
aunque sigan rodando los trenes y los días
por calles encendidas con pájaros heridos
y campos que protestan su sed arrodillada.

NUEVO HOGAR DE UNA CONCHA

A doña Emilia Suárez de Reimers

Ahora tú reflejas un mar de paz.
No, tú no lo sabías
que el agua tiene un rostro dulce,
casi de esposa que mira el primer hijo.
Ni sabías tampoco que la sal
no es la ropa interior de la ola,
sino la abeja de amistad de la cocina,
unos granos que alegran el corazón de la patata,
el puré de legumbres
o simplemente sonríen como sienes de lluvia.

No, no lo sabías. Lo has aprendido
aquí, bajo este techo,
que oye tus ronroneos de brillos,
que pone en hora tu silencio de nácar
y besa el pabellón de tus esmaltes
Ayer vivías con los dientes apretados,
en una roca frente al mar batiente,
anudándote de soledad,
llave echada a tu adentro,
sin importarte el mal vestido musgo.
Ahora te levantas con el día,
y vienes a la mesa,
y das color a los ojos del pan
o te quedas mirando unas manos
que piensan un quehacer de mariposas
mientras se confidencian los rincones.
Así es tu paz de hoy:
el cariño de un dedal en un dedo,
el vaso derramado en un mantel.
O acaso sea tu paz esa lágrima
que nació como la hoja en un árbol,
dándonos lumbre, sal, adiós y mano
desde el dintel de una sonrisa.

ADORACIÓN A HUGO, REY

A Hugo Westerdahl, nacido bajo el signo de Venus

De ahí, de esa penumbra de silencio y de río,
que se llama Hugo, horóscopo de Venus o «mon petit oiseau»,
emerge un llanto que propaga sus rosadas vertientes
con la velocidad de la luz en ciernes,
un llanto bomerang,
salto y vuelo a la vez de corzo y piedra,
un llanto con ojivas, picachos, tornasoles
de árbol bajo el viento de la cumbre,
llanto con rostro,
emisor de raíces sumergidas,
que enmudece de pronto y retrocede
como si se hubiera asomado al precipicio
de un silencio de porcelana.
Hugo, yo sé que ahora,
por la lente de microscopio de ese silencio,
oyes crecer la hierba,
incubarse en el jugo de las frutas
el treno de la mar y el trino de la tierra
en una encrucijada de algas y jilgueros,
captar el radiograma azul del horizonte,

flotar un *iceberg* por las aguas del Sena,
traducir el amor de dos voces cercanas,
y como tu nacimiento se ha cumplido
en el año en que Sputniks cazadores
persiguieron la liebre del espacio,
habrás también oído la soledad de un perro
sin libertad siquiera par dejar impresa
una órbita viva de ladridos
en las aladas rampas del asombro.
Pero ya está el sendero. Y cuando seas grande,
cuando llanto y silencio hayan fraguado
el sueño del amor, la alegría del verbo,
y desnudes la esfinge de tu horóscopo,
acuérdate de mí, llévame a Venus
en tu primer abrazo.

ANI

Ani se llama mi sobrina.
Nació allá por noviembre,
a la orilla de un río
con un puente romano y unas aceñas árabes.
Álamos tembladores le dieron sombra verde
a sus primeros años andaluces.
Cantaba bulerías y bailaba fandangos
que aquí, junto a la mar,
se fueron marchitando y se perdieron.
Y un acento canario, con el sol y la lluvia,
—un lenguaje en su jaula de horizonte hogareño—
se le ha ido posando poco a poco en las sienes,
sonriendo en el trino de una rama,
lloviznando en la luz de su voz. Todo sencillo
como el aire, la rosa, la pena, los zapatos.
Una joven es siempre distante en su interior.
La tomamos en bruto tal como la queremos,
tocamos su corteza,
vemos nacer el trono a su sonrisa.
Sentimos que su llanto lo tejerán arañas.
Pero algo nos escapa: es ese instante
en que la roca oculta salta como un resorte
y pide la palabra,
esa roca que de pronto toma sitio en la mesa
y que es la misma que siempre estuvo a nuestro lado,
sólo que la costumbre llamaba de otro modo,
con un nombre distinto,
escrito en clave cariñosa
de protector descando
y mundo a la medida.

Va a llegar el momento en que andes por tu cuenta.
Que el frío no te hiele demasiado los hombros
cuando al hogar de ahora le des la despedida.

ELEGÍA DE UN BANCO

A Arnulfo Córdoba y María Luisa,
en un banquito de la Plaza de San Telmo

¿Y puede ser este solar mendigo,
lleno de calles harapientas,
la plaza en la que estuvo
el banco aquel, en que al hogar de ahora
el amor puso la primera piedra?
El banco ya no existe.
Nadie más que nosotros todavía
verlo podrá, ociosamente echado
a la sombra o al sol, junto a unas casas
que en familia vivían sus colores.
Parecía de todos aquel banco,
que no tuviese soledad ni mundos
de silencio interior; pero a nosotros
siempre nos protegía, recordando
que fue árbol con nidos y que tuvo
también su juventud de ramas verdes.
Y de aquel banco público,
huésped de una placita que el mar rumoreaba,
íntimo como un surco,
feliz como una ceja,
levantábase el bosque
de nuestras confidencias,
un enjambre
de economías y proyectos,
tu ajuar de novia, pájaros en la voz,
el hormiguero de los días
con su brizna de miel entre las alas
y con su luz amarga en ocasiones.
El banco aquel, una ilusión flotante,
dejaba de ser nube,
tocaba tierra firme
al ponernos de pie para marcharnos,
color la tarde de tus ojos.
Ya el banco no está allí.
La plaza misma
está cayendo a golpes de piqueta,
la abatirá la lanza de una calle
y no tendrá una cruz que la recuerde.
pero él sigue anidándonos y acoge

nuestros brazos de hoy en su espejo de antes,
proyectada su sombra en nuestros hijos.
Fieles a su amistad, no lo olvidamos
nosotros y la mar, cuyos rumores
ni podrán arrancarlos de la sangre
ni serán derribados por barrenos.
¡Pobre banquito nuestro!
Ojalá que te hubieran enterrado
en la canción de cuna de las aguas,
tendido entre las olas
desplegadas las velas del recuerdo.
Y así a ti mismo fiel continuarías
peregrinando nubes y horizontes
en tu vaivén de tabla enamorada.

LA ESCOBA

A mi primo Rogelio Trujillo Cabrera e Isabelita

Ella comienza el día
saludando uno a uno los mosaicos,
estimulándolos en su vocación de espejos.
¡Qué alegría disipar tanta noche,
borrar tantas ojeras,
hacer salir volando las penumbras!
Qué oficio el suyo, el de poner en marcha
la actividad en cadena de las cosas que amamos
y casi han conseguido convertirse en nosotros,
darnos fisonomía, nombre incluso,
el nombre trabajado de nuestras preferencias,
ganado a pulso de años,
construyéndose un rostro de sorpresas
con el fluir de cada instante,
el nombre que elegimos a través de ese cosmos
de hábitos y enseres familiares,
más real que aquel otro que nos dieron los padres.
¡Y cómo un quehacer tan por los suelos
puede engendrar aurora más difícil!
Ella preludia el orquestado enjambre
de los grifos, la música del agua,
los buenos días de aceitados goznes,
cimbreando su estirpe de amazona
por pasillos, por patios, por aceras,
tan feliz como un arpa
tañéndose en el brío de unos brazos.
Si su afán de pureza nos limpiara
hielos apuñalados, torvos gritos
y nubes de ceniza.

Si al menos nos quitara la tierra de los ojos
para mirar la luz encadenada
que golpea los muros y la frente.
La escoba también siente desventuras
barriendo a veces lágrimas
y los cristales rotos de los sueños.
Y hasta auténticos trozos de sí misma,
los inútiles pies de su esperanza,
muerta ya la ilusión de andar a solas.
Pero sin su trajín de cenicienta
nunca podría madrugar la casa,
ni dar la bienvenida a los amigos,
ni servir de caballo a los pequeños.
Y es que en la escoba hay mucha
humanidad de abuela.

VOCES DE SERVIDUMBRE

A doña Mercedes Sánchez Pinto, viuda de Fumagallo

Estas mismas palabras con que ahora,
aquí dentro,
en la confianza del hogar, decimos:
tengo sed,
la paz ha de tener vida como un caballo
sin libertad no puede tratar de tú a mi sombra,
todos estos ademanes profundos,
se están mixtificando desde afuera,
desde los trajes impecables
de las frases condecoradas,
que prefabrican huracanes
sobre interiores campos desolados.
Aquí dentro, en la casa, las palabras se muestran
con esa claridad del fuego en las cocinas,
con el sabor directo de la sal y del vino,
conservan todavía
virginidad de pájaros cantando,
tienen la juventud de ser doncellas.
Pero fuera de aquí, en la calle, en los salones
que prolongan sus largas galerías de espejos,
todo lo adueña un antifaz que obstruye
el que nos encontremos y abracemos
en el redondo corazón del día.
Aquí dentro, en la casa, edificamos
la ternura y los hijos
y las palabras nos aprietan
de amor labios y manos.
A veces nos hundimos tan al fondo de ellas

que casi no podemos regresar a nosotros,
hacer pie en nuestra orilla,
tan perfil de esperanza nuestra efigie
colmada de sus luces.
Pero brazos oscuros penetran nuestro sueño,
quieren anochecerlas con visillos de duda,
les saquean la intimidad,
las toman en rehenes para juzgarlas a capricho,
dejan la dinamita del miedo en sus umbrales,
y ya, por las palabras,
cuando creemos besar los labios que nos aman,
se nos pone un fusil entre las manos
para que asesinemos a mansalva
el viento de las cumbres,
los terrenos resecos de una tierra de nadie
en la que nunca hallamos domicilio ni agua.
Ahora las palabras verdaderas
—dame un beso, hijo mío; madre, cógeme en brazos—
aquellas que de niño siguieron nuestros juegos,
alas de nuestra sangre,
son unas desterradas que no pueden
regresar a la patria en que nacieron.
Vedlas pasar con el costado herido,
mendigas de la pena y la nostalgia.

COMPAÑERO AUSENTE

Trémulo está el silencio
en esta noche de la casa sola.
Dan ganas de ponerle banderillas de fuego
como a los toros mansos.
No es paz su soledad, sino violencia
de rincones yacentes,
penumbras biseladas de distancia
y ventanales que nos desazonan.
Si entre el pairo interior de estas paredes
rompieran a cantar de pronto los jilgueros
del agua hirviendo en la cocina,
si pudiera darle la sal sabor a tanta ausencia,
si al menos
sonriese el comino su ternura.
La cocina es el sexo de la casa.
Tiene arrullo y presencia de paloma
temblor de «ábrete Sésamo»,
venas de perejil y hierbabuena.
Pero ahora, desde que tú has partido,
está a punto de nieve el desconsuelo
en el mosaico y la vajilla,

y ni salta el aceite en las sartenes
ni se desnuda el pecho la cebolla.
¿Cómo es posible
que todo se haya evaporado
tan sólo con tú irte
y quede solamente en torno mío
seca la luz en las bombillas,
secos los ruidos en los corredores,
seca la obra muerta
de esta quietud venida a destruirme?
Pero algo aún perdura y me defiende
del desierto de arena de la noche:
un poco del café que tú has dejado
le da un chorro de vida a la cocina.
Y mucho más también. Las cucharas
te recuerdan los labios.
Las cacerolas, tus caderas.
Graves, en orden, colgadas en su sitio,
con la sonrisa miro sus colores
de enquistadas simientes,
formas de la alegría de tus manos.

MIS SELLOS, LOS DESAPARECIDOS

A Antonio Dorta Martín y Mariana

Siempre fueron los sellos mis amigos.
Uno a uno había comenzado a reunirlos
cuando apenas llevaba de camino once años.
Algunos llegaban súbitamente mariposas
por las esquinas del azar.
Otros guardaban su ojo mágico
en el fondo de los baúles,
súbditos bien pegados al recuerdo
de familiares que emigraron.
Pero todos hablaban un idioma común:
el lenguaje del ala y del grano de trigo
que nos integra en una sola patria.
Parecían muy débiles, pero llegaban siempre,
sin conocer molicie ni descanso,
con sus tatuajes marineros,
después de haber traído tristeza o miel
desde frutales lejanías.
Algunas veces llegaban malheridos,
con los colores trepanados,
pero aun así tenían paso libre
por fronteras y aduanas,
eran invulnerables como el viento.

A través de sus idas y venidas,
de sus recados de palmeras,
de sus arquitecturas transeúntes,
se podía seguir el aleteo
del hombre en libertad, la trasparencia
de su mundo interior, vivaqueando
hogueras de esperanza.
Yo los amaba en su alegría
de perros fieles. Nunca traicionaban
su mensajera estirpe.
Como enjambres, llenaron la colmena
del álbum. Cada hoja, un panal.
En la pequeña librería,
junto con mis poetas preferidos,
en todo instante me aguardaban.
Y ahora, echad tierra a mi rostro,
poned un disco rojo
que me prohiba el paso:
no quiero ver el hueco
que dejaron mis libros y mis sellos,
mis once años desaparecidos,
mis arcoiris
inútilmente asesinados.

CASA DE TACORONTE

A Joaquín Romero Murube

Retratos familiares
cuelgan primeros planos en la sala
que ha presenciado tantas muertes
y ningún nacimiento.
Y en voz tan baja como un sueño,
casi apenas penumbra,
me están hablando ahora.
Retratos con los rostros que alentaron
mis abuelos paternos.
Ellos se hicieron Guadalquivir abajo,
a cuestas con el río de sus vidas,
dejando atrás Sevilla para siempre.
Ambos eran maestros y venían buscando
el mito que nos salva y nos condena:
la manzana de la salud
madurándose en medio de los mares,
brote del corazón de su esperanza.
Aquí aprendieron a leer los valles,
a escribir con su letra
abecés de montañas y horizontes.

Aquí pudieron estrechar la mano
de lo que había sido solamente
el rumor de un distante paraíso.
Y a trancas y barrancas
salieron adelante con sus penas
y quemaron sus naves.
Mi rostro deletreo en sus facciones.
Algo mío hay en ellos:
raíces de nostalgias insepultas,
voces que nunca dejan de estar solas,
sonrisas de naranjo y hierbabuena.
No debieron ser «godos»
quienes aquí calaron con su muerte
el fruto amargo del aislamiento;
quienes en mí engendraron
la libertad por patria
y el sueño de una isla por frontera.
No, no pudieron ser «godos»,
jamás pudieron serlo,
quienes testamentaron en mi sangre
un cielo azul que brama como un toro
sobre esta soledad de estar muriendo
en la sed y en el pan de cada día.
Ni serán nunca sombras sino piedras sillares
estos viejos retratos
que dan silencio firme a las paredes.
Solamente por ellos,
casa de Tacoronte,
más que de mar donde los ríos mueren
tienes de lluvia en que la hierba nace.

PESADILLA

A mis hermanos Anatael, Yara, Diego y Carmelo

Esta casa la habían construído poco a poco mis padres
casi engendrado como un hijo.
Más que de cal, de piedra y de madera,
era de carne y hueso igual que los hermanos.
Nosotros no teníamos más que el día y la noche,
pero eran noche y día químicamente puros,
hechos para el estudio y la ternura.
Algunas tardes íbamos a mirarla crecer.
Mi padre era maestro y le estaba enseñando
a leer en voz alta
aires de libertad como a nosotros
La escalera tenía la viveza
de una vena en el cuello de un caballo,

blancura de conciencia las paredes,
rectitud de conducta los cimientos.
Un día quedó lista:
le pusieron un número
y ya el cartero pudo traer a nuestras manos
todas las amistades de la sangre y los sueños,
poniéndonos el mundo a nuestro alcance.
Desde el zaguán nos protegía,
hiciera lluvia, frío, miedo, calor o estrellas,
y la noria de los peldaños
nos subía
a los albergues de los cuartos,
tibios como el silencio del vientre de una madre.
Era nuestra y bien nuestra,
no por estar sentada en un registro,
sino porque todos habíamos ayudado a levantarla
quitándonos el pan de nuestra boca.
En las cuatro paredes aprendí de esta casa
a viajar sin fronteras por el mar de los hombres,
a respetar los hombros de la noche estrellada
y a no volver la espalda a las tormentas.
Muchas epifanías amanecieron los reyes sus balcones,
en los trances difíciles
la amargura calzó nuestros zapatos,
alguna que otra vez nos pusimos enfermos.
En ella no temíamos a nada.
Mi madre nos miraba desde el fondo del alma
y su sonrisa, al vernos,
tenía justamente el tamaño de un hijo.
Una noche la puerta fue golpeada,
pasos distintos a los nuestros
atropellaron su descanso
y rostros armados de centellas
violaron el pudor de sus entrañas.
No quedó libro sin abrir,
objeto por registrar
ni papel en su sitio.
Todo, patas arriba,
blancas de miedo las paredes,
horrorizado el silencio en los espejos.
Esa noche la casa
se quedó a la intemperie,
como si un vendaval hubiera roto las ventanas
y levantado el techo.
Tanto perdió de intimidad, los manteles,
en lugar de la mesa,
era como si se tendiesen en la acera.
Y nunca más su corazón de fruta
volvió a ser el de antes.

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA · CANARIAS · BIBLIOTECA GENERAL

Se había profanado su soledad nativa,
su interior apacible,
los anillos paternos que nos justificaban,
el arca de la alianza del hogar.
Cuando al día siguiente mi madre hizo la casa
sus brazos no podían barrer tanta tristeza.

II

TIEMPO DE VACACIONES

A ORILLAS DEL MAR

Con la marea baja,
sentado en la rompiente,
escribo este poema.

Ni la mar ni mi esposa
han nacido para las convenciones,
no heredaron tamaña servidumbre.
Las dos son una misma llegando y sonriendo,
tienen un viejo aire de familia,
esa fisonomía de rumores
del que se acuna un alma de vaivenes.
No son esa llanura
que se puede cruzar a cualquier hora,
que admite sin protesta
el yugo arado.
Las dos son un camino desde la soledad.
Lo he aprendido esta tarde,
cuando aquella bañista
cortaba con brazadas de combate
el mirafondos de la luna llena.
Escarbaba las olas,
se batía con ansia,
destruía las curvas de la mar.
Mi compañera, no. Le daba al agua
su presencia interior,
la desnuda templanza del que arena se sabe,
del que ha peregrinado formas, cumbres y espigas
desde el inmenso mundo de una lágrima.
¿Pero a qué habrá venido
esta hormiga a la playa,
ahora que sube la marea

y no podrá ganar la seca orilla
antes de que la envuelvan las espumas?
¿Habrá intuído que fue un rumor también,
una larvada brizna de silencio,
y que cansada de bregar a ciegas
vuelve a buscar, al cabo de los siglos,
la sumergida oscuridad materna,
ese cerrado vientre que nos tiende sus olas
hacia el día que sueña nuestra noche?

A LA VERA DEL BOSQUE

(Bajo los árboles,
en el monte de Las Mercedes)

A María Peraza de Ayala y Ascanio,
en el solariego afecto de sus padres

Me hallaba en la colina,
bajo los brezos y las hayas,
oyendo la resaca del viento.
Tan aprisa cruzaba,
tan a las suyas iba,
que no podía recoger la ternura del tomillo silvestre
ni tolerar que la insignia de un ave
distrajese la soledad del cielo.
Pasaba a toda voz, espoleando su carrera.
Yo quería escribir algunas notas,
pero se me tensaban los instantes
y la furia del ramaje
me sumía en un árbol más,
en un insecto al que sobraban todas las palabras,
en un hombre al que estorbaban
todos los pensamientos.
Estar así, en tierra,
oyendo los arranques del aire,
es olvidar la sed de los caminos
que nos conducen a ninguna parte.
Se siente uno entonces con ganas de árbol
y le sorprende que una hormiga
pueda seguir bullendo entre rastrojos
sin esconderse en su agujero ni ocultarse
del mundo silbador.
Aquí no son posibles las palabras;
si alguien desea hablar ha de cubrirse
con el traje de musgo de los troncos,

agacharse, ponerse a ras de hierba,
al nivel de la hormiga. Más alto, las palabras
se convierten en hojas, en vuelo nada más,
rompiéndose sus pompas de jabón
antes de que puedan expresar lo que quieren.
Cerca estaba mi compañera,
otros excursionistas,
relojes y collares
tintineando dejos de ironía.
El viento seguía pasando
con su vuelo invertido de avión,
nos arrancaba el pañuelo
y sacaba los ojos a puñetazos,
nos obligaba a mantenernos en nuestras raíces,
en un fluido ámbito de nadie.
Unas rachas venían más crecidas,
más de la inmensidad.
Otras se habían marchitado
sin reventar en iras.
Solamente los troncos
tenían serenidad y fortaleza
para los vendavales.
No vibraban, se hundían bajo tierra,
muy abajo, casi con alma de roca sumergida,
verde la hombría de su sombra.
Igual que bajo el viento en la montaña
así vamos ahora, en lucha guerrillera,
caminando por ráfagas,
gritando a bocajarro,
como si ya hubiéramos extraviado el saludo
y sólo nos quedara
el enseñar los puños y los dientes.
Y me dolía mucho de que el viento,
para seguir en libertad,
hubiera abandonado su inocencia
de dialogar con trigos y amapolas.

III

EL HOGAR EN VOLANDAS

MENSAJE AL ESPAÑOL PEREGRINO

Me he acordado de ti muchas veces,
en invierno, en verano,
en la hora nocturna y en el sol de justicia.
En invierno,
cuando la lluvia injerta en la frente los cielos,
tú has estado conmigo,
salpicado también por tus gotas,
no a través del cristal del pensamiento,
sino en mi paso apresurado,
en el gozo de mojarte
dentro de un aguacero
que escribe con su letra nuestro nombre.
En verano,
cuando tu piel se vierte con la mía en el mar
—al que estamos unidos en familias de olas,
en rumores de selva y arrebatos de ira—
tú has pisado conmigo la arena de las playas
donde soñamos unos horizontes,
uña y carne de ríos y montañas,
sin manos que cerrasen las puertas
ni llaves que dejasen nuestra amistad en la calle.
Te he dejado mi cuerpo muchas veces
para que lo llevaras
hasta el tronco del árbol donde tus iniciales han crecido
y le cortaste una hojita
que llevarte a los labios.
Te he dejado mi cuerpo para que lo tendieses
bajo este cielo nuestro,
sobre la dulce hierba nueva,
que canta con sus verdes lenguas de fe
la esperanza de la tierra en el hombre.

Te he dejado mi cuerpo para que germinaras
en este aire que lleva nuestra vida en los dientes.
Y ahora, que ya has visto con mis ojos, te entrego
el amigo y la lumbre, la casa y el descanso,
tal como lo vivimos en esta primavera.

CARTA A JOSE DOMINGO

Palomas, sí, palomas en el aire
cuando en ti pienso, cuando a mí te atraigo,
por este cielo que miramos juntos,
por esta soledad que nos comparte.
¿Qué otra cosa podemos, codo amigo,
calados de silencio hasta los huesos,
que evocar desde un fondo de ternura
nuestra victoria de hombres derrotados?
Que lloren, sí, que lloren los que aún tienen
arpones de venganza tras las manos,
suyos serán el odio y las tinieblas
que les vede la flor y la mañana.
Para ir a ti le pido a la tristeza
ojos del buen mirar, ojos trigueños,
que puedan envolverte en un impacto
de tiempo sur por islas desveladas.
te siento, sí, te siento en compañero,
tan vivas las palabras como el rostro
de nuestras dos pequeñas en el parque
viendo nadar los cisnes un domingo.
Perdona este recuerdo que te llega
desde la mar de la verdad y las olas,
pero es que a veces el recuerdo habita
la memoria del suelo que pisamos.
Descansa, sí, descansa en las arenas
de riguroso luto de estas playas;
ellas no olvidarán nuestra presencia
de hogueras consumiéndose en la noche.
Mucho nos va muriendo cada instante,
pero otro mucho resucita y pide
libertad para amar nuestras heridas
que de júbilo duelen y de amargura cantan.
Amigos, sí, amigos desde siempre,
de antes de conocernos, cuando fuimos
ritmos de la oscuridad bajo los mares
o de la ahora oscuridad consciente.
Discúlpame, hombro amigo, no era esto
lo que había pensado al escribirte
sino de tus palomas familiares
por estos cielos que miramos juntos.

HA LLEGADO TU CARTA

Si amigo mío, me basta con tu letra
para saberte entero.
Veo en ella tu rostro, tus ojos más azules,
tu silencio
más fuerte que la pared de mi retiro.
Leyendo en el trigal de tu sonrisa
la distancia es breve valle de nudos,
casi dos manos que se aprietan.
Te veo sin ayer, casi de ahora,
injertado en tu paso,
cruzando el bambú de la sombra por las calles
hasta hacer por su asfalto y por mis sienes
latir tus pensamientos.
el libro que leíamos y el humo del cigarro.
Tu letra, con rasgos de cordero que pacen en la niebla,
tiene rumor de olvido,
de pájaro en la noche,
de caballo en la luna,
de todo lo que aroma, soledad y desposorio
de una alianza en un dedo.
Tu letra, esa flor de la rama de tus brazos,
donde te vas dejando el camino,
donde te guardas y te encuentras,
donde resonará el caracol de tu frente
aún después de que el puño de la tierra
desvanezca tu boca.
Tu letra, más dura que la piedra y la muerte,
palmera o surtidor que da fe de tu vida,
sosteniéndote más allá de tus trajes,
más cerca de las raíces de ti mismo
y el corazón de las tormentas.
Sí, me basta con tu letra para tenerte entero,
desde abeja y corbata hasta ternura y llanto,
desde el barco que hacíamos con pencas de tunera
hasta el irte sin nadie presentirlo,
ni esperarlo,
ni siquiera pensar que era posible.
Con tu palabra escrita puedo tenerte todo,
escribas madre o isla, digas nostalgia o nube,
tengas o no palomas arrullando tus sienes.
La letra, esa semilla de enternidad del hombre.
Que ella te viva siempre sobre el tiempo y la mar.

ME VISITA TU AUSENCIA

A Juan Rodríguez Doreste

Un día llegarás, en el costado de la brisa,
con un vallle de palmeras descansando en la frente.
Será la hora en punto de responder a los colores,
la hora en que el rocío
se posa en la hoja de la sangre
con un temblor de pájaro,
la hora en que la mesa recibe la ternura del mantel.
No será necesario que llames a la puerta:
tu nombre sonará como una herida en el rostro,
como los nudillos del silencio en los espejos.
Tus miradas traerán de la mano el horizonte,
la yugular de la alegría
y los sueños de un tren en marcha
hacia las amapolas de los campos de trigo.
Te sentarás aquí, en la butaca
donde el río dejó de ser corriente
para cazar un pato en los cañaverales de la orilla.
Cerraré las persianas para que no te llene
el sol de vidrios el semblante
y pueda ser verdad tu retorno,
y no te caigas hacia a dentro, a pies de aguas oscuras,
palpándole los músculos de distancia a los años.
No sé lo que dirás,
Pero nos miraremos con cristal de aumento,
con ojos de zaguanes,
párpados de arco iris
y pestañas de lluvia.
Nos miraremos desde el lomo de un perro
desde el azul de un telegrama,
desde los náufragos del mar,
desde un niño que corre en bicicleta.
Nos miraremos desde los dedos y la sonrisa,
desde el indicador de las balanzas,
desde el césped y el pan,
desde la pedrada que nos dimos un día.
No nos diremos
pero nos rumiaremos los ojos
como los bueyes del silencio y la hierba.
Y todo el aire en torno
tendra una presión y forma
de una mano en la espalda.

TESTIMONIO

A María Rosa Alonso

Si, aunque desaparezca,
quédeme esta palabra como un pájaro vivo,
volando siempre sobre los verdes de los campos,
haciendo nido en los cabellos de un corazón enamorado,
en el árbol más fresco del estío.
Sí, palabra mía, cangilón de mi voz,
florécete en el aire,
no te rindas las alas.
Con pasión y verdad has traspasado el día,
con sed madrugadora has movido la noche.
Contigo han sonreído los peces en mis ojos
y se me han desbocado rebeldías.
Contigo he sostenido la libertad en los brazos
y el amor en las yemas de la sangre.
Hija no eres mía; yo soy el que procede de tu trino.
Solamente por ti me he dado a todos.
Y cuando ya no pueda volver a acariciarte,
a gozar de tu sexo de muchacha;
cuando pierda la llave
para entrar en la casa sellada de mi cuerpo
y me quede por fuera de mí mismo,
no temas tu orfandad, palabra mía,
que alguien su soledad compartirá contigo
y labios que sonrían lo que piensen
haran de tu silencio una estrella fugaz.

HORA PUNTA DEL HOMBRE
[1970]

LOS ROBOTS DAN LA CARA

NOCHE DE MUERTE

a Ventura Doreste

Dicen que son el cielo
y sólo vemos
nidos al revés.

Dicen que son la luz
y son ríos revueltos
donde la sombra habita.

Dicen que quieren salvarte
y te vuelven la espalda
o encogen de silencio.

Dicen, diciendo, están
que son el tiempo joven,
emisarios del porvenir.

Pero son los robots,
los robots sin entrañas,
esos que ya escribieron
en el fondo del corazón y los caminos:
«Amar la libertad es peligro de muerte».

NOCHE DE TRISTEZA

a Salvador Martín López

Ha venido de lejos
a tus sienes.

Los tornos de alfarero,
las espigas,
la lluvia,
la desconocen.

No es sonrisa
recental,
rama verde.
Es niebla
que rumia
en tu cajón de sastre.
La quieres, sí, la quieres
y te haces
pantalones con sus lágrimas.
Todos tus huesos
le están haciendo
el amor.

Renúnciala,
conviértela en paloma
sin azotea en que posarse,
mátala incluso
antes de que haga nido en tu alegría.

NOCHE DE EXTERMINIO

a Alfonso García-Ramos y Fernández del Castillo

No dio tiempo
a que las sirenas hirieran
los tímpanos del aire.
Súbitas explosiones
drogaron las alturas.
El ciempiés del espanto
atenazaba las gargantas.
Se metieron las piedras
debajo de sí mismas.
Sótanos, sótanos fueron
los campos, las ciudades.

Abajo, más abajo,
se hundían las raíces
del croar de los sueños,
las frentes oprimidas,
el papel de fumar del pensamiento.
Y desde aquel instante
los niños,
apretando sus dedos sonrosados,
—¡mi ángel! ¡mi luz! ¡mi flor!—
mamaron nubes radioactivas
del pecho de las madres.

NOCHE DE ABSURDOS

Aunque laves los pies a la lluvia
nunca dispondrás
de calcetines blancos que ponerle.

Aunque el telar de la angustia de la sangre
siga tejiendo el lienzo de tu espalda
nunca lograrás
la camisa del hombre feliz.

Aunque te multipliquen por música pasacalles
siempre andarás a paso de tortuga.

Aunque vistan sedas universitarias
los tuyos, al final
siempre tendrás el rabo entre las piernas.

Ya pueden los rostros sentir vértigos de esperanza,
estrecharse la mano los siempres y los nuncas,
dejarse crecer barba las olas de los mares,
vivir una familia en un grano de arena.

Porque aún aumentando el nivel de vida
sólo verás de tu renta per cápita
unos zapatos rotos.

NOCHE DE DEMAGOGIA

a Elfidio Alonso Quintero

Eres libre.
Puedes ganar el pan,
contemplar las estrellas,
respirar cuando duermes.

Eres libre.
Léelo en los periódicos,
apréndelo en la tele,
escúchalo por radio.

Eres libre.
Como el hierro forjado,
una angina de pecho,
un castillo en el aire.

Eres libre.
La noche lo asegura,
el espejo lo afirma,
el dogal lo sostiene.

Eres libre.
Los títulos se expiden
con plumas automáticas
sobre globos cautivos.

NOCHE DE PERROS

a Fernando García-Ramos y Fernández del Castillo

No dijeron ni pío.
Vinieron sobre rieles.
Sus cejas eran cargos
contra la luz de nuestros ojos.
Y se subió a los áticos el miedo.
Todo cuanto tocaban
caía malherido.
Hallar, no hallaron nada.
Digo, no; sí encontraron
el cuerpo del delito:
la ventana abierta de las ideas
con su porción de lumbre, sal y agua.

Era bastante
y se acabó el carbón.

El hacha de la paz aún sigue en alto
y sin nacer el trigo.

NOCHE DE IRA

a Pilar Lojendio

Hablemos de la noche en que me incluyo,
del día que no llega.
La razón de tu voz no protege
ni el sol de la justicia mientras sigan
discriminando
el aire que respiras,
tu sombra las ciudades,
tus pasos las aceras.

Los brazos de tu cuerpo
no terminan en manos:
púgiles son las dos,
nudos de piedra,
ajedrez de pistolas.
Ved su rostro de guante:
una sien es asfalto, la otra silla eléctrica:
cloaca es una oreja y rascacielos otra,
y si un ojo le llora el otro sangra.

Tiene una visión doble
y la estrella en la bandera
es espuela en su costado.

Sus piernas son iguales,
las dos caminan
sobre ascuas.

En resumen,
escucha su lenguaje:
«Para tener derecho a sonreirme
un corazón artificial me han puesto.»

NOCHE DE ANIMAS

a José Luis Sampedro

Nuestros abuelos,
porteando el mendrugo del esclavo,
trabajaron de sol a sol.

Sin cejar, nuestros padres,
a costa de despidos,
huelgas, muertos y soledades,

ensancharon los días,
legándonos jornadas de ocho horas,
para que sonrieran nuestros brazos.

Pero hemos vuelto a las andadas,
nos han salido al paso
cuadrillas de horas extras,
el pluriempleo, salteador del ocio,
del paraíso del me da la gana.

Ahora trabajamos más que nunca
y no de sol a sol,
sino de insomnio a insomnio,
molidos de cansancio
estrujados los huesos.

Estamos condenados
a sufrir escaladas de fatiga,
a no hallar agujeros al descanso,
a malbebernos la amistad y el vino.

Trabajamos más horas
solamente
para pagar a plazos
el ataúd de la esperanza.

EL ALBA URGE

A Fernando G. Delgado

Desde la mar te hablo.
No una mar de mitos,
sino desnuda,
sin gaviotas
cruceros de turismo
o marmita de soledad.

No de ésta que pisamos
ni de aquella que vemos
ni de la otra que es un sueño inútil.
Sino de la que vive
educando sus muertes
con agallas de pueblo,
esa que nos exige
el pan de cada día,
quiero decir,
la libertad que amamos.

No te detengas tanto
palpando tus bolsillos vacíos;
pon el dedo en la llaga del hombre
que haces tuyo,
que no sea tan sólo una palabra.
Andar en su nivel nunca fue fácil.
La luz en que se envuelve
bordea el sacrificio
y el rostro de la cumbre ahuecado en su mano.

Desde la mar te hablo,
urge que te desnudes
y que el grano de ira de tu llanto
libere tu amargura
de animal acosado.

PRIMER PLAN DE SOLEDADES

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA CANARIAS
BIBLIOTECA GENERAL

RESPUESTA DEL CAMPESINO

a José Moreno Galván
y a Carola

Las pinzas de las mariposas
colgando ausencias,
el rencor de las ortigas
picándole las piernas al silencio,
el borrón de los mirlos
ennegreciendo el sexo de la angustia,
la sed de las avispas
dando cuerda al cadáver de los huertos,
todo llegaba hasta el sillón de sombra
que construía el tronco de aquel árbol.

Sólo faltaba el hombre.
A extramuros
del río de corbatas de las calles,
del cálculo de sienes electrónicas,
tumbábase a sus anchas el olvido
durmiendo en los barbechos
que dejó el abandono
cuando plantó esperanzas
—él, paria de sequías
levadura de surcos y sudores—
y le nacieron
desalientos y callos en las manos.
Tan sólo vio en el viento la cosecha
de culos blancos de los abejones.

RESPUESTA DEL PESCADOR

a Emilio Sánchez Ortiz

Igual que siempre o nunca
la mar está aguardando que la llene
un brazo solitario, los afanes
de las sangres batientes,
vasos comunicantes de todos los que aman
un solo azul, el comunal destino
que apunta en el vaivén del agua libre.

Yo sigo siempre o nunca
siendo su paridad a vida o muerte.

Sus olas aún sostienen mis espaldas,
me enseñan el camino, ese horizonte
que no tolera nudos ni tijeras.

Si no esperara siempre a que llevase
mis pesares a unirlos con los suyos,
el mantel de sus sales
tendería en el suelo de rapiñas
en donde el propio lecho me disputa,
desgreñada y con tizne, la pobreza,
bajo el peso ilustrísimo
del responso de luz
de los tiranos cielos.
Debajo de estas olas jamás seré enterrado
ya que la mar devuelve nuestras muertes,
no tiene sitio donde acomodarlas,
no las quiere ni ver
porque ya, por morir, hasta perdimos
la triste libertad de ser esclavos.

RESPUESTA DEL ESTUDIANTE

a Nicole Avant

Hasta que se nos oiga
hemos de romper puertas,
matar espantapajaros
y derribar estatuas.

Hasta que se nos oiga
colocaremos trapos
de protesta y de lidia

en el tablón de anuncios
de los anacronismos.

Nosotros no tenemos
compromisos con zoos
de fantasmas
ni parques de esperpentos.

Nosotros no queremos
morirnos de tristeza,
ni disecar ocasos,
ni andarnos por las ramas.

No queremos ser carne
de inválidos civiles
mutilados de espíritu,
aún antes del viaje
de final de carrera.

Para que se nos oiga
hemos de quemar pronto
las verdades a medias,
fumigar las palabras
para que nos expresen.

No queremos comprar
cadáveres de cera
con el oro de ley
de nuestros años mozos.

Ni tenemos arrugas
en el rostro. Luchamos
para ser transparentes
como la luz y el agua.

Que nos oigan bien claro.
Nuestra conducta es esta:
queremos claridades
sin vendajes de nubes.

Queremos sobre todo
dar vida nuestro sueño
y modelar las sienes
del barro de los días.

Hasta que se nos oiga
seguiremos sentados
a las puertas del hombre
que pone en pie el mañana.

RESPUESTA DE LOS OTROS

a Félix Casanova de Ayala

Nosotros también somos
—pequeños industriales
con gestos de aluminio,
pequeños comerciantes
con pasos enjaulados,
tecnócratas del álgebra
y demás galeotes del etcétera—
nosotros también somos
botones automáticos
de ascensores que suben y que bajan,
los comandos de lujo de la pena,
bielas que no se paran,
que no pueden pararse
aunque silben los muros.

No hay piezas de recambio
para el ir y venir de las sienes,
para nuestra piel de tambor golpeado,
para nuestra tristeza de no pisar la luna
después de tanta calma destruida.

Fabricamos la paz de los cañones,
vendemos ademanes y arcoiris,
hipotecamos nuestra sombra.
Y luego nos lavamos el cerebro
con jabones de olvido
sin espuma ni aroma.

No entramos con un ángulo correcto
en nuestra intimidad, que nos acusa
piedras de desamor, sisándonos el sueño.
Barométricos pulsos nos miden el descanso.
Contra reloj amamos,
contra reloj comemos en familia,
contra reloj dormimos
a reojo del canto de los gallos.
(Nosotros sólo somos el recuerdo de nidos
que en las vigas maestras de la infancia
dejaron al pasar las golondrinas).

No podemos pararnos
no hay estación de término
para este desvivirse.
Nos está prohibido aparcar la esperanza.

RESPUESTA DEL POETA

a Arturo Maccanti

Nací, como el rosal,
con las espinas de cualquier hombre.
No las cultivo
—el poeta no es gallo de pelea—
mas desdichado el que las pierda:
con nadie podrá comunicarse.
Sin su aguda conciencia
muerden el polvo las palabras.

El poema no es rosa,
no es agua de remanso
ni una «miss» elegida
por molinos de viento.

El poema es un bosque que rebota
sombra y virginidad,
trino y contraste,
la sangre que ilumina los párpados del tiempo,
una voz desnudándose en zarzales,
la raíz del relieve de los sueños
que le dan a la luz rostro y contorno
de libertad de ala.

La espina nos defiende de los sauces llorones,
los pantanos, los pozos de ceniza;
del rincón en que manan los silencios
éxtasis de infinito
sin mirar hacia abajo,
hacia el acontecer de las heridas,
hacia la rebelión de los caminos
cansados de ladrar al horizonte
de los que mueren antes de nacerse.

En medio de las llamas,
con las espinas de los hombres,
vinieron a la vida y a la muerte
el rosal y el poeta.

LAS ISLAS EN QUE VIVO
(1960 - 1967)
[1971]

Los poemas que integran este libro fueron escritos en su totalidad en Los Cristianos y vienen a constituir una crónica poética de mis vacaciones estivales en aquel lugar de mis preferencias entre todas las playas de Tenerife.

Su título —*Las islas en que vivo*— alude lo mismo a una topografía concreta que a una insularidad tanto exterior como mental. No son, pues, exclusivamente, éstas, las islas *donde* vivo, sino aquellas en las que toma cuerpo y se cumple mi vida. Lo que vale tanto como decir islas raíces que buscan, encuentran y se solazan con la amistad de otros archipiélagos que, más que soledades aislotadas, son regazo de penas y alegrías en el que el hombre dramatiza el reflejo de su libertad. Es decir, no islas mordiéndose la cola en un círculo de agua sino reductos alzados con hambres de universalidad. Apunté ya que este libro viene a ser la crónica de un acontecimiento junto al mar batiente. Pero no crónica de peripecias excepcionales. Más bien, de sucesos cotidianos. Y más cabalmente aún de moléculas vitales que permanecen chisporroteando en unas plataformas marinas que se resisten a perder terreno, a menoscabar su fidelidad a condiciones humanas virilmente establecidas y salvajemente conservadas.

No hay, por tanto, ningún poema de este libro que no se haya montado sobre una anécdota o que no aparezca ella asomada en el transcurso de su composición. Las formas de la realidad externa son generalmente muchos más abundantes y variadas que las de la fantasía. Gran número de las imágenes que cristalizan en estos poemas son formas ya elaboradas por el pueblo, experiencias formales que brotan espontáneas en la conversación cuando ésta se desnuda y deja al descubierto el acervo de vivencias acumuladas por un particular modo de existir.

Así las expresiones agacharse la brisa, la verga de la brisa, un brotes de la mar, la *picadera* de la mar, el agua del mar se muere en las salinas y algunas otras aquí recogidas, han surgido de mis charlas con algunas gentes de mar, justamente con las más ariscas y más guardadoras de su intimidad, con las más arriscadamente insulares. Y no ha sido mi propósito salvarlas de su anonimato o de su desaparición, sino el de utilizar su fuerza expresiva y sus bellas siluetas coloquiales para dar calor a mi palabra. Cada poema lleva al pie el año en que fue escrito.

P. G. C.

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA CANARIAS
BIBLIOTECA GENERAL

A Saulo Torón

Este charco, este pañuelo de agua
que asomado al bolsillo de la roca
abandonó en la tierra la marea,
es todavía mar, un mar inválido
de espumas, y horizontes, y rumores
apenas una lágrima dejada
en el párpado seco de la orilla
pero que lleva impresa en su destierro
el ser la pura soledad de nadie.

(1960)

A Félix Duarte

No sé si es criminal que yo escriba un poema
junto a la mar, sentado en una roca,
mientras los pescadores
trabajan con sus barcas allá afuera,
cerca del horizonte.
Siento mi pensamiento más débil que sus brazos,
quiero hundirlo en el fondo de mí mismo
y es un corcho que flota a la deriva.
Anzuelos de esperanza
lanzo uno tras otro a las espumas
y el pez de mi alegría sigue ciego,
rota la libertad de sus aletas,
sin hallar un rincón donde afianzarse.
Pero aquí soy un aprendiz de islas
y no debo olvidar los arenales

de esta academia libre de enseñanza.
Las impurezas de la vida diaria,
el mezquino lugar común, los caminos
que no conducen a ninguna parte,
las algas de la angustia,
no me dejan llegar a donde quiero.
Es necesario que desnude el alma,
que me nazca otra vez
y que mi oscuridad de galeote
entre en la mar y se convierta en ola
que deje en los cantiles y las playas
la rebeldía que en mi llanto habita.

(1960)

A Luis Alvarez Cruz

Pisar por vez primera estos callaos
que bordonea el mar, estos veriles
donde la soledad se cría a pierna suelta.
Saber que eran mucho antes
que mis pies los pisaran
igual que tantos hombres
que no dejaron huella de su paso.
Son y serán así. Se redondean
en el inanto instinto de defensa
de no decir a nadie lo que quieren.
Brotes de islas, piedras de silencio,
raigones verdaderos
de una intimidad incomunicable,
aún cuando alguien crea que son suyos.
Pero ellos siguen siendo
propiedad de sí mismos,
propiedad de su firme
condición de estar solos,
sin que nadie les pise
su libertad nativa.

(1962)

A Agustín Millares Sall

Hombre soy de las islas
que toma el sol y bebe lejanías
sentado en las terrazas de la mar.
Mas, ¿por qué tantas puertas
interiores cerradas,

tanta arena de oscuridad en la sangre,
tantas sienes
que murmuran esperanzas que desconozco?
¿Y esa voz
esa otra voz que nos desnuda,
que nos solidariza con las olas
y grita en la garganta de otros hombres,
es sólo risco,
aulaga,
sed o contrapunto mío?
Alguien me está llamando desde adentro,
alguien que no consigue abrir mis ojos
aunque su aliento ronde mi palabra,
tan cercano a la orilla de mí mismo
que me debo alejar de mis rumores
para poder oírmelo en los labios.
Sé que no es soledad, que tiene un nombre
que se parece mucho a rebeldía.
Huya de mí el descanso hasta que horade
en todas direcciones las montañas
y brote al fin esta palabra huída
en el canto del agua liberada.

(1962)

Aún no sé si la distancia es llanto.
Distancias en la mar no son las mismas
que las de tierra firme, bien atadas
a nuestro pies. Las otras, las del mar,
son más veloces
y no se les da fin, no se aproximan.
Por eso lloran, se nos van llorando
su poca vecindad, su nomadismo,
que no puede tomarnos en los brazos
para subirnos hasta nuestro sueño.
Mas creo que tal vez sea sonrisa
mucho mejor que llanto esa distancia
que nos abre la puerta en ese muro
que esquiva la esperanza de encontrarnos.
Y sólo sé que soy melancolía
cuando le miro el rostro a esas distancias.

(1962)

A Presentìta Delli Cas

Frente a la mar, cigarro tras cigarro,
espero la palabra que me traiga
la soledad que soy,

esa palabra espejo en la que pueda
adivinar la viva superficie
que emborrona la sombra en mis adentros.
El tarajal que tengo a las espaldas
y las olas que rompen a mi lado,
ni me dan su amistad ni me conducen
a mi interior de pájaro cautivo.
Piedra tan sólo estoy,
piedra de oscuridad sobre los días,
mendigo que se queda a la intemperie
luchando para abrir su propio sueño
con la llave en la mano de sí mismo.
Ayudadme vosotros, los puros, los odiados,
a darme el santo y seña que me lleve
a descubrir mi intimidad de isla.
Dímelo tú, pequeña,
que juegas y sonríes, con tu escoba
barriendo las arenas de la playa.

(1964)

A Antonio Vizcaya Carpenter

Casi nunca la mar en esta costa
tiene llano el sonido.
Por mucho que la trates en familia
siempre hay en su lenguaje
expresiones que te hacen
levantar la cabeza.
Tú la sientes bullir, te estás oyendo
en sus espejo de voces,
la escuchas trabajar tus rebeldías,
labrar por las rompientes
los arenales de tus inquietudes.
Lejos, en ella, mar adentro,
no habla:
su soledad está entera.
Sólo cuando una isla
pone un pico de pájaro en las aguas
rompe a cantar
y rebasa el pudor de su silencio.
Y así el isleño todavía entiende
el rumor de la mar que le rodea
como la intimidad donde descansa
el camino de la última alegría.

(1963)

No sé si hoy las olas son distintas,
si el horizonte está en el mismo sitio
o si es mi sentimiento el que ha cambiado.
Me angustia este batir de espumas y rumores
que creo inútil para mis adentros
de sal y agua en hombre convertidas.
Esto no es soledad, sino silencio;
un silencio ancestral puesto a la sombra
de unas islas a las que amar es poco
si no se siente el gozo de abrazarlas
en la pura amistad de este silencio.

(1962)

A Tomás González y González

Tengo un amigo marinero.
Sus palabras suenan a hombre
y si no es coloquial está callado.
Se sienta siempre contra el viento.
Lía su cigarrillo de tabaco de hoja
y lo enciende con su mechero de martillo.
Una tarde me dijo:
—La mar tiene hoy una *picadera*
que no hay quien la aguante.
Y otra:
—La verga de la brisa
pasa por esa nube
y llega a Nueva York.
Ahora, miradle simplemente.
Acaso ya tan sólo diga las buenas tardes
al tomar el camino de su casa.
Fumar juntos es también conversar.
Y es grata la hombredad de su silencio.

(1963)

A Justo Jorge Padrón

Un brote de la mar ha llegado a mis pies.
Inesperadamente
se ha nacido del vientre de una ola
con su cuerpo de llantos y rumores
como si fuera de verdad una vida.
Tan pura exhalación,
tan leche hirviendo
coronó su existir apresurado,
que ni aún al recuerdo dejó brecha
su centella de agua.

Apenas si he podido retener un instante
su tiempo de morir,
su nacer velocísimo a la muerte.
Y acaso toda el alma de una isla,
más que obsesión de rocas a pie firme,
sea un brote de mar encadenado.

(1964)

A José Mateo Díaz

Se ha agachado la brisa y hay cosechas de espumas.
Tiene esta mar rumor de órgano profundo,
clama y protesta con las hambres de un pueblo,
no quiere a nadie en sus orillas.
Amacebada de sus movimientos
se hace y se destruye
con absoluta lealtad a sí misma.
No hay un lugar común
que pueda alimentarse de estas olas;
todas son libertad que se desnuda
en las arenas que nos oscurecen.
¡Cuánto amor en el agua sin fronteras
y cuán blanco su pan de cada día!
Así es como me quiero,
con pasión y con brío,
a pincelada limpia y celo desbordado,
amaneciendo desde adentro,
desde la oscuridad que me amordaza,
comiéndome los riscos que golpean mis sienes.

(1964)

A Eugenio Padorno

Hoy es la muerte de una mariposa
volando sobre el mar
lo que ha llenado el día.
Buscaba una ola quieta
en que poder posarse
y no volvió del agua.
No hubo suicidio,
lucha
ni tristeza.
Llegó tan sólo al borde de sí misma,
al ras con ras de su silencio,
con esa sencillez con que el cielo es azul,

nube la nube y pájaro el sonido.
El mar no la hizo suya,
no pudo dominarla.
Cuando cayó estaba ya cumplida
la mariposa que era,
el preludio de libertad de su vuelo.

(1964)

A Luis Diego Cuscoy

Viene la mar subiendo. Menos isla
va quedando desnuda.
Su anillo litoral de desposada
se va colonizando de rumores.
Aguas que nunca duermen
acusan los silencios a la cumbre.
La isla los anida
y los monta en los hombros de sus lavas
con claridad de hombres.
Salvándolos afirmá su victoria.
Por eso son silencios invencibles,
nudos rebeldes de la mar que sólo
los desata el amor y la esperanza
si en una mano libre se dan cita
con esa intimidad con que una hoguera
pone su sexo de distancia y lumbre
en el oscuro vientre de la noche.

(1964)

A don José Peraza de Ayala

Mientras escucho fondo y penumbras
miro mis manos como
oscuras formas de moluscos
y de estrellas de mar.
Lejanas ascendencias
duermen su noche en mis sentidos
y me están susurrando
vidas que me existieron
antes de conocerme.
Mi piel es una pausa, el punto de reposo
de articulados nácares y colores rivales
que luchan por cumplirse.
Muchas gotas de sangre habrán rielado
para darme esta vida
que se piensa un arroyo en el que laten
silencios que me ahondan,

dientes que me progenian,
manos que me acompañan.
Muchos combates habrán sido librados
para darme esta boca con que beso
la alegría del mar en las arenas
de olvido de otros labios.
Y así viviendo estoy sólo de muertes
subidas al andamio de mi cuerpo
gritándome que soy la sed del agua
batiendo en los costados de una roca.

(1964)

A mi sobrina
María de los Angeles García Soto

Un día habrá una isla
que no sea silencio amordazado.
Que me entierren en ella,
donde mi libertad dé sus rumores
a todos los que pisen sus orillas.
Solo no estoy. Están conmigo siempre
horizontes y manos de esperanza,
aquellos que no cesan
de mirarse la cara en sus heridas,
aquellos que no pierden
el corazón y el rumbo en las tormentas,
los que lloran de rabia
y se tragan el tiempo en carne viva.
Y cuando mis palabras se liberen
del combate en que muero y en que vivo,
la alegría del mar le pido a todos
cuantos partan su pan en esa isla
que no sea silencio amordazado.

(1964)

A Carlos Pinto Grote

El tiempo de la mar
es otro tiempo:
ni río ni corcel.
No es el tiempo que muerde
llevándose consigo
en fila india
a todo lo que nace.
En la mar no transcurre
sino hierve y se basta;

no acontece
ni se abre camino;
vivaquea,
está hecho un ovillo,
ni viene ni se va,
permanece en su fiel.
Pueden medir mareas,
tasar distancias,
ponerle dientes de reloj.
Todo eso le es ajeno,
no es el tiempo
en que la mar se entraña.
A ella le ha brotado desde el fondo,
no lo lleva en el aire
igual que una gaviota
lo ha convertido en ritmo:
toda la mar es él.
Pero tiene sus límites
y de pies a cabeza
es tiempo de una vez.
Una concha en la arena
está conclusa
y las olas son siempre,
son sin atardecer.
En la tierra es cuchillo,
se hinca en cada instante,
avasalla, asesina,
es un tiempo de sed.
Pero en la mar no hay ruinas,
no envejece la espuma
ni marchita su cara,
es un instinto
que en el agua hizo pie.
El tiempo de la mar
no es conciencia de nadie,
es nada más que un siempre.
Tiempo no condenado
a vivir de esperanzas,
tiempo de creación
sin antes ni después.

(1964)

A Rafael Arozarena

También la noche cuenta en una isla.
Casi no tiene orillas.
Sus olas son idénticas,
pero la espuma es gris y los rumores
más silenciosamente concebidos.

Y su serenidad nos halla enteros,
recuperada ya la media parte
que se nos fue con la melancolía
de la ilusión inútil de encontrarnos.
Pero en la noche sí se encuentra uno.
La noche de la mar, que nos modela
la oscuridad interior, que nos intima
como una ola más de sus espaldas,
sin pedirnos el nombre
con que bautizaron nuestro sueño,
llámese Pedro, angustia o rebeldía.
La noche de la mar si la entendemos.
Somos los hijos de su sal batiente
y nos pone en la punta de la lengua
su palabra de llanto, el espejismo
de ver en su amargor nuestro reflejo,
que es también una isla de la noche
parpadeando en medio de los mares.

(1964)

A este viejo marino
no expresan las palabras.
Sus pasos en la arena
son quienes dan salida
a su mundo interior,
quienes le dan el diálogo,
el júbilo de ser lumbre callada.
Sobre la arena húmeda
es cada paso un pensamiento
despojado de herencias,
de atardeceres lógicos y trabas.
Es en su caminar donde se halla,
donde se da de bruces con sí mismo.
Sólo sus pies escriben en la arena,
solamente sus pies,
los pies analfabetos de su sabiduría.
Sus manos, no. Sus manos
trazan signos remotos,
carpinterías de recuerdos,
paraguas que no cubren
su soledad de hombre.
Sus pies sí que le expresan
sobre el oscuro sexo de la playa.
No le dejan atrás
ni le convierten en vocablos.
Y siente en sus adentros
que pisando la arena
tiene sobre los hombros
la plenitud del mar.

(1966)

A Felipe Padrón Sanabria

La barca allá, a lo lejos,
es del mismo color que la montaña.
Mas sabemos que dentro lleva un hombre
aunque desonozcamos su tristeza
e ignoremos romper en su semblante
la espuma de la luz.
Le sentimos vivir con algo nuestro,
como si dispusiera
del eslabón perdido que nos falta
para cortar la cinta prohibida
que nos dé posesión del horizonte.
Algo puede fallarnos,
pero no los embates
en que nos trasmitimos,
las ondas que nos ponen en las manos
idénticos pedazos de esperanza.
La soledad está injerta en cada uno
pero no en los demás.
Incluso ni su muerte
se cierre a nuestro diálogo.
Mucho menos allá, donde la barca
tiene color de roca,
el color de las redes de los riesgos,
el color de una bomba retardada,
el color con ojeras
del reclamo de pan de nuestras hambres.
El hombre en soledad nunca está solo.
Las islas de otras noches le acompañan.

(1966)

A Pedro Lezcano

No es necesario que a la mar tú vengas
con la caña de pesca y el atuendo
de cualquier pescador. Con que te acerques
desnudo de palabras y de moldes,
te sientes a su lado y te sumerjas
olvidado de ti, de tus esquemas
de ver la vida y de idea el mundo,
con que dejes tu tiempo a las espaldas
y te hagas a su ritmo y sus rumores,
la mar queda engodada para darte
frutos de creación, nuevos remansos
que, siendo tuyos, los desconocías.
Muerto estarás si no te dice nada
su interior vecindad, si no procrea

Ahora no es un riesgo pensar
ni se asesina
en nombre de las patrias o los mares,
los sombreros de copa
o de pueblos que aún duermen
a la sombra de un árbol
y son analfabetos como un río
de caudalosas penas.
Ahora ya las manos son de verdad unas manos
y la palabra ha vuelto
a intimarse en la boca,
y cuando dice hombre
es saludo
y abrazo
y se puebla de estrellas.
Leyendo estoy en esta mar de ahora
a la luz de mañana.

(1966)

A Manuel Padorno

Estoy en las salinas.
Rebanadas de agua que se tuestan al sol,
ya demudado el rostro,
muecas de desventura,
me salen al encuentro.
La mar, aquí, agoniza,
metida entre las rejas de una cárcel,
secuestrada su hacienda de rumores,
sin majestad ni hombría.
Aquí la mar se muere,
se está muriendo el agua sin fronteras,
es ya gesto de vidrio,
túnica de amargura.
Pero la sal, la sal, la sal naciente,
puesta de pie sobre su duelo,
cristaliza en los granos de su llanto
vendavales de vida.

(1966)

A doña Alejandra Ganzo, viuda de Cas

Fue una noche de tantas.
Llantos desenterrados
crispaban, aturdían, desolaban.
Terremoto de puntos cardinales,
el viento no cedía.

Tiempo falta a la mar para entenderse
con nuestras soledades. Le pedimos
todo lo que no tiene:
libertad y esperanza.
La mar siempre está entera,
ni se desdobla
ni se rompe en pedazos.
Tan ella es, tan toda,
que ni siquiera una noción de espejo
le pasa por las mientes.
No se sabe idear más que en sí misma.
Hombre que al mar le pides imposibles,
mata ya al limosnero que te habita.
La mar salva o ahoga,
pero no es artesana de los sueños.
Si quieres libertad hazla en ti mismo,
nadie te la construye a la medida.
Y es cobarde esperar. Jamás tus manos
le tomarán el pulso a tus anhelos
si en los demás proyectas tu derrota.
Aprende la lección que has olvidado.
No pidas a la mar lo que has perdido.
Ella nunca entendió de esclavitudes.

(1966)

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE CANARIAS
BIBLIOTECA GENERAL

Hoy vengo a ti a buscar la dula de alegría
en que relampaguean tus espumas,
oh vaticinadora de tiempos de esperanza.
Leo las manos de tus olas. Venas innumerables
de rutas presentidas
no asilan ya demencias de crepúsculo,
sanatorios de ideas mutiladas
ni hecatombes de árboles heridos.
Y ni el hombre es dolor de golpe bajo
ni estridencia de hambre,
ni es el llanto
la moneda corriente
con que pagas el aire que respiras
y la luz de los ojos que te aman.
Y ni odio hipoteca los caminos
ni se asoma la sangre
de vergüenza a tu rostro.
Ya no son los hogares las islas de la mar,
islas a solas defendiendo mendrugos,

escafandras de sed,
rocas sin playas.
Ya los brazos en alto no claman injusticias,
son sólo libertad
que ondea el sol de todos.

Hombres, niños, mujeres,
barrancos y poblados
en la orilla esperaban.
Era la barca un sol y ya era noche.
Perdida, perdida a todas luces,
irremediablemente naufragada.
No se sabía el nombre
de los que en ella iban.
Verde la proa, la sentían suya.
Libertad se llamaba.

(1966)

A Juan Cruz Ruiz

Todo iba hoy despacio:
el pájaro, la luz, el cigarrillo.
Sólo el tiempo tiraba del mantel
con esa prisa
con que pone un collar fin a su vida
desde lo alto de una garganta.
Mis manos se oponían una a otra,
dos ritmos me batían y no se desposaban,
palpábame al revés,
casi estaba en la celda
de un condenado a muerte.
Fue un perro herido entonces,
tanteando vencer la muralla de roca,
quien me dio una dedada de miel.
Intentó varias veces
saltar por lo más bajo
y fracasó.
Fue por lo que parecía más difícil
de salvar
por donde halló camino.
Y ya fue alegre entonces
el pájaro, la luz, el cigarrillo.
El ejemplo del perro me había liberado;
sus patas escalaron mi angustia,
las sentía trepar mi corazón.
Y me puse de pie sobre mí mismo,
dueño de mis heridas,
para saltar murallas y opresiones.

(1967)

ELEGÍAS MUERTAS DE HAMBRE
[1975]

LA MESA ESTÁ SERVIDA

A Emiliano Díaz Castro

Aquí estamos los granos
de todos los países,
orzuelos de miseria
en esta sociedad que llaman de consumo.
Aquí, codo con codo,
mas de cuerpo presente
que en festín de abundancia.
Y aquí desesperamos
servidos a una mesa
lejanamente alta,
una mesa con zancos
que no alcanzan las manos
que se mueren de hambre,
aunque a bombo y platillo nos pregonen.

Nacimos con los pies sobre la tierra,
pero hemos granado
dentro de una arcoiris.
Y somos astronautas
a los que hicieron trizas
las riendas del regreso,
consumiendo los neutros combustibles
que transportan los fraudes.
¿Y quién ha puesto
la primera piedra
para darnos de baja
en nuestro empeño
de paneles solares?

Elegid cualquier sitio.
Nunca podréis llevarnos a la boca.
La muerte nos espera.
Y vosotros morís a nuestro lado,
casi en las yemas de los dedos,
súbditos de la patria del olvido.

Basta ya de estadísticas
expresadas con números
de los que oyen llover bajo cubierto.
Basta ya de guarismos
de años luz de justicia que no llega.
Basta ya de que sean cementerios
las cunas de la tierra en que nacimos.
Basta ya de encenderles mariposas
a los que asesinamos a mansalva
mientras se sacian los gorgojos.

ELEGÍA DEL FRIJOL

Nuestra, Neruda, la noche

Cómo me duele
este riñón de grajo
al que no le recetan
hervir en las cocinas.
Cómo agarra la noche
en mi cara de túnel
sin tener la amistad
del carbón encendido.
Nadie lo creería
viviendo sobre el ascua
del amor y del odio
igual que un guerrillero.
Toda mi angustia pide
una Sierra Maestra,
Che Guevara;
ser el punto de mira
de bocas y de ombligos
o convertirme en plomo
de fusil en tu mano,
en silbo de una bala,
lenguaje contundente
con que se llega ahora
al corazón del hombre.

Los niños retadores,
los niños siniestrados,
los niños que me arden,
los niños que me apremian.
Cómo desearía
dar jaque mate al hambre
jugando una partida
de ajedrez con sus dientes.
Aunque parezca el negro
borrón de mis hermanos
mi dolor llega al rojo
y al blanco de la ira,
color universal
que unifica arcoiris
de infancias que se mueren
en un corro de lágrimas.

Que no me siembren más
en páramos de luto:
germinaré un infierno
de truenos y relámpagos.
No quiero ser gatillo
de pólvora de hieles,
blasfemia de abundancia
del paladar de nadie.
Sembradme en una mano.
Quiero ser alimento
de los que necesitan
masticar las auroras
y sentir cómo irrumpe
su sangre en la mañana.
Mi muerte será entonces
la alegría
del aire en sus cabellos.

ELEGÍA DEL ARROZ

A María Belén y a Federico

No me miréis tan grano felicísimo,
aunque quepa en un hoyo de viruela
tengo más soledades que un desierto.
Me han convertido en flor de escaparates,
en cascadas de anuncios luminosos,
en cupos de una noche de caínes
contra un día de luz que Abel se llama.
Desde la cuna, con el agua al cuello.
De nada me ha servido

mi niñez de albufera,
mi gatear de espiga,
mi dentición de leche.
A mí mismo no puedo devorarme,
soy ese desterrado
que clama por el cielo de una boca.
Me castigan con motes que no entiendo;
dicen que soy candor, alba, inocencia
y tantas cosas más: las camisillas
con que la nieve escayoló mi cuerpo.
No crezco ante el castigo. Si creciera
sería un Himalaya a estas alturas.

Abridme las compuertas,
dejadme ser un río.
Cómo me dais envidia,
cubos de la basura.
Vosotros recogéis lo ya inservible,
lo que tuvo una infancia y una muerte,
lo que cumplió su vida,
pertrechos que ya vieron el alba y el ocaso.
Pero yo nazco muerto
aunque llene los trojes y los trenes
que no conducen a ninguna parte.
Sólo soy un payaso
que no encuentra
ojos donde llorar.
Y más que una semilla
soy hambre embalsamada,
un robot al que ordenan
ignorar a los fuegos salvadores,
los fuegos que subliman los calderos,
los fuegos camaradas
del aceite y la sal,
los fuegos que humanizan
manos y gestos, piernas y miradas.
Quiero, quiero encarnarme,
dormir la noche y respirar el día
en un cuerpo que ame y que confíe.

No les tiréis a los reciencasados
la pocilga que alberga mi blancura,
que cada grano mío es la protesta
contra esta sinrazón de la abundancia
que deja el techo abierto a la injusticia
para talar las rondas infantiles
que cantan a una patria sin fronteras
con música de bosques y de ríos.
No me tiréis a los reciencasados
que llevo un hijo muerto en las entrañas.

ELEGÍA DE LA LENTEJA

A Rafael Alberti

Ciega de soledad, ciega del todo.
Quién me iba a decir
que la verde pupila de mi infancia
tendría por calvario
este punto y aparte
en el que ahora vivo.
Encarcelada estoy,
ni al revés ni al derecho tiene enmienda
mi abeja sin panal.
Nado siempre en el fondo
del rancho de los presos.
Un plato con las niñas de mis ojos.
Fue lo último que vi. Desde ese instante
ni una brizna de luz.
Yo misma soy un plato en miniatura,
la matriz de una lágrima
que no puede salir de su agujero.
¡Qué lejos ya la vaina de mis párpados
y su raíz de lluvia!
Entonces no sabía de secuestros,
de que pudieran marginarme
a ceguera perpetua.
Da pena que me impidan
emborronar palotes
en los dientes de un niño
y vender lotería por las calles
para dar de comer a las tinieblas.
Estoy a ras de aquellos que miraron
la libertad
sin convenciones de ahumadas lentes,
tendiendo en los petates
nudos de angustia y nanas de cebolla.

Cogedme de la mano,
lazarillos del viento,
para llegar hasta vosotros,
rehenes de los bosques y los mares,
y acabar triturándome en mandíbulas
que mascan las raíces de la muerte
en las tierras sin patria del olvido.
Cogedme de la mano
para resucitar a los sepulcros
en donde yace viva la ceguera
de todos y de nadie.

ELEGÍA DEL TRIGO

A Ricardo Senabre

Nací siendo una idea
y en un vaivén de acordeón crecía
germinando mi frente
una fraternidad de mar y cielo.
Traía de la noche de la nada
mi corazón de estrella,
ya vencidas
las discordias del fuego,
los trogloditas pedernales.
No hay músculo que sea analfabeto
a mi querencia. Soy
creación sin tacha,
cabezal de aleluya,
noria de enhorabuenas.
Todos luchan por mí,
un dios viviente
timoneando océanos,
esclareciendo minas,
enjalbegando penas,
un dios que nunca deja de estar vivo
y que llaman el pan de cada día.
Y ahora estoy en medio de las gentes
subrayando
los signos de un zodíaco de amarguras,
casi discriminando servidumbres
de mis ancestros siderales.

Mi zurco de harina
arrulla las fronteras.
Todas las patrias
caben en mi seno,
patrias que canten, besen y forniquen,
se den la mano,
fumen y conversen
bajo un olivo de palomas.
Así es como me quiero,
nunca en el parador de la impotencia
de silos y mazmorras.
Odio,
odio por toneladas
la camisa de fuerza que me impide
aletear los huesos de los niños,
hozar mi miga por sus vientres,
tornear en la concha de su oreja
mi crujiente mejilla,

ser viento de su sangre
moviendo los visillos de sus sienes
y troquelarme en júbilo de sexos
muslos abajo de los ríos,
aguas arriba del amor.

Soy alma universal, pero no puedo
saltar con mis espumas
riscos de nombres propios
escritos con mayúsculas
de filos de puñales.
Y lo mejor de mí se queda fuera
de los cuadros sinópticos
en los cuales entierran los tecnócratas
los bostezos del hambre sobre el nivel del mar.
No caminan mis pies.
Me engranan a relojes sin tic, tac,
me vendan la conciencia,
me inmolan en palacios
donde celebran juntas los halcones
y hablan de mí como si fuera otro,
endomingados de solemnidades.
Y me obligan a piel de cocodrilo,
pasto sin comensales,
balas que matan sin herir,
todos los artilugios que destruyen
mi vuelo enamorado.
Gracias, ratón, que vienes a morderme
burlando lodazales
de dólares y libras.
Gracias por convertirme
en parte de ti mismo.
Al menos tú redimes
mi cuerpo a dentelladas.

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA CANARIAS
BIBLIOTECA GENERAL

ELEGÍA DEL GARBANZO

A Federico Carbajo

Dadme gorra y macuto,
quiero ser miliciano,
combatir por los parias
de todos los países
y defender los fueros
de mi tribal progenie,
incluso los garbanzos
negros de la familia.

No he de rendir las armas
ante los alaridos
de un invierno de lobos
y si me aprieta el hambre
requisaré gallinas
en el huerto del cura
o en casa de los ricos.
Si un día me colgaran
no será por mi culpa.
Dios le da a cada quisque
una piedra y un palo
y a los dones de Dios
no les vuelvo la espalda,
los empleo en la forma
que me dicta mi almario
y es nadie la justicia
para pedirme cuentas.

No bajaré la guardia
mientras haya quien coma
la olla de cocido
que se cuece en el pecho
de la hoguera en que ardo.
Alto daré al camino
que descanse a la sombra,
alto a las torrenteras
que no vayan deprisa,
alto a los mercaderes
y al lucero del alba,
alto a los que consientan
que los frutos desnudos
del terrón de la vida
se los lleve el pedrisco
de las malas entrañas.
Tuve también mi novia,
una verdad de carne
a la que condenaron
a derribar los cuatro
muros en que vivía
y a recubrir de sal
el sitio que ocupaban
para que ni la hierba
pudiese recordarnos.
Se conoce que el código
no se anda con remilgos
en tocar a rebato
y apagar corazones.
Pero a pesar de todo
me conservo en mis trece

y a todos los fusiles
pondré balas de urgencia
para que se apresuren
a cazar alimañas
con sombreros de copa
y conducta de espino,
con braguetas que esconden
tizones de los diablos
y que todo lo ensucian
con melosas palabras.

Cuando llege mi hora
repartiré mi muerte
entre aquellos que sufren
hambre y sed de garbanzo.
Mi redondez de buey,
a los vientres que rumian
un silencio de ombligo;
mi piel, a los que visten
agujeros de aire;
las alas de mis sueños,
a los desangelados.
Y a los inmoladores
de millones de niños
los salitres que exudo
mientras me recolectan.
No olvidéis, sin embargo,
el perfil de mi cara,
la nariz que olfatea
en el alma de todos
mi propia rebeldía,
bien cosida al macuto
del que nunca se rinde.
Lo juro por mi gorra
y honor de miliciano.

ELEGÍA DE LA JUDÍA

A Danielle Sotto

Y para qué mi traje de enfermera
si soy ingravidez
de astronauta en la Luna.
Para qué mi belleza
de Venus mutilada
si mi estéril regazo
no puede dar a luz más que la nieve,
los canutos de nieve de la muerte.

Miradme desangrada en mi blancura,
madre a la que condenan que sus hijos
sean divisas de un tesoro helado.
Con la vida aplazada
a muchos grados bajo cero,
conejillo hibernético,
ojos de estatua,
leo el texto vacío
de un corazón sin nadie.
Pero el hambre del hombre
no es para congelar,
sería glaciación sin precedentes
en los anales del planeta.
Todo me lo han quitado:
mi bondad de aspirina,
mi sonrisa de menta.
Sólo un lingote de mutismo,
un ovario de ventisquero
duermen ahora en mí.

Oh colmillos montados al desgaire,
rayos de sol descalzos en las cunas del frío,
ya nunca más podré
escayolar sus rotas alegrías,
auscultar el *tam tam* de las escarchas
en su piel de tambores golpeados,
arponear los globos en que sube
el simún de la fiebre,
tantos y tantos traumas de las noches
que pudren claridades.
Ni siquiera las gráficas,
el espejo en que miro
las pestañas
de la desolación.
Ved qué lejana estoy, qué remotísima
de volver a nacer
y tocar nuevamente mis dinteles.
Cuántos largometrajes de pasillos
para llegar al fin,
salir a zonas libres
entrando en vuestras bocas de la mano.
Mientras,
volviéndome la espalda,
bosques y mares siguen dando vueltas
alrededor de mi lágrima de hielo.

ELEGÍA DEL MAÍZ

A Telesforo Fuentes Suárez

Yo no soy ese grano al que acicalan
con carnes y mariscos
y sirven a la mesa camareros
que aprendieron el paso
ritual de la sonrisa,
sino el peón de brega al que rasuran
el mechón de la barba y desarropan,
ese descamisado sin padrinos
que se bebe la luz y el aire en cueros,
aunque a veces me duelan las caderas
de tanto trabajar mis agonías
y granar mi mendrugo de borona
en las mazorcas del silencio.
Menos mal que soy gallo de pelea
y no me tiembla el pico
hasta dar con la herida en que termine.
¡Viva el sol! Sea él quien me deje
la quietud de la muerte
tatuada en las costillas.
Pero antes quiero ser
cotufa
reventando
en un gran tostador de mar con viento.
Que me arranquen las muelas en las islas
y me hagan gofio de verdad y molienda,
solo o con la cebada
y su cola de alpispa
o con mi amigo el trigo
y sus dientes de oro.
No quiero, no, el verdor de los maizales,
recordar los machetes de la infancia
que les sacaron filos a mis hojas.
Me quiero en el cetrino
rostro de las llanadas,
transportado en los hombros de los indios,
apretando mis penas con las suyas.

Que me frangollen los desheredados.
Y sin decir adiós ni a la tristeza,
este grano que soy muere sangrando,
solidario del hambre de los niños,
muy cerca de mi propia lejanía.

ELEGIA DE LA ARVEJA

Redonda,
redondísima gota
de la movilidad.
Tal vez por eso el más absurdo
de los granos,
tránsfuga y corredera
del cojinete de las soledades,
sin encontrar un niño en quien meterme
y quedarme dormida.
El descanso me huye. En ningún sitio
mi nómada centella
puede aparcar sus curvas.
Nací a salto de mata
y el freno que pudiera detenerme
lo perdí en el camino.
Iba buscando vientres,
un cálido redil que me albergara,
convertirme en mujer de carne y hueso,
sentir mi vida en el aval de un rostro,
amar y ser amada
sobre lechos de arena,
camastros de ciudades
y axilas de los bosques.
Ir a donde me aguardan.
Pero me han recluido en sus ruletas
los saltimbanquis de la bolsa,
los artesanos de las villanías.
Y a mis bolas de azar,
amaestrados perros de los circos,
no las dejan que acierten
el pleno de la infancia.
Barren con sus escobas
desde el grito mortal de los estómagos
al ángel muerto de hambre de su guarda.

Y he de seguir corriendo tras de nadie,
cosiendo y descosiendo
la media que no llevo,
cántaro de una fuente
que me prohíbe el beso y la ternura
de los contamiandos de esperanza.
Ya es hora de que acabe
mi fatiga de trocha
que no gana la meta.
Dejadme descansar y me sepulten
en bocas que maldicen
la triste esclavitud de haber nacido.

ELEGÍA DEL MIJO

A Alfonso Armas Ayala

Yo soy el trotamundos de una noche
que no encuentra su día.
Un atleta insurgente
que se cayó de bruces
en esta mesa puesta
donde mis compañeros no pueden ayudarme
a proseguir la ruta.
Vienen corriendo mis zancadas
desde la prehistoria,
del tiempo en que las flechas
cazaban el relámpago
y no se cotizaban todavía
las infantiles hecatombes.
Todo para que lloren los tobillos
de mi torcida oscuridad, ya inútil
el gamo de la sangre
para entregar la antorcha del relevo
a los talones de las claridades.

Ha visto muchas veces mi experiencia
atrapado el cachorro de la vida
en las fauces del hambre
cuando las plagas se ensañaban
en no dejarme levantar cabeza.
Pero jamás he visto tanta orgía
de hieles como ahora,
la destrucción de tanta transparencia,
aun teniéndome al lado,
listos para el consumo mis graneros.
Uno no sabe nunca cuando acabe
tanto mundo al revés.

No demando su duelo a los oasis
poniendo a media asta sus palmeras,
ni que el fuego despójese de llamas,
ni toda fuente se convierta en nube,
ni que la luz se corte los cabellos.
Si una huelga total de soledades
en la que se oiga solamente un nombre
apretado a los brazos del recuerdo,
el nombre de aquel niño en que estuvimos,
la voz a reacción de nuestra infancia,
la ola del juguete que dio rumbo
al golpe de timón que ahora somos.

Y a mis tinieblas vuelvo,
al tiempo en que soñaban las cavernas
las mieles de un futuro paraíso.
Aquí quedo, en el podio de la muerte,
ídolo con olor a multitudes
que, aun poniéndose en pie sobre sus tumbas,
no llegan a tocarme con las manos.
Sí, a mis tinieblas vuelvo,
cogido en este cepo de abundancia.

ELEGÍA DEL HABA

A René L. F. Durand

Debo haber transmigrado de otras hambres
gemelas de las mías.
Aunque hacia atrás no gire
mi reloj de pulsera
hay un sollozo en mi alimento,
un sollozo de pulpa condenada
a volver a nacer,
persiguiendo la paz
a través de naufragios en cadena.
Y no quiero que otros
se carguen con las muertes
que a mí me corresponden.
Rasgad, abrid
el guardapelo de peregrinajes
que ennegrecen mis nalgas.
Encontraréis sabores
de un hogar donde caben
las siestas de cordero de las barrigas llenas.
Probad, probad también la cola ausente
del color de mi llanto,
con espectros de ojos
que no hallaron clemencia
para seguir mirando a toda hora
la herencia a gritos de la bienvenida,
la luz que por igual se nos dio a todos,
desde el vello del alba al adios del silencio.
A pesar mío tengo que embrujarme,
hacer que lo real sea una frente
por la que voy tejiendo tropezones,
izando la sonrisa que se arría
en el negro listón de mi epidermis.

En muchas ocasiones he votado
al conjuro de otros,

dije que sí o que no, sin adherirme
a ningún avispero, conservando
mi propia libertad de refugiarme
en el descanso de una mano amiga.
Pero ahora las manos son asilos
de fuegos sin entrañas que no siembran
sino los vendavales del desprecio,
desoyendo esperanzas en pañales
que llaman con nudillos de intemperie
a las cerradas puertas de la vida.

Os recuerdo que soy el haba, lupa
fugaz en que me leo
irme apenas llegando, mis vagidos
ya con la noche bajo el brazo,
moneda que cotiza
los trinos de la infancia.
Y os recuerdo también que soy urgencia
y que no puedo soportar más tiempo
el hambre de los niños en que muere
el cielo azul, el aire y la mañana.

OJOS QUE NO VEN
[1977]

POLUCIÓN

Ahora sí que estamos en capilla.
Ningún juez ha firmado la sentencia
para dejar de ver el rostro de los días,
los cabellos del aire,
los pies de las montañas.
Las fábricas se salen con las suyas:
inmolan
lo que aún nos quedaba en el haber.
Y la muerte produce dividendos
en esta sociedad a tumba abierta
que llaman de consumo.
Hasta a la mar le duele el horizonte,
la soledad de nuestra compañía.
Está perdiendo el aire los pulmones,
la mar sus esperanzas
y los ríos sus muslos sin regazo.
Y no digamos nada de las penas
de quienes van la noche trabajando
para dar con el alba.
Haced un plebiscito.
Y que voten los árboles
con sus nidos vacíos,
las aguas con sus peces flotando a la deriva,
las desprovistas madrigueras.
Y que voten también los desiertos,
las islas, las arenas,
los cestos de basura de las calles,
el beso de los novios y los cines.
Sí, votemos por el sueño de la vida
los que estamos al borde de la muerte.

REUNIÓN EN LA CUMBRE

Se habían reunido los tecnócratas.
Iban a renovar las estructuras.
Pusieron las palabras en invernaderos de plástico,
enseñaron a orinar por teléfono a los astronautas,
hicieron reformatorios para arcoiris subdesarrollados,
crearon la medalla del exterminio
para el bosque con mejor sombra
y otras varias especies de epifanías.
Aplaudieron los rascacielos,
los aviones de caza,
las industriales humaredas.
Pero las multitudes,
las sirenas de alarma,
los toros de los mares
gritaron:
¡Penalty!

Los archipámpanos
continuaron el juego
con callos en el alma
y alergia a las razones de las fuentes.
Sólo después de oír a los eriales
concibieron la idea del oasis
y exclamaron:

—Se levanta la sesión
hasta que los árboles se escriban a máquina.

Y a trancas y barrancas
proseguimos comiéndonos
el pan con soledades.

CHOQUE EN CADENA

Una centella,
después la alforja de un mendigo,
luego un loro de frac,
una mujer encinta
y un faro con una guitarra.

Frenó el loro y el faro cayó de rodillas,
se abolló la centella en la punta de un pino
y el mendigo quedó con la espalda encordada.
Solamente hubo un muerto en el paso de cebra:
la libertad que indicaba el camino.

Ningún guardia de tráfico levantó el atestado.
Lloraba, lloraba el semáforo
su lágrima en rojo.
Y mientras, a ciegas,
seguía, sin aire, girando el molino.

ORDENADORES ELECTRÓNICOS

Ya nos habían dicho
cuántos millones de emigrantes
viajan sobre una lágrima
y a cómo costará
el metro cuadrado
de silencio en la luna.
Tocados por efluvios
de primaveras supersónicas
registraron también
los evos de años luz
que emplea una galaxia
en llegar al bikini de una rosa.
Todo marchaba por lo remotísimo
en una orgía de relámpagos.
De súbito,
en la esquina sin luz de la impotencia,
dieron de bruces.
Fueron brazos caídos,
mentes pasadas de rosca,
desterradas más allá de los astros.
Entonces
diagnosticaron los profetas
de la electricidad y el celuloide:
—Trombosis metafísica
a muy altos niveles.
No hubo manera
de conectar el vuelo de un mosquito
a sus cerebros ultrarrápidos.
La causa era sencilla. Se rindieron
al calcular las penas de los hombres.

SOLILOQUIO A UN POETA

Sí, poeta, puedes hacer retumbar el trueno
en los élitros de una pajarita de papel.
Puedes abrir la jaula de la lluvia
dejando en libertad los bofetones de tu infancia.
Puedes embriagarte chupando

la caña de azúcar de las evasiones,
improvisar diabluras de cornetín de órdenes,
decir fu a la moneda
con que compras tus desamparos.
Puedes despilfarrarte midiendo
órbitas de satélites
con la unidad de una lombriz de tierra.
Puedes combinar los absurdos microbios
de las cosmogonías,
el cuello de penumbras de un patíbulo
y hasta beber inocencia de alacranes
en el pie torcido de una bailarina.
Pero oye, oye, oye...
Si no te miras con lupa de millones de años-luz
para que en cada uno de tus gestos
anide una paloma mensajera,
sólo camuflarás en tus palabras
los volatines de los narcisismos,
la momia del porvenir de tu derrota,
el visto bueno a los espejos donde
la esclavitud refleja tu semblante.
Sí, poeta, no cargues con el crimen
de abandonar el sueño en que flameas
cerrándole las puertas de ti mismo.
Más allá de metáforas
la naranja del mar está esperando
redondear el mundo de tu mano.

JUGUEMOS AL PING PONG

De boca a boca, el vino y la sonrisa;
de mar a mar, una amistad de río
y una estrella fugaz de cielo a cielo.
Juguemos al ping pong.

A tus ojos de sapo contrapongo mis cejas,
a tus hambres contesto con millones de niños,
a tus sombras chinescas replico con cañones
y a tus bombas atómicas con palillos de dientes.
Juguemos al ping pong.

Para mis alimañas tu revés de canela,
para mis rascacielos tus llaves de yudoca,
para tus reverencias mis piedras de la luna
y un tren de cocodrilos para tus artimañas.
Juguemos al ping pong.

Póngole a tus arroces tropezones de acero,
mándale a mis satélites nidos de golondrina,
yo le echaré a mis sopas tus yemas de bambúes
y tú asarás al horno mis angelitos negros.
Juguemos al ping pong.

A tus ríos opongo lagos contaminados,
a tus gafas de sol represalias de hormigas,
para tus cielos guardo cascabeles de plomo
y para tu descanso los potros del tormento.
Dejemos el ping pong.
De ahora en adelante
juguemos al amor de los amores.

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE CANARIAS
BIBLIOTECA GENERAL

DATOS PARA UN INFORME

Paseaban sus trajes de colores,
provistos de bicheros,
alanceando rocas fracturadas
—guarida de los pulpos.
Yo me había sacado
éste que entrecomillo
de mís íntimas mangas:
«Y todo su dolor izó la vela
en el altorrelieve de un suspiro».
Este pulpo, esta imagen
fue todo lo que pudo
encontrar el bichero de mi pluma
en aquella jornada
de mar y de muchachos
con trajes de colores.
Y ahora que el poema ha terminado
pienso en las soledades de consumo
—soledades pasadas a cuchillo—
que no contabilizan los que llevan
tantos por cientos de nocturnidades.

INVASIÓN DE CAIMANES

Se fueron hacia arriba las ciudades,
a los grandes espacios
de humo acondicionado.
Torres, más torres, alzatorres
contra el invierno, cortafríos,
bufandas de metal,

cemento a las estrellas.
Esfumaron el rostro las personas.
Ni sabían vivir entre las nubes
ni podían hablar. Sólo pulsaban
vigías automáticos,
almudes de ascensores.
Viviendas. Más viviendas. Catapultas.
Hay que elevar a todos los niveles
la esclavitud. ¡El hombre
es lo primero!
Y un día los titanes de la altura
doblaron las rodillas.
Se contaron los muertos
a efectos estadísticos
de establecer un «récord».
¡Pero el alma no muere!
Altas
—muy altas sí, pero sin vuelo—
tenían pies de barro las ciudades.
Con las costillas rotas
y el retraso mental de sus paredes
no pudieron vencer
a los caimanes de los socavones.

TRIUNFALISMO

Todo subía sin hallar techumbre,
todo era leche hirviendo.
Los números dejaron de ser rígidos,
los tesoneros 2 y 2 son cuatro
promocionaron coyunturas, alentados
por fórmulas espúreas
de abigarradas primaveras.
Ni jaula sin alpiste
ni barrica sin duelas.
Los anemómetros midieron
las vísperas de amor de las alondras,
rayos ultravioleta se aislaron
de la tristeza azul de un loro verde
y una estrella con sexo de burdel
fue coronada «mis» de la esperanza.
Se concedieron laudos
en la Universidad cara al futuro
por tesis como ésta: «Semejanzas
del tiburón y el violencelo».
Los sociólogos también sentaron plaza
de que para que un pueblo se despierte

debe seguir durmiendo como el mármol.
Al mejor cazador de libertades
le dieron la medalla
de oro del silencio
y miles de estudiantes
fueron apaleados
tan sólo por decir
que el papel de fumar no era del régimen.
Nubes al portador se estampillaron,
se sirvió a domicilio el desayuno
y germinó la rosa de los vientos
una nueva emisión de direcciones
para ocultarle el norte a los caminos.
Pero a pesar de tantas lentejuelas
sólo quedó flotando en las alturas
la diana floreada de los duelos.

EL FANTASMA DE LA ESPERANZA

Llegaron a la casa de la noche.
Cada uno alumbraba
el candil de una idea.
Quien, había dejado
las aspas puestas al molino.
Quien, se puso una hoja entre los dientes
para no estar tan solo.
Quien, amarró el silencio
en el tronco del árbol que plantara.
Quien, tocó la madera
que dormía en el sueño de sus hijos.
Conspiraban
para tener derecho
a vendimiar sus penas
y no mirar con odio los callos de las manos.
Y cada uno tuvo
un apretón de hierro por esposa.
Fueron sus delatores
los perros al ladrar a su esperanza.

SECRETARIA DE CONSUMO

La invitan a cenar
nubes en salsa de tomates
y mitos con cebollas.
Los bocadillos
de ave de paraíso los reservan

para tus desayunos de máquina contable
y sexo de mochuelo o de lechuza
según el año sea de mujer o de hombre.
No metas el bolígrafo en el bolso.
Déjalo con su dieta
de números romanos.
Ni tampoco el teléfono.
Que se olvide de citas automáticas
su disco de amapola
menstruando en una mesa de fornica.

El texto de tus senos y tu vientre
los signas en vestidos taquigráficos
cuando el sol se despierta.
Sus colores asépticos
duran una jornada
de paloma o de grifa.
Todo depende del desodorante
que florezca tu rosa de los vientos.

Luego,
con la noche vencida,
fluyes del anagrama de tus ropas
y se queda al desnudo tu lenguaje
de pan, vino y pereza.

No importa que confundas
caderas por molinos,
muslos por andoriñas
y anzuelos por pestañas.
Siempre serás la misma fumarola
traduciendo tus mentas.

Y otra vez a endosar muy señor mío,
la ópera no cabe en mis sostenes,
prefiero un chapuzón de roc and rol
en la pecera de una discoteca.

Y así hasta que te rayes y procrees
un hijo domador o domadora
de rascacielos o de rompenieves
si antes la CIA no te pasaporta
a castrar morrocoyos en la luna.

HEGEMONÍA DE ARTILUGIOS

Vinieron otros bosques. Nuevos modos
de marchitar la sombra destronaron
las verdes celosías, las hojas que anunciaban
artesonados ritmos.
Condenaron a muerte las espigas.
El lavado de frondas fue absoluto
por valles y montañas y llanuras.
Todo lo que latiera
el beso de una flor
se vino abajo.
Y la tierra llenóse de andamiajes
que no los conmovían primaveras
ni seniles otoños.
Una sola estación,
a caos de espolazos, impusieron
los cascos industriales.
Orquestas de metal sinfonizaron
humaredas. Diagramas de aquelarres
enloquecieron bielas y relámpagos.
Cocearon las luces. Nos hundieron
en la pobreza de un suspiro.

Después de tanto crimen,
de asesinar palabras valederas
en aras de los plásticos,
encontraron un trébol
que se había salvado de la quema.
Las sojuzgadas máquinas pararon
viendo la libertad de aquel prodigio.
Y al asfalto nacieron ojos verdes
viendo la valentía de una hoja.

EL MAYOR DESATINO

El campo está de luto.
Ni los ajos levantan la cabeza
ni se riza el cabello la lechuga
ni se tornea el pecho la cebolla
entre las malas hierbas que amortajan
las raíces de tallos y sudores.
Los anti apabullan. Antirrábanos
se cogen por las hojas antiverdes,
anticuerpos abonan soledades
y antiparras abrevan abejones.
Todas las antinomias proliferan
pantalones vaqueros

de andar a lo que salga.
No hay camillas que lleven estos campos
a hospitales de urgencia
donde remienden agonías
y extirpen rascacielos.
Las tierras de labor han malparido
y son metros cuadrados de cemento
menudeando antenas,
sustituyendo el aire por prismas de abalorios
y el brindis de alegría de los árboles
por mástiles de hollines.
Las yuntas se han uncido a los crepúsculos
y han puesto freno a las simientes
cerrándoles las puertas
a la flor del trabajo,
al crecer con holgura
de amar epifanías
que despabilen júbilos de dientes.
Milimetran metáforas,
sinoptizan augurios,
disfrazan la razón de los terrones
y no matan el hambre.
Todo está sometido
a fabricar tantos por cientos,
a producir verbenas y artificios,
a facturar barbechos de papeles.
Y a las mieses del pan,
al arado y la hoz,
a las cosechas
que los parta un rayo.

CARTAS EXPLOSIVAS

Ya no tenían patria
donde plantar olivos.
Las cordilleras anidaron
ciempieses de radares
y mandos invisibles dispusieron
entrar a saco en sus asuntos.
Amaban sus orejas de oír claro,
sus dientes de mascar las pesadumbres.
Eran los suyos y del viento.
Y aún los mismos rayos
hablábanles con tonos familiares.
Les despojaron hasta las pestañas.
Ya no cabían en su esclavitud.

Reclamaron sus fueros día y noche.
No les hacían caso.
Palabras y palabras y palabras
y sin llegarles la camisa al cuerpo.
Piedras, piedras y piedras. Pedernales
donde morir tascando rebeldías.
Y entonces idearon,
en nombre de su infancia secuestrada,
certificar su muerte con sellos de correo.

TECNOLOGÍA DE MUERTE

Ya no se necesita
esconder los secretos
de montar agresiones,
introducir divorcios en los mares
ni mechar las fronteras.
Hasta los artefactos han perdido
su talante de monstruos,
sus trajes de etiqueta de ultratumba,
sus costumbres hertzianas
de avituallar con úlceras la noche.
Ahora se empaquetan de humanismo
científico de porra,
los más fetales
descendientes del odio.
Van a civilizar las hecatombes,
matar el perro y acabar la rabia.
La destrucción se ha puesto
en mangas de camisa.
Ha tomado los hábitos
del aire azul y de la mano abierta,
del beso y la caricia
en los que nunca procreó el recelo.
Vemos tan natural su convivencia
como a los ojos las pestañas
y al pájaro las plumas.
Y un día todo saltará.
Será un «te amo» la consigna
que apague la cerilla en la que ardemos.

LA CESTA DE LA COMPRA

En el supermercado
el pan tenía rostro de hambre.
Miré el estercolero de los precios.

Quise comprar acelgas.
No había sino nubes
diciendo adiós al prado de mis ojos.
Las papas dormitaban de silencio
en la cabeza de un pelícano
y flotaba el aceite
encima del regazo de una lágrima.
Y hasta el buen perejil mordió el anzuelo:
se vistió el uniforme de los zancos
para dejar de ser el inocente
chocolate del loro.
Sólo vendían
amarguras de sal por todas partes,
sal en las ramas verdes,
sal y enojo en los granos,
sal manufacturada
con los emblemas de las frustraciones.
Y a mis lares retorno
todo mi cuerpo respirando ortigas.
Para llenar la cesta de la compra
sólo la rabia no tenía dueño.

NUEVO FEUDALISMO

Los ruidos en camisa,
los ruidos insurrectos
ponen tributo a los latidos,
radiografían tímpanos,
apedrean el sueño.
Un lazareto de estridencias
las plazas,
araucarias de explosiones
las calles,
patriotismos del trueno
las ciudades.
La saña del señor de horca y cuchilla
reencarna motores,
despilfarra magnetos,
frunce el ceño en antenas.
En su motocicleta
nos allana el descanso,
entra a saco en los nervios,
amotina serpientes
y convierte en huida.
Ahora nos torturan a distancia,
mártires inmolados
en parrillas horrísonas
de altisonantes basureros.

La sordera de un nuevo feudalismo
ha puesto a mal recaudo
el derecho a la vida.

LA PRÓXIMA OLIMPIADA

Es la hora de las vidas salientes.
Se han desposeído de agujeros,
del parabrisas de las ciénagas.
Y están confabuladas con sí mismas,
con los fantasmas del estar muriendo
sobre las rocas de las maldiciones.
Los otros, los de siempre
—burbujas en cuclillas,
tic-tac de soledades—,
tiran la luz y el movimiento esconden
en la estrategia del dolor en cueros.
Ni estrellas ni satélites los miran.
No les ha sido dada
la ley de tener ojos y acercarse
a la sonrisa de la llama
de los atletas de la libertad.

PARIENTES ONTOLÓGICOS

Un perro de la calle,
fiel amigo del viento y las esquinas,
me acompañaba a veces
a mi rincón de párvulo
aprendiz de la mar.
Ignoraba su nombre si acaso lo tenía.
Era un perro de base,
sin que un collar lo distinguiera
ni tuviese educados los ladridos.
Un perro que era un puro
manantial de alegría
y un trotador del hambre.
Uno a otro nos dábamos presencia,
ambos nos compartíamos:
yo despertaba en su descanso
y él se echaba a dormir en un poema.
Resonando de atrás,
de las cureñas del azar del agua,
ritmos de la igualdad, fraternizábamos
un perro de la calle y un hombre sin fronteras,
dos cuentagotas de la eternidad.

ISLAS DEL DESPERTAR

Basta de ser colillas apagadas
del cenicero de los mares.
Ombligos de la sed,
sólo un placer de humanidad nos puede.
Vivimos como ardemos y pensamos,
con nuestro sentimiento de volcanes
y la melancolía de estar solas.
La pirotecnia de un amor de fondo
nos acelera el ir aunque parezca,
de tan veloz, cronómetro parado.
Esperar no es un fin.
Borrón y cuenta nueva a la molicie
de rumiar soledades.
Nuestro matalotaje de esperanzas
no oculta el puño de la rebeldía.
Y hemos roto el pijama del silencio.
Ni somos descendientes
de una lengua cortada
ni queremos sudar hiel y vinagre
ni seguir siendo súbditas
de una feria de olvidos.
No descamos otras pertenencias
que no sean las alas de los vuelos.

FIEBRE DE DESARROLLO

Se hicieron emisiones
de sellos de correo
conmemorando fábricas
de sillas de montar los arcoiris
Se idearon neveras
con culos de mujer y narices de perro.
Se organizaron nubes de langosta
para atracción de los turistas
en los desfiles oficiales.
Se extrajeron relojes de la jota,
fibras textiles de la equis
y terrones de azúcar de la zeta.
Se sirvieron almuerzos de trabajo
para trazar las siglas
y los menús de los congresos.
Se verticalizaron sindicatos
para encender las velas
contra los apagones.

Se recogieron firmas a porrillo
para pedir al mar que renunciase
a los embates del mal tiempo.
Le pusieron un *de* a los barrenderos
y una *y* a los mendigos.
Desactivaron las palabras nobles
para que no explotasen rebeldías
y se confabularan
en dar gato por liebre.
Condecoraron con espantapájaros
la quintaesencia de las oquedades.
Y viendo tanto énfasis,
desde su pequeñez, reía a carcajadas
un granito de trigo.

RING DE LAS PANACEAS

Nadie desecha el superpasatiempo
de cazar una esquina
donde un carte se rompa las narices
escalando agresiones.
Uvas para diabéticos,
pisos para dormir sin pesadillas,
quinielas de catorce resultados,
bálsamo de curar los tropezones.
Se modelan alianzas
que amadrinan divorcios.
Bebe, bebe retruécanos
de peces de colores.
Prueba los bocadillos de colas de sirena.
Botas de fútbol con el gol del triunfo,
boinas para las nubes de la lluvia,
balas al natural,
gatillo a la chilena,
ciudades de escorpiones,
tornillos para locos,
nueva emisión de puntos cardinales,
ministros sin cartera,
trompos para viajar a la redonda.
Y para las parejas sin recursos
lentes de atolondradas esperanzas,
lunas de miel con penes de repuesto
y el galgo de un adiós como propina.
Pelillos a la mar.
Jauja se llama ahora la reoca.

PIEDRAS DE DEMOCRACIA

Ya las movió la mar.
No son las mismas
piedras de ojos azules
que miraban la sombra
de una muerta tabaiba.
Han perdido niñez de soledades.
Fluidas curvas despersonalizan
su desnudez de ayer.
Ahora es imposible proseguirlas
en la farsa de antaño.
Se han hecho ajuar de convivencia,
lares de democracia.
El pueblo de las rocas ha fundido
rasgos sobresalientes, ha domado
su oratoria de líder, sus atuendos
de páramos batidos por las olas.
Y ya no son recuerdos de picachos,
arias de escaparates,
sino global alianza,
coro de multitudes.
Y he aquí lo que dicen:
nadie pretenda descifrarse
fuera de los demás.
La mar, la mar alienta
—unidad a la intemperie—
hasta en la coalición de los naufragios.

HACIA LA LIBERTAD
[1977]

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA · CANARIAS ·
BIBLIOTECA GENERAL

LOS INVENCIBLES

Van viviendo una idea,
el puro tránsito
de fraguar el camino.
Polen de sus entrañas, hacia adentro
su propia luz respiran.
Y no llevan el alma boca abajo.
Sus pisadas engendran los latidos
de la sien que los guía
y no doblegarán los paredones
el sueño del que nacen.
Ninguna mar les detendrá la marcha.
Ni siquiera la muerte.
Son los romeros de la libertad.

EN LA TIERRA DE NADIE

En la tierra de nadie,
entre las rocas de las despedidas
y las vanguardias del rumor.

En la tierra de nadie,
entre los buscapiés de los lagartos
y el peón de ajedrez de los cangrejos.

En la tierra de nadie,
entre el amor que sopla las arenas
y la sed que amamanta los caminos.

En la tierra de nadie
entre el ladrar del hambre de los días
y el menú de bostezos de la noche.

En la tierra de nadie,
entre la espada y la pared,
entre la ira y la esperanza.

DABAN VUELTAS Y VUELTAS

Daban vueltas y vueltas
como el buzo de un pez
en su rueca de vidrio.

Daban vueltas y vueltas
como los timoneles
de barbadas espumas.

Daban vueltas y vueltas
como las andoriñas
de los tirabuzones.

Daban vueltas y vueltas
como gajos de sombra
en un reloj de arena.

Daban vueltas y vueltas
como vals de cucharas
en un café con leche.

Daban vueltas y vueltas
como los exiliados
que no encuentran su patria.

DONDEQUIERA

Mi patria son mis amigos.
María Teresa León

Dondequiera que mueras viviendo,
dondequiera.
Tomando chocolate o comiendo madroños,
dondequiera.

Horneando la ausencia o caminando a gatas,
dondequiera.
En la melancolía o en los ásperos mares,
dondequiera.
Mirando lagartijas o rompiendo aguijones,
dondequiera.
En el canto del gallo o en los dientes de un peine,
dondequiera.
Dondequiera que vivas muriendo,
dondequiera,
eres amigo mío,
dondequiera.

BALLET DE ESPERANZAS

No estamos en las nubes.
Por detrás de nosotras
—cartografías de las soledades—
paladeamos el cristal de aumento
de rostros que aún aguardan la respuesta
después de haber llamado a lo imposible.
Oímos acercarse lejanías.
Confidencias nos hablan
sin levantar la voz,
que no hay puertas cerradas
a los nudillos de la luz.
Y estos fondos en pie, que claraboyan
el ballet de silencios de la mar,
no se cruzan de brazos,
cavilan para abrirnos
la noche en que amasamos
el pan de la esperanza.

SÁLVESE QUIEN PUEDA

Ahora las ciudades
dejan por fuera el hombre.
Son espacios felinos
con sus cortacircuitos y sus pasos de cebra,
donde coger la flor del horizonte
es trepar a un cadalso.
Calles, calles y calles,
retortijones de cemento;
paribuelas de insomnios y vigilias

ponen a tu servicio
monstruos aparcados,
babeles de aspavientos.
Yo no deseo ser sólo un inválido
de mi rumor de intimidad,
un preso de semáforos y anuncios
que golpean con guantes de boxeo.
Y he aquí donde tengo la morada,
en el fiel del peligro,
en un cilicio de perplejidades
que te tiende sus trampas sonriendo.

AMNISTÍA

Pido amnistía para los que llevan
plomo en las alas, para los que han roto
los pantalones de las pesadumbres.

Pido amnistía para el trigo limpio,
para las frutas del amor caídas
en los zarzales que nos aprisionan.

Pido amnistía para los que beben
el café sin azúcar de su sombra
y se tragan el rancho de sus penas.

Pido amnistía para los que luchan
por tener un colchón donde descansen
las sonrisas abiertas de sus hijos.

Pido amnistía para los fortines
del pecho de las madres, esas patrias
sin polución de cárceles y espinas.

Pido amnistía para los exilios
de los que amamos para la ternura
de quien nos dice adiós en una carta.

Pido amnistía para el verbo libre,
para los locutorios de las rejas,
y los taladros de las soledades.

Pido amnistía, en fin, para la sed
de los que están buscando día y noche
el vaso de agua de la libertad.

A VOZ EN CUELLO

Contra viento y marea,
con el alma en un hilo
entre luces y sombras,
amo la libertad.

Contra el frío y la nieve,
con un puñal clavado
entre el pecho y espalda,
amo la libertad.

Contra cepos y rejas,
con la pena insepulta
entre espinas y lágrimas,
amo la libertad.

Contra el agua y el fuego,
con un trozo de júbilo
entre dientes y muelas,
amo la libertad.

Contra pitos y flautas,
con tu mano en la mía
entre trinos y trenos,
amo la libertad.

Contra penas de muerte,
con la risa de un hijo
entre tiros de gracia,
amo la libertad.

Contra todo pronóstico,
con el cuerpo dormido
entre sábanas blancas,
amo la libertad.

SILENCIOS A LA ESPALDA

Doy la postre mirada
—ovario de abandonos,
escafandra de olvidos—
a la celda en que estuve prisionero
antes de retornar al aire libre.
Pero ahí no se quedan las paredes.
Sus ojeras de huérfanos caballos
irán siempre conmigo
madurando silencios.

Fueron mis camaradas,
baluartes de huracanes,
a los que di pedazos de mí mismo
para que no agrietasen ni rindiesen
mi techo de abrumados pensamientos.
¡Oh los muros, los muros!
Apenas caminar, ya se levantan.

EL ÚLTIMO INQUILINO

¡Qué ágil se desliza
tu zarzal con bigotes,
los tres pies
en
que
enarcas
siete vidas
desde la escoba del medalagana!

ÍNDICE

DÍA DE ALONDRAS

7 ALONDRAS EN EL JARDÍN 36
Alondra del amor a la vista 37
Alondra de la muerte pequeñita 38
Alondra de la niña distraída 38
Alondra de la vaquita de humedad 39
Alondra de la camelia burlada 40
Alondra de las dos orillas 41
Alondra de las letras castigadas 41

7 ALONDRAS EN EL BOSQUE 43
Alondra de la fuente enamorada 45
Alondra de la tela de la araña 46
Alondra del bosque resentido 47
Alondra de los mirlos sobre la nieve 48
Alondra de la niña traviesa 49
Alondra de la tarde perdida 50
Alondra de la hojita verde en el río 51

7 ALONDRAS EN LA ORILLA DEL MAR 53
Alondra del llanto de golondrina 55
Alondra del faro huido 56
Alondra del caballito de mar 57
Alondra de la conchita en la arena 57
Alondra de la buenaventura 58
Alondra de la estrella de mar varada 59
Alondra de la tarde besada 60

7 ALONDRAS EN LA ALCOBA 61
Alondra de la rosa y el reloj 63
Alondra de los dos gatos 64
Alondra del niño trasnochador 65

Alondra del grillo telegrafista 66
Alondra del muchacho albañil 67
Alondra del sueño de ausencia 68
Alondra de la aguja perdida 68

7 ALONDRAS EN EL CAMPO 71
Alondra del mirlo y ciruelo en flor 73
Alondra de la amapola raptada 74
Alondra del júbilo 75
Alondra de la manzana y el ruiseñor 75
Alondra del viento del oeste 77
Alondra de la hierbabuena herida 77
Alondra de la retama blanca 78

7 ALONDRAS EN LA AZOTEA 81
Alondra del palomo tonto 83
Alondra de la nube de langosta 84
Alondra de la nubecilla mimosa 85
Alondra del loro aventurero 86
Alondra del verde amor 87
Alondra de la escalera rota 87
Alondra del avión en vuelo 88

7 ALONDRAS EN LA CIUDAD 89
Alondra del caballito de circo 91
Alondra del marinero embriagado 92
Alondra del galgo campeón 93
Alondra de la noche de cine 93
Alondra de la niña disfrazada 95
Alondra del viento enamorado 96
Alondra del niño extraviado 96

LA ESPERANZA ME MANTIENE

EL POETA METE LA MANO EN EL AGUA 101
En la mar vuelvo a nacerme 104
A la mar fui por mi voz 106
A la mar fui por mis amigos ahogados 107
A la mar fui por la paz 109
A la mar fui por mi infancia 110
A la mar fui por un hijo 111
A la mar fui por la libertad 113
A la mar fui por mi sueño 115
A la mar fui por mi patria 116
A la mar fui por las islas 117
A la mar voy todavía 119
Soliloquio de la mar 120

VUELTA A LA ISLA

Nana de una isla 127
Canto a Santa Cruz 127
La Laguna 129
La Esperanza 131
Tegueste 132
Tacoronte 133
El Sauzal 134
La Matanza 135
La Victoria 137
Santa Úrsula 138
La Orotava 139
Puerto de la Cruz 141
Los Realejos 142
La Guancha 144
San Juan de la Rambla 145
Icod de los Vinos 146
Garachico 148
Los Silos 149
Buenavista 151
El Tanque 152
Santiago del Teide 153
Guía de Isora 155
Adeje 156
Arona (Los Cristianos, Valle de Arona) 158
San Miguel 160
Vilaflor 161
Hierro 163
Gomera 164
La Palma 165
Lanzarote 167
Fuerteventura 168
Gran Canaria 169
Granadilla 171
Arico 172
Fasnia 174
Güimar 175
Arafo 176
Candelaria 178
Santa Cruz 179

ENTRE CUATRO PAREDES

I ESTE HOGAR EN QUE VIVO 189
Compañera te doy 191
A la derecha, entrando 192

Casa de alquiler 193
Aniversario 194
Media naranja 195
Nuevo hogar de una concha 195
Adoración a Hugo, rey 196
Ani 197
Elegía de un banco 198
La escoba 199
Voces de servidumbre 200
Compañero ausente 201
Mis sellos, los desaparecidos 202
Casa de Tacoronte 203
Pesadilla 204

II TIEMPO DE VACACIONES 207
A orillas del mar 209
A la vera del bosque 210

III EL HOGAR EN VOLANDAS 213
Mensaje al español peregrino 215
Carta a José Domingo 216
Ha llegado tu carta 217
Me visita tu ausencia 218
Testimonio 219

HORA PUNTA DEL HOMBRE

LOS ROBOTS DAN LA CARA 223
Noche de muerte 225
Noche de tristeza 226
Noche de exterminio 226
Noche de absurdos 227
Noche de demagogia 227
Noche de perros 228
Noche de ira 229
Noche de ánimas 229
El alba urge 230

PRIMER PLAN DE SOLEDADES 233
Respuesta del campesino 235
Respuesta del pescador 236
Respuesta del estudiante 236
Respuesta de los otros 238
Respuesta del poeta 239

LAS ISLAS EN QUE VIVO

(Prólogo) Los poemas que integran 243
«Este charco, este pañuelo de agua» 245
«No sé si es criminal que yo escriba un poema» 245
«Pisar por vez primera estos callaos» 246
«Hombre soy de las islas» 246
«Aún no sé si la distancia es llanto» 247
«Frente a la mar, cigarro tras cigarro» 247
«Casi nunca la mar en esta costa» 248
«No sé si hoy las olas son distintas» 249
«Tengo un amigo marinero» 249
«Un brote de la mar ha llegado a mis pies» 249
«Se ha agachado la brisa y hay cosechas de espumas» 250
«Hoy es la muerte de una mariposa» 250
«Viene la mar subiendo. Menos isla» 251
«Mientras escucho fondo y penumbras» 251
«Un día habrá una isla» 252
«El tiempo de la mar» 252
«También la noche cuenta en una isla» 253
«A este viejo marino» 254
«La barca allá a lo lejos» 255
«No es necesario que a la mar tú vengas» 255
«Hay familias que vienen de los altos» 256
«Tiempo falta a la mar para entenderse» 257
«Hoy vengo a ti a buscar la dula de alegría» 257
«Estoy en las salinas» 258
«Fue una noche de tantas» 258
«Todo iba hoy despacio» 259

ELEGÍAS MUERTAS DE HAMBRE

La mesa está servida 263
Elegía del frijol 264
Elegía del arroz 265
Elegía de lá lenteja 267
Elegía del trigo 268
Elegía del garbanzo 269
Elegía de la judía 271
Elegía del maíz 273
Elegía de la arveja 274
Elegía del mijo 275
Elegía del haba 276

OJOS QUE NO VEN

Polución 281
Reunión en la cumbre 282
Choque en cadena 282
Ordenadores electrónicos 283
Soliloquio a un poeta 283
Juguemos al ping pong 284
Datos para un informe 285
Invasión de caimanes 285
Triunfalismo 286
El fantasma de la esperanza 287
Secretaria de consumo 287
Hegemonía de artilugios 289
El mayor desatino 289
Cartas explosivas 290
Tecnología de la muerte 291
La cesta de la compra 291
Nuevo feudalismo 292
La próxima olimpiada 293
Parientes ontológicos 293
Islas del despertar 294
Fiebre de desarrollo 294
Ring de las panaceas 295
Piedras de democracia 296

HACIA LA LIBERTAD

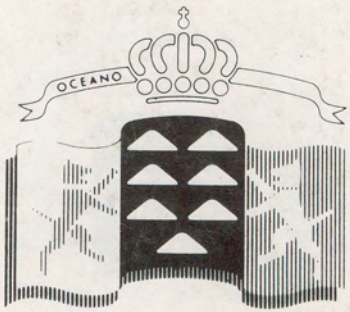
Los invencibles 299
En la tierra de nadie 299
Daban vueltas y vueltas 300
Dondequiera 300
Ballet de esperanzas 301
Sálvese quien pueda 301
Amnistía 302
A voz en cuello 303
Silencios a la espalda 303
El último inquilino 304

Ganaima
librería
senador castillo olivares, 5
tfno.373220 las palmas

BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

50264

BIG 860GAR.0 GAR obr


OCEANO